Las Bellas Historias de la Biblia

ARTHUR S. MAXWELL

Las Bellas Historias de la Biblia

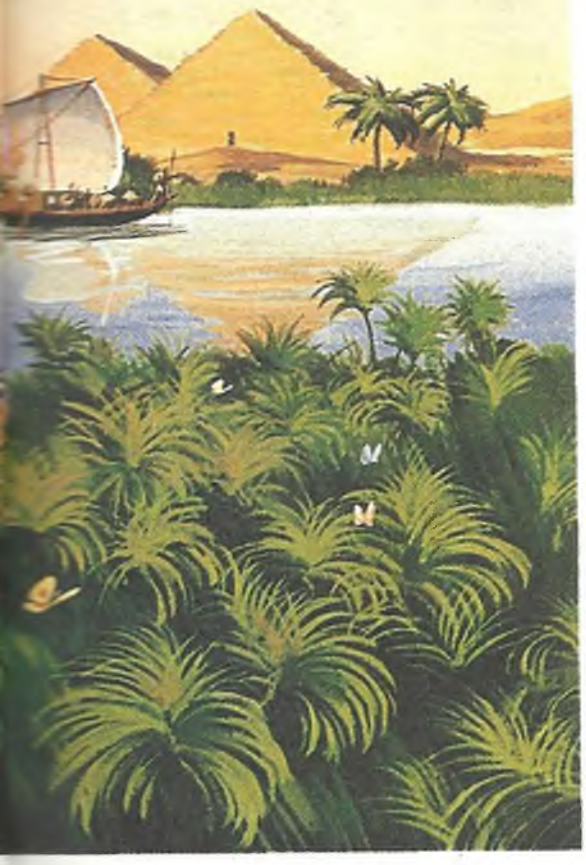
Grandes Hombres de la Antigüedad

(Desde Jacob hasta la consagración de Aarón)

TOMO II

Las Bellas Historias de la Biblia

Grandes Hombres de la Antigüedad ✦ Tomo Dos



Por Arthuro S. Maxwell
Autor de *Mis historias favoritas*

Los pasajes bíblicos de esta obra han sido tomados literalmente de la Nueva Versión Internacional, que contiene un lenguaje claro y fresco que los niños de hoy comprenderán fácilmente.

Más de 400 historias en diez tomos que abarcan la Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis

Mission Publications

Translation copyright, 2009, by Mission Publications.
Illustrations copyright, 1994, by the Review and Herald Publishing Association.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de su contenido literario o pictórico debe ser reproducido sin permiso de los editores.

OFFSET IN KOREA

Cuando Jacob le regaló una hermosa túnica de varios colores a José como demostración del cariño que le tenía, los hermanos de José sintieron envidia y decidieron matarlo.

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

ÍNDICE

Primera Parte: Historias de Jacob, Esaú y José

Génesis 25:19 a 50:26

1. Tanto por tan poco 9
2. Nunca vale la pena mentir 13
3. La escalera de la tierra hacia el cielo 20
4. Una larga, larga lección 25
5. Lucha en la noche 32
6. Los mellizos hacen las paces 36
7. Vendido como esclavo 40
8. Un viaje triste, muy triste 47
9. Dos sueños extraños 51
10. Desde la cárcel al trono 57
11. El más noble de todos 61
12. Reunión familiar 66

Segunda Parte: Historias de Israel en Egipto

Éxodo 1:1 a 10:29

1. Luz en la oscuridad 75
2. Bebé al rescate 79
3. La educación de un príncipe 85
4. Moisés huye por su vida 89
5. Una voz en el desierto 95
6. Dios promete siete cosas 101
7. Ranas en el palacio 106
8. Tres días oscuros 111

Tercera Parte: Historias del Éxodo

Éxodo 11:1 a 18:27

1. Sangre en los dinteles 117
2. ¡Hacia la libertad! 121
3. La caminata a través del mar 127
4. Canto de victoria 133
5. Comida en el desierto 139
6. Demasiado ocupado en hacer el bien 146

Cuarta Parte: Historias de Moisés y el Santuario

Éxodo 19:1 a Levítico 8:36

1. Las diez reglas de oro 153
2. Las leyes de "tránsito" de Israel 159
3. Moisés en el monte 163
4. Problemas en el campamento 169
5. Cara a cara con Dios 173
6. Llamado por nombre 177
7. La construcción del tabernáculo 182
8. Sangre en sus dedos 188

PRIMERA PARTE

Historias de

Jacob, Esaú y José

(Génesis 25:19 a 50:26)

Tanto por tan poco

(Génesis 25:19-34)

AL igual que su padre, Isaac también tuvo que esperar muchos años para tener su propio hijo; sesenta años, de hecho. ¡Pero entonces tuvo dos!

Puedes imaginarte el entusiasmo que reinó en el campamento cuando los siervos se enteraron de que a su señor le habían nacido mellizos. Pronto, todo el mundo hablaba de los dos niñitos, Esaú y Jacob. Y lo que más les gustaba oír era la historia de cómo Jacob, que había nacido último, se había aferrado fuertemente al talón de su hermano con su pequeña manito. Se entendió esto como una señal de que llegaría a ser más importante que Esaú. Extrañamente, es lo que ocurrió.

Para comprender bien estas historias, debes recordar que, en aquella época, el primer varón que nacía en una familia llegaba a recibir hasta el doble de las propiedades de su padre, en comparación con sus hermanos. Por esta razón, ya que Esaú había nacido unos pocos minutos antes que Jacob, la "primogenitura" le correspondía a él.

Incluso hoy, en algunos países, se sigue con esta costumbre. Gran parte de las posesiones del padre van para el hijo mayor cuando el progenitor muere.

← ILUSTRACIÓN DE PABLO REMMEY

Desde muy pequeños, Esáu y Jacob fueron muy diferentes en carácter y gustos. A Esaú le encantaba cazar con su arco y sus flechas, pero Jacob prefería quedarse en casa y cuidar las ovejas.

Y si significaba mucho ser el primogénito de cualquier familia, ser el primer hijo de Isaac representaba mucho más. Este niño heredaría no solo la mayor parte de la fortuna de su padre, sino también todas las bendiciones que Dios había prometido a Abraham. Como resultado, Esaú era un niño muy afortunado. Gracias a la buena suerte de haber nacido primero, recibiría dos tercios de las riquezas y el honor de Isaac.

Pero esas cosas no significaban nada para él. Ni siquiera le interesaban. Todo lo que quería era divertirse con su arco y sus flechas por los campos y bosques. Estaba más interesado en ser conocido como un hábil cazador y un buen tirador que en ser el primogénito de Isaac.

Jacob era diferente. No le gustaba cazar. Prefería quedarse en el campamento, donde su madre pudiera contarle historias acerca de su padre, de su abuelo y de las promesas que Dios les había hecho a ellos. Estaba especialmente interesado en lo que el Señor le había dicho a su madre acerca de sus hijos: "El mayor servirá al menor". Jacob no entendió bien al principio lo que esto significaba. Pero mientras más lo pensaba, más se convencía de que, de alguna manera, debía quitarle la primogenitura a su hermano.

Dado que permanecía en casa más que Esaú, su madre llegó a amarlo más. Por una cosa u otra, los dos muchachos se fueron diferenciando.

Esto fue una gran pena, los mellizos deberían amarse de una manera especial a través de toda la vida. Cuánto mejor hubiera sido que los dos jugaran y trabajaran juntos. ¡Jacob hubiera salido a cazar algunas veces con su hermano, y Esaú podría haberse quedado más en casa

para ayudar en las tareas y gozar de las historias que su madre contaba!

Pero no funcionó así. Pronto, los muchachos comenzaron a tratarse como desconocidos.

Un día, Esaú volvió muy hambriento del campo. Mientras caminaba hacia su casa, pensaba únicamente en comer satisfacer su apetito. ¿Y quién tenía la cena lista? Jacob, por supuesto.

"¡Miren al nene de mamá, cocinando!", pudo haber pensado. Pero no lo dijo, pues tenía mucha hambre.

–¿Qué es lo que tienes ahí para comer? –preguntó.

–Lentejas –le contestó Jacob, revolviendo la olla.

Pero a Jacob no le importaba. Al ver el lo hambriento que se sentía su hermano, se le ocurrió que esa era la oportunidad para quitarle la primogenitura. Así que se negó a darle comida a Esaú, a menos que prometiera hacer un trato con él.

–¿Un trato? –le preguntó Esaú–. ¿Qué clase de trato?

–¿Qué opinarías de venderme tu primogenitura a cambio de un gran plato de ricas lentejas?

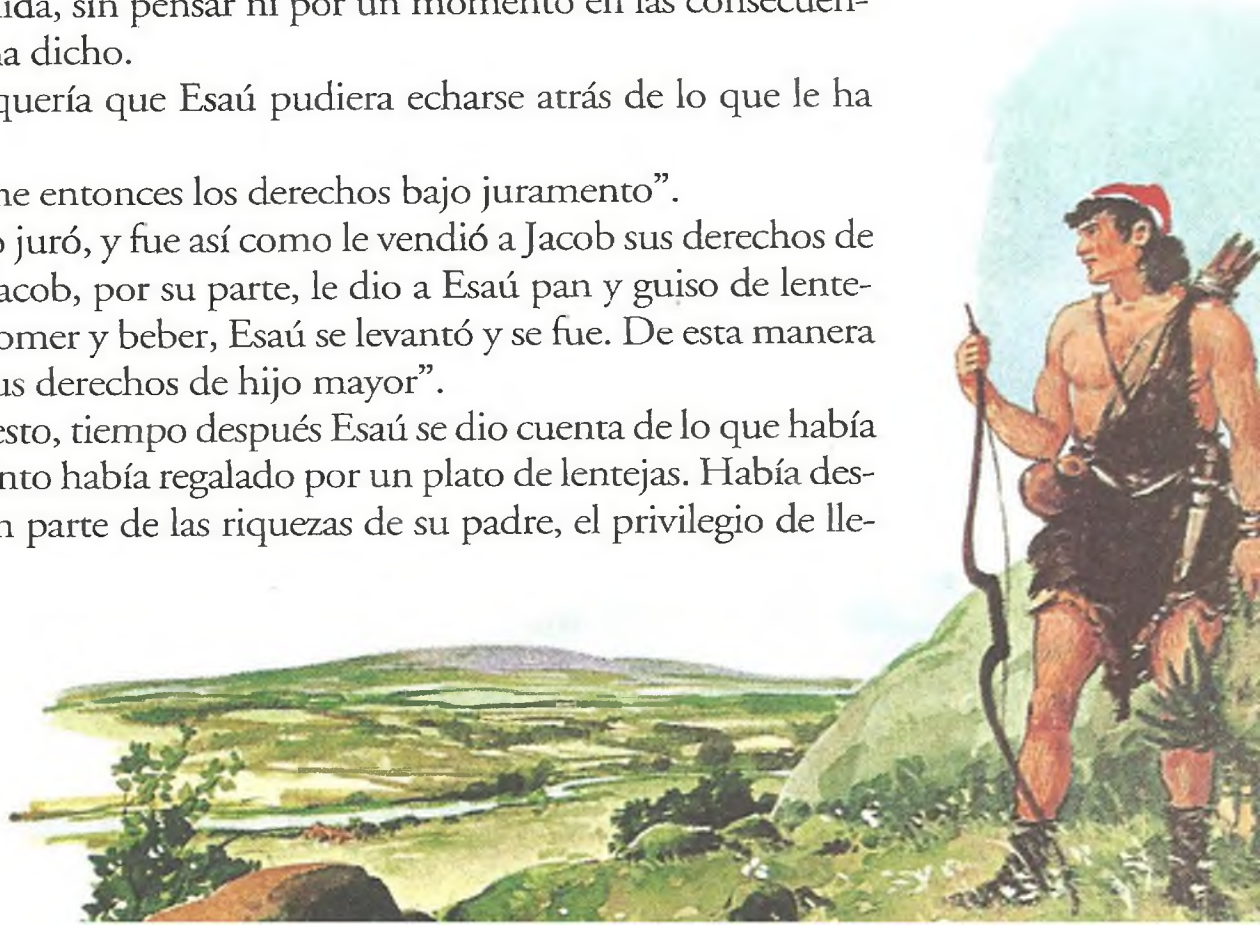
–¡Trato hecho! –dijo Esaú descuidadamente, tratando de agarrar el plato de comida, sin pensar ni por un momento en las consecuencias de lo que ha dicho.

Jacob no quería que Esaú pudiera echarse atrás de lo que le ha prometido.

–"Véndeme entonces los derechos bajo juramento".

"Esaú se lo juró, y fue así como le vendió a Jacob sus derechos de primogénito. Jacob, por su parte, le dio a Esaú pan y guiso de lentejas. Luego de comer y beber, Esaú se levantó y se fue. De esta manera menospreció sus derechos de hijo mayor".

Por su puesto, tiempo después Esaú se dio cuenta de lo que había hecho y de cuánto había regalado por un plato de lentejas. Había desperdiciado gran parte de las riquezas de su padre, el privilegio de lle-



gar a ser jefe de la familia cuando su padre muriera, el honor de ser uno de aquellos en quienes se cumplirían las promesas de Dios y de cuya descendencia nacería el Señor Jesús, el Mesías. Todo eso por unos pocos centavos, por una comida.

¡Tanto por tan poco!

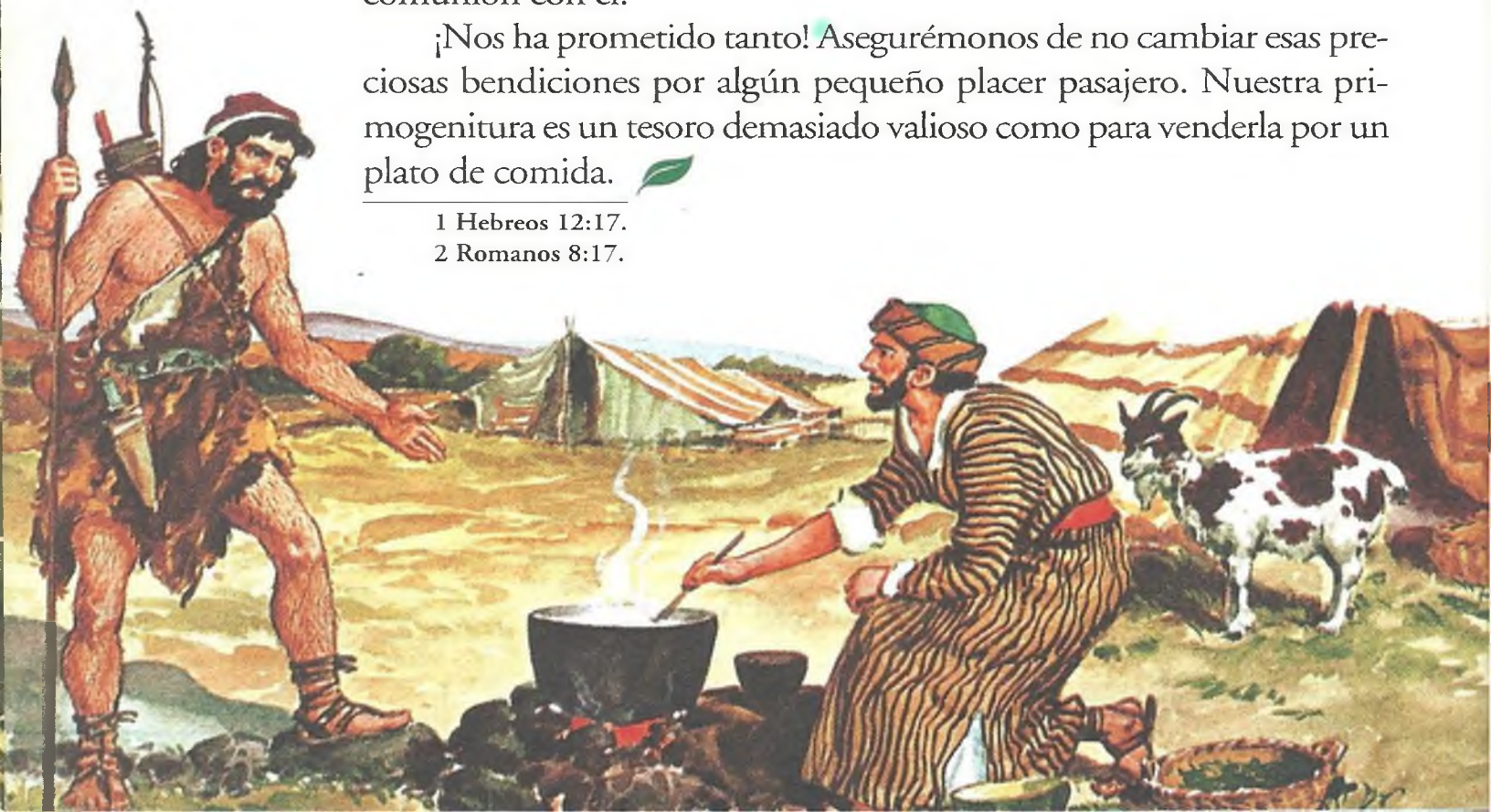
La Biblia dice que Esaú "menospreció sus derechos de hijo mayor". Habría tratado algo muy importante como si no significara nada. Ahora, "no se le dio lugar para el arrepentimiento, aunque con lágrimas buscó la bendición".[1]

Se sintió muy triste por lo que había hecho, y le rogó a Jacob que anularan el trato y dejaran las cosas como antes. Pero Jacob no quiso hacerlo.

Todos los seres humanos –tú, yo y los demás– debemos estar atentos para no cometer la misma equivocación. También tenemos una "primogenitura". Podemos ser "herederos de Dios" y "coherederos con Cristo",[2] si así lo deseamos. Si somos fieles a Dios, todos los tesoros del cielo serán nuestros. Él ha prometido que nos permitirá vivir para siempre con él, si lo amamos de verdad y permanecemos en comunión con él.

¡Nos ha prometido tanto! Asegurémonos de no cambiar esas preciosas bendiciones por algún pequeño placer pasajero. Nuestra primogenitura es un tesoro demasiado valioso como para venderla por un plato de comida.

1 Hebreos 12:17.
2 Romanos 8:17.



Nunca vale la pena mentir

(Génesis 27:1-45)

ESAÚ nunca perdonó a su hermano por haberle robado su primogenitura. Y Jacob tampoco se sintió feliz. Nunca se sintió seguro de que su padre aceptaría el trato que había hecho con Esaú. Vez tras vez, su mente se sentía perturbada por la idea de que Isaac no haría caso del trato, considerándolo una travesura de niños, y le daría la primogenitura a Esaú.

A medida que pasaban los años, los hermanos se iban alejando cada vez más. Esaú se concentraba en la caza, mientras que Jacob trabajaba en el campamento.

Entretanto, Isaac envejecía –quizá tenía unos 137 años– y había comenzado a perder su vista. Pensando que se acercaba el momento de su muerte, llamó a Esaú. Quería darle una bendición especial de despedida, pensando que la primogenitura aún le pertenecía.

Cuando Esaú entró en la tienda de Isaac, este le dijo:

–"¡Hijo mío!... Como te darás cuenta, ya estoy muy viejo y en cualquier momento puedo morirme. Toma, pues, tus armas, tu arco y tus flechas, y ve al campo a cazarme algún animal. Pre-

párame luego un buen guiso, como a mí me gusta, y tráemelo para que me lo coma. Entonces te bendeciré antes de que muera".

Esaú estaba contento por la posibilidad de hacer algo por su padre. Además, se sentía especialmente feliz de que el anciano no le daría a Jacob la primogenitura, después de todo. Así que se apresuró, tomó el arco y las flechas y se marchó a cazar.

Pero, tristemente, Rebeca había estado escuchando todo lo que Isaac había dicho acerca de bendecir a Esaú cuando regresara con la comida. Ella quería que su hijo favorito, no Esaú, recibiera lo mejor de todo. Así que, inmediatamente, tramó un plan para salirse con la suya.

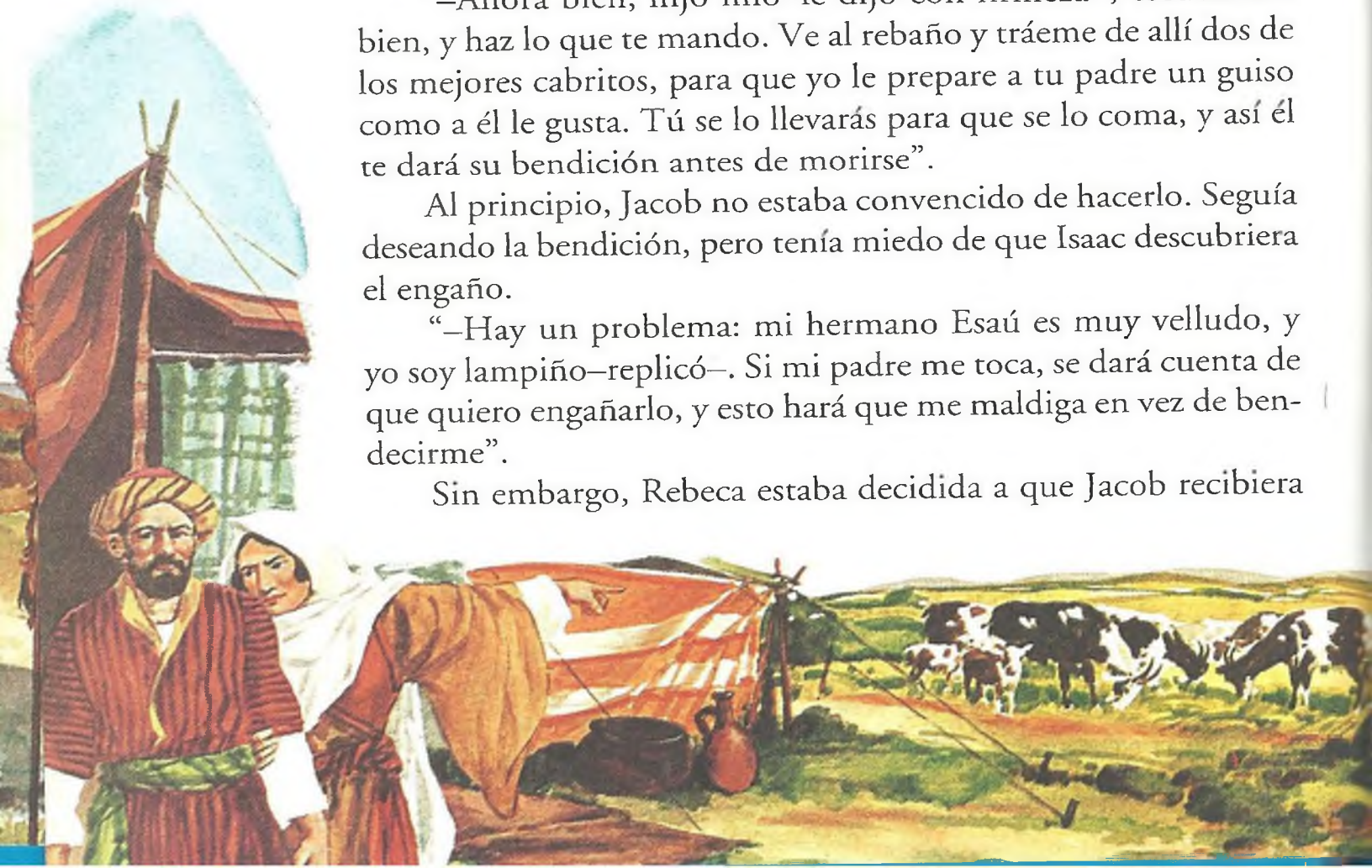
Al encontrar a Jacob, le dijo lo que había escuchado. Le sugirió que, debido a que Isaac estaba casi ciego, sería fácil engañarlo.

"–Ahora bien, hijo mío–le dijo con firmeza–, escúchame bien, y haz lo que te mando. Ve al rebaño y tráeme de allí dos de los mejores cabritos, para que yo le prepare a tu padre un guiso como a él le gusta. Tú se lo llevarás para que se lo coma, y así él te dará su bendición antes de morirse".

Al principio, Jacob no estaba convencido de hacerlo. Seguía deseando la bendición, pero tenía miedo de que Isaac descubriera el engaño.

"–Hay un problema: mi hermano Esaú es muy velludo, y yo soy lampiño–replicó–. Si mi padre me toca, se dará cuenta de que quiero engañarlo, y esto hará que me maldiga en vez de bendecirme".

Sin embargo, Rebeca estaba decidida a que Jacob recibiera



esa bendición, y por fin pudo convencerlo de que hiciera lo que ella quería. Así que Jacob trajo los dos cabritos y su madre preparó el guiso que a Isaac le gustaba.

Luego vistió a Jacob con las mejores ropas de Esaú. Con el fin de asegurarse de que Isaac no sospechara nada, le cubrió las manos y el cuello con las pieles de los cabritos, puesto que eran las partes del cuerpo donde Isaac podía tocarlo.

¡Con qué disfraz entró Jacob en la tienda de su padre, llevando el guiso humeante! ¡Y cuánto miedo debe haber sentido de que Isaac descubriera su engaño! No sería extraño que, a causa de sus nervios, hubiera derramado algo del guiso. Pero se sintió mucho peor cuando su padre comenzó a desconfiar.

–"Dime, hijo mío, ¿quién eres tú?" –preguntó el anciano, esforzándose por reconocer al que acababa de entrar en su tienda.

–"Soy Esaú, tu primogénito –le contestó Jacob, tratando de que su voz sonara como la de Esaú–. Ya hice todo lo que me pediste. Ven, por favor, y siéntate a comer de lo que he cazado; así podrás darme tu bendición".

Pero esto hizo que Isaac empezara a desconfiar.

–"¿Cómo fue que lo encontraste tan pronto, hijo mío?" –volvió a preguntar.

–"El Señor tu Dios me ayudó" –fue la respuesta de Jacob, quien así envolvió a Dios en su engaño, empeorando la situación.

A esa altura del diálogo, Isaac estaba seguro de que había algo turbio en todo eso.

–"Acércate, hijo mío, para que pueda tocarte y saber si de veras eres o no mi hijo Esaú" –le pidió.

Jacob se acercó a su padre, temblando de miedo. Isaac comenzó a tocarlo. Estaba totalmente confundido.

–La voz es la de Jacob –dijo– pero las manos son las de Esaú.

Hizo una pausa y luego insistió:

–"¿En serio eres mi hijo Esaú?"

Y Jacob, mintiendo una vez más, le respondió:

"–Claro que sí".

Satisfechas sus dudas, Isaac comió lo que Jacob le había traído y luego lo bendijo, diciéndole entre otras cosas:

–"Que te sirvan los pueblos; que ante ti se inclinen las naciones. Que seas señor de tus hermanos; que ante ti se inclinen los hijos de tu madre".

Sin duda, Isaac había estado pensando durante días en todas las buenas cosas que prometería a su hijo mayor tan querido. ¡Ahora, se las estaba diciendo al hijo equivocado!

Ni bien Jacob recibió la bendición paterna, se apresuró a salir, se quitó rápidamente la ropa de Esaú y trató de aparentar una completa inocencia. Pero si había soñado con que su hermano no descubriría el engaño, estaba muy equivocado.

La Biblia dice: "No bien había terminado Isaac de bendecir a Jacob, y éste de salir de la presencia de su padre, cuando Esaú volvió de cazar".

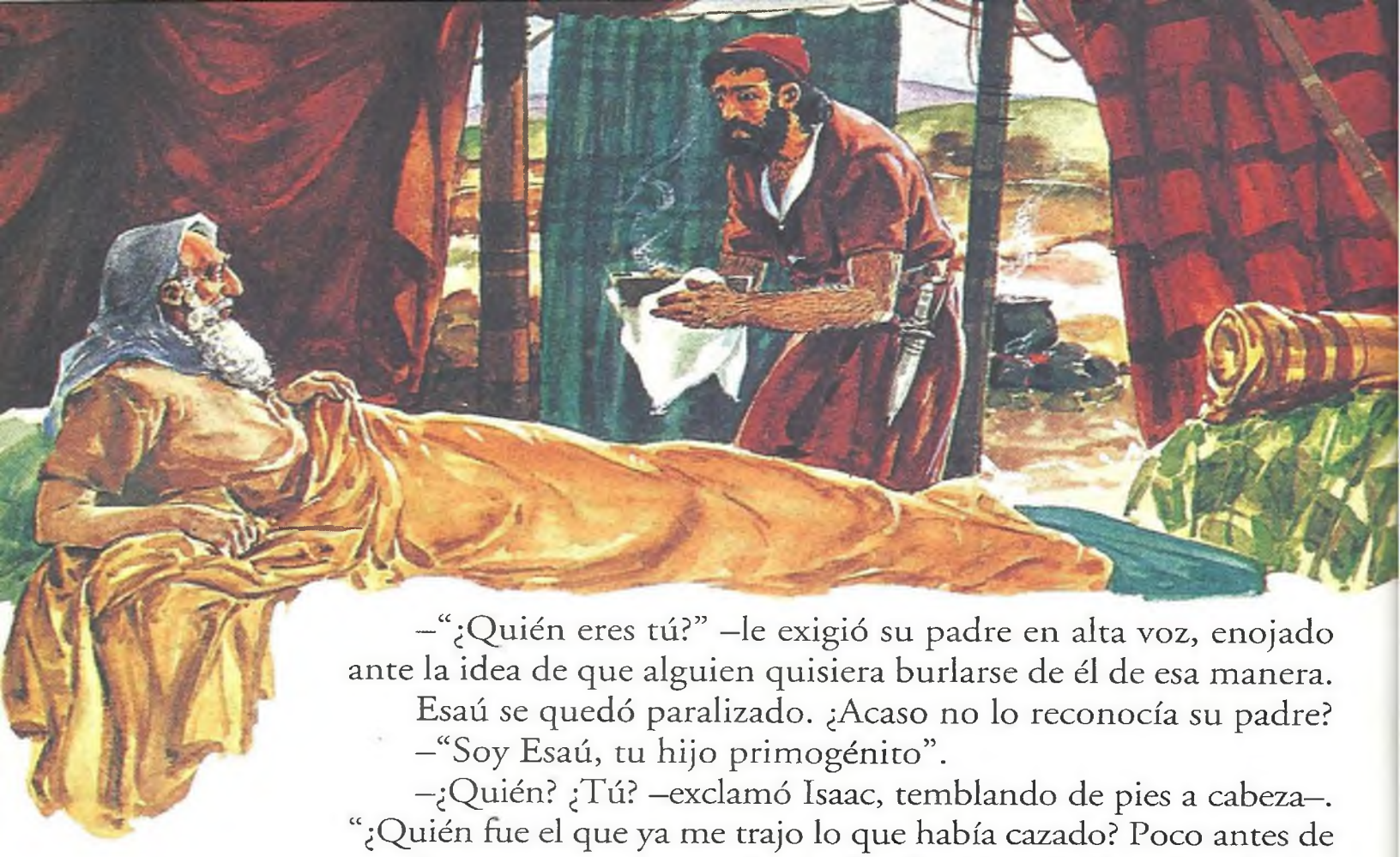
Sin imaginarse que todo había salido mal, Esaú preparó una apetitosa comida y se la llevó a su padre, con una sonrisa en su rostro.

–"Levántate, padre mío, y come de lo que ha cazado tu hijo. Luego podrás darme tu bendición".

Las palabras de su padre le cayeron como un balde de agua fría.

← PAINTED AFTER DORÉ

madre ayudó a Jacob cubrirse el cuello y los razos con pieles de cabritos para engañar a saac, su padre, que era ciego. Así, pudo recibir bendición que le correspondía a su hermano.



–"¿Quién eres tú?" –le exigió su padre en alta voz, enojado ante la idea de que alguien quisiera burlarse de él de esa manera.

Esaú se quedó paralizado. ¿Acaso no lo reconocía su padre?

–"Soy Esaú, tu hijo primogénito".

–¿Quién? ¿Tú? –exclamó Isaac, temblando de pies a cabeza–. "¿Quién fue el que ya me trajo lo que había cazado? Poco antes de que llegaras, yo me lo comí todo. Le di mi bendición, y bendecido quedará".

Esaú estaba quebrantado. Lo que él había pensado que era su último acto de amor hacia su anciano padre había sido completamente estropeado. El esfuerzo que había hecho en preparar con sus propias manos el plato favorito de Isaac era ahora totalmente inútil. Y, lo que era peor todavía, la bendición prometida había sido dada a otro. Eso era demasiado. Cayó de rodillas y comenzó a clamar con amargura:

–"¡Padre mío, te ruego que también a mí me bendigas!".

¡Qué palabras más tristes! Pero ¿qué podía hacer Isaac? Ya había bendecido a Jacob y, de acuerdo con la costumbre de esa época, no podía volverse atrás.

Le dio otra bendición a Esaú, pero no era lo mismo, y Esaú lo sabía.

"Esaú guardó un profundo rencor hacia su hermano por causa de la bendición que le había dado su padre, y pensaba: 'Ya falta poco para que hagamos duelo por mi padre; después de eso, mataré a mi hermano Jacob'".

Pero Esaú no solo lo pensó para sí, sino también comunicó este plan a sus amigos, y alguien se lo contó a Rebeca que, a su vez, lo hizo saber a Jacob.

Jacob había temido desde el mismo comienzo que esto podría pasar. Ahora tenía más miedo que nunca. Rebeca decidió que la única manera de salvar su vida era abandonar inmediatamente el hogar. Le sugirió que huyera a la casa del tío Labán, que vivía en Jarán.

–"Quédate con él por un tiempo –dijo ella–, hasta que se calme el enojo de tu hermano. Cuando ya se haya tranquilizado, y olvide lo que le has hecho, yo enviaré a buscarte. ¿Por qué voy a perder a mis dos hijos en un solo día?"

¡Cuál había sido el precio que Rebeca había pagado por su miserable actuación! En un día, perdió a sus dos niños, y esto quebrantó su corazón. Ahora, Esaú la odiaba y Jacob abandonaba el hogar, Nunca lo volvería a ver.

Jacob, por su parte, perdió tanto a su madre como su hogar. Durante años sufrió la soledad, frustrado por lo que había hecho, y siempre temió que Esaú lo atrapara.

Algunos muchachos y niñas piensan hoy que engañar es una prueba de inteligencia. Pero no lo es. Si sienten la tentación de engañar a alguien, piensen en Jacob y en lo que tuvo que pagar por ser tramposo y egoísta. Nunca vale la pena engañar.

La escalera de la tierra hacia el cielo

(Génesis 27:46; 28:1-22)

ESA última noche que Jacob pasó en su casa paterna debe haber sido muy triste. Esaú estaba furioso. Jacob sentía miedo. Y todos en el campamento tenían la viva impresión de que algo terrible había ocurrido.

Rebeca fue a ver a Isaac y trató de resolver lo que había hecho Jacob. Y cambiando de tema, agregó:

–Jacob necesita casarse –dijo ella y comenzó a contarle a Isaac cuán preocupada se sentía de que él escogiera a alguna de las hititas–. "Si Jacob se llega a casar con una de las hititas que viven en este país, ¡más me valdría morir!"

Isaac estuvo de acuerdo con ella en que a Jacob le convenía ir a Jarán para buscar una esposa entre las hijas de su tío Labán. Ahora, al menos, Rebeca no tendría que explicar a la gente la verdadera razón de la repentina partida de Jacob.

Isaac llamó a Jacob y le dijo lo que debía hacer. Jacob obedeció a su padre y a su madre –aun cuando tenía 77 años–, y se dirigió hacia Jarán.

La Escalera De La Tierra Hacia El Cielo

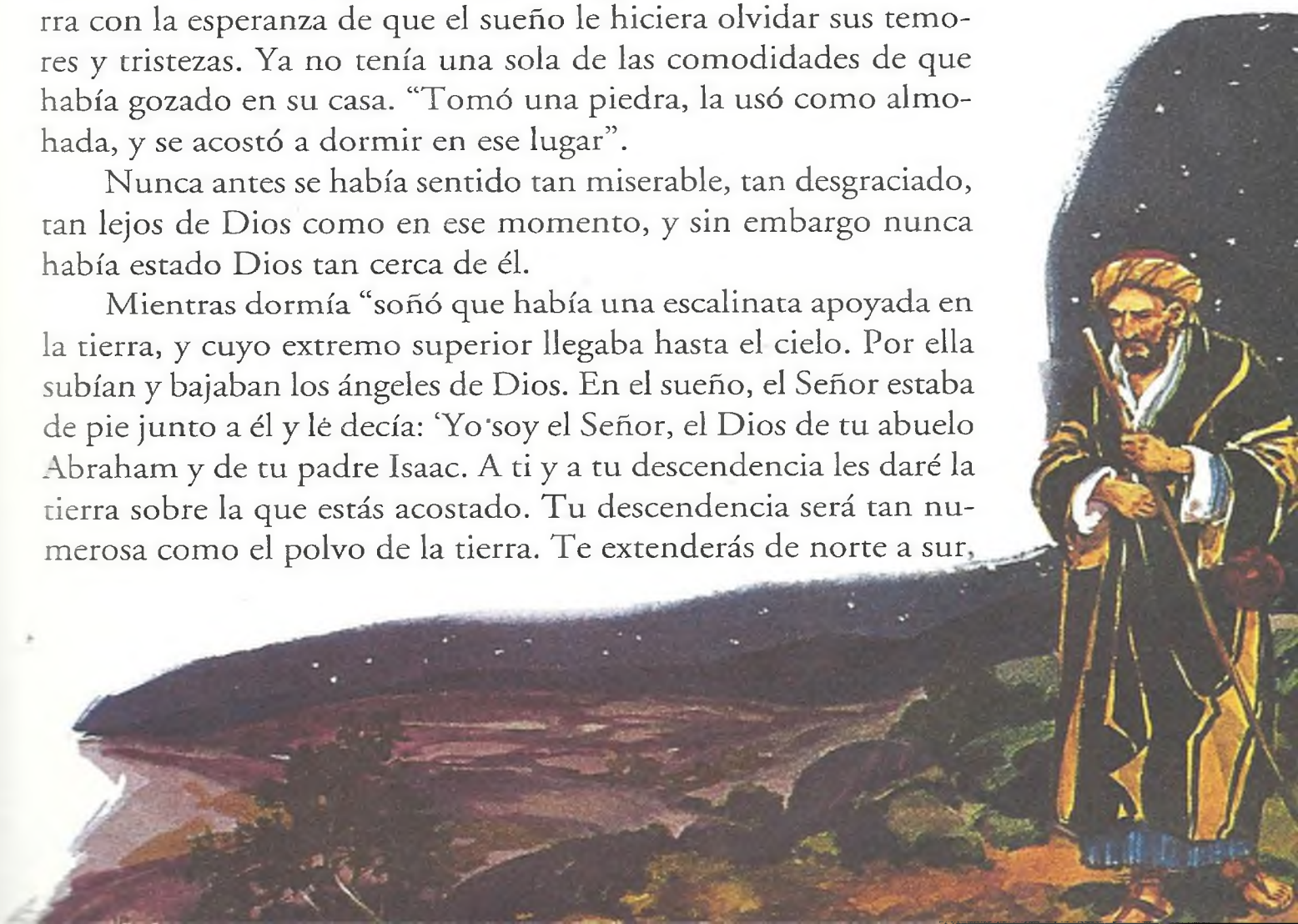
¡Qué partida tan triste! Piensa en las lágrimas de su madre, la tristeza de su padre y su propio dolor. Quizá se preguntaron si alguna vez volverían a verlo. ¡Qué precio tuvieron que pagar por hacer lo malo!

La tristeza y la soledad atormenta a Jacob, mientras avanza por el camino que conduce a Jarán. No hay camellos para él, como los que tuvo Eliezer cuando había ido a buscar una esposa para Isaac. Había caído en desgracia, y lo sabía bien. Cuanto más piensa en lo que ha hecho, más se desprecia a sí mismo. ¡Qué tonto había sido! ¡Cuánto, había perdido y cuán poco había ganado! Podría haber heredado las riquezas de su padre, pero allí estaba: solo y sin dinero, huyendo de su propio hermano mellizo, para salvar la vida.

Al caer la noche, cansado y nostálgico, se echó sobre la tierra con la esperanza de que el sueño le hiciera olvidar sus temores y tristezas. Ya no tenía una sola de las comodidades de que había gozado en su casa. "Tomó una piedra, la usó como almohada, y se acostó a dormir en ese lugar".

Nunca antes se había sentido tan miserable, tan desgraciado, tan lejos de Dios como en ese momento, y sin embargo nunca había estado Dios tan cerca de él.

Mientras dormía "soñó que había una escalinata apoyada en la tierra, y cuyo extremo superior llegaba hasta el cielo. Por ella subían y bajaban los ángeles de Dios. En el sueño, el Señor estaba de pie junto a él y le decía: 'Yo soy el Señor, el Dios de tu abuelo Abraham y de tu padre Isaac. A ti y a tu descendencia les daré la tierra sobre la que estás acostado. Tu descendencia será tan numerosa como el polvo de la tierra. Te extenderás de norte a sur,



y de oriente a occidente, y todas las familias de la tierra serán bendecidas por medio de ti y de tu descendencia. Yo estoy contigo. Te protegeré por dondequiera que vayas, y te traeré de vuelta a esta tierra. No te abandonaré hasta cumplir con todo lo que te he prometido'.

"Al despertar Jacob de su sueño, pensó: 'En realidad, el Señor está en este lugar, y yo no me había dado cuenta'".

¿Cómo pudo prometerle Dios esas bendiciones a un individuo tan tramposo y despreciable? ¿No sabía acaso cuán malo había sido Jacob? Sí, Dios conocía todo lo que había hecho. Sin embargo, lo más maravilloso de Dios es que está siempre deseoso de perdonar hasta a los más terribles pecadores. A los más malos y orgullosos, a todos los Jacob del mundo, él les dice: "Vengan, pongamos las cosas en claro –dice el Señor–. ¿Son sus pecados como escarlata? ¡Quedarán blancos como la nieve! ¿Son rojos como la púrpura? ¡Quedarán como la lana!" [1]

Y eso es precisamente lo que Dios estaba explicándole a Jacob mientras dormía con la cabeza apoyada en una piedra. "¡Mira hacia arriba!" –parecía decirle a ese muchacho descarriado–. No te he abandonado. Hay una escalera de amor que une la tierra con el cielo y tú puedes subir por ella".

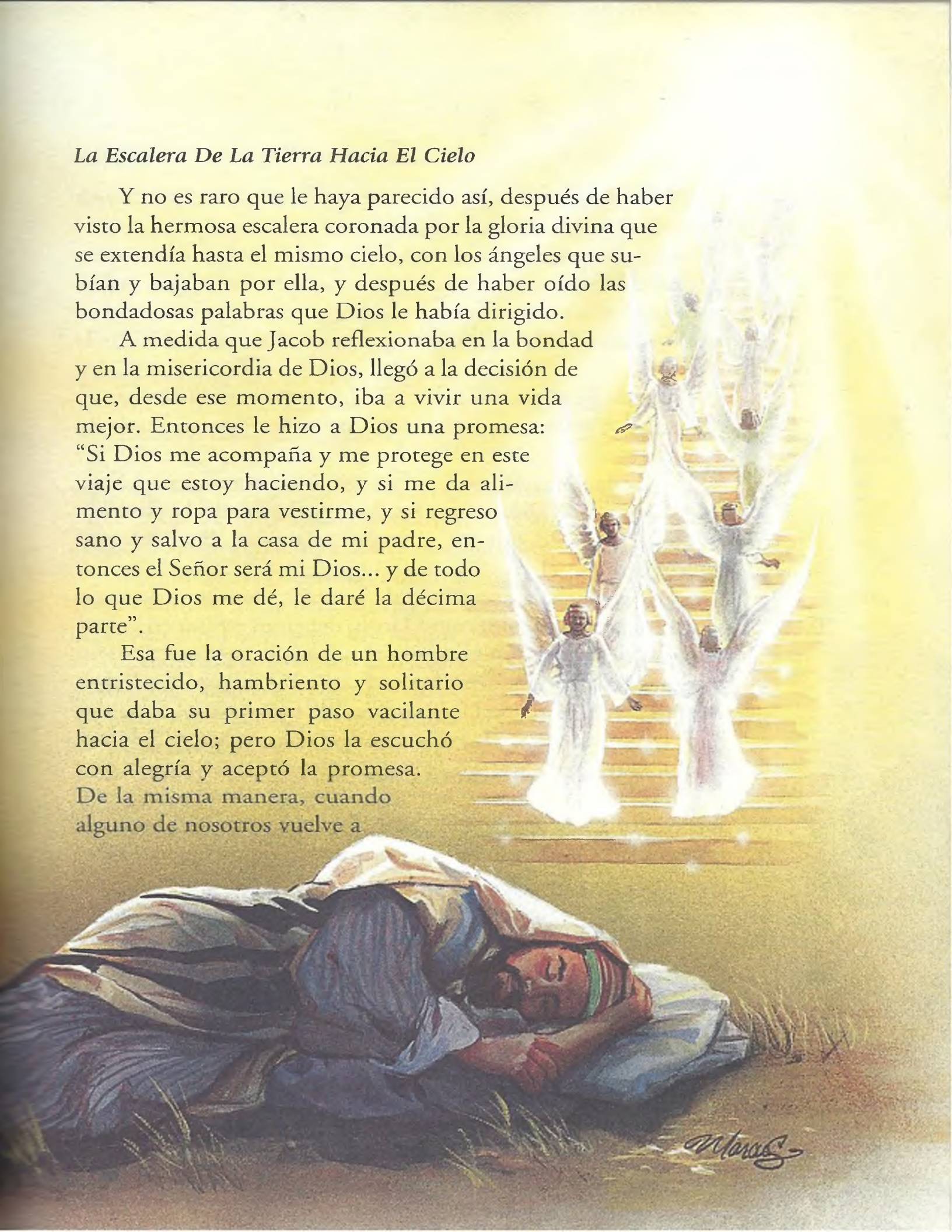
Cuando Jacob despertó de su sueño, comenzó a pensar en lo que había soñado y sintió una extraña emoción al darse cuenta de que Dios le había hablado. Lleno de reverencia, exclamó: "¡Qué asombroso es este lugar! Es nada menos que la casa de Dios; ¡es la puerta del cielo!"

La Escalera De La Tierra Hacia El Cielo

Y no es raro que le haya parecido así, después de haber visto la hermosa escalera coronada por la gloria divina que se extendía hasta el mismo cielo, con los ángeles que subían y bajaban por ella, y después de haber oído las bondadosas palabras que Dios le había dirigido.

A medida que Jacob reflexionaba en la bondad y en la misericordia de Dios, llegó a la decisión de que, desde ese momento, iba a vivir una vida mejor. Entonces le hizo a Dios una promesa: "Si Dios me acompaña y me protege en este viaje que estoy haciendo, y si me da alimento y ropa para vestirme, y si regreso sano y salvo a la casa de mi padre, entonces el Señor será mi Dios... y de todo lo que Dios me dé, le daré la décima parte".

Esa fue la oración de un hombre entristecido, hambriento y solitario que daba su primer paso vacilante hacia el cielo; pero Dios la escuchó con alegría y aceptó la promesa. De la misma manera, cuando alguno de nosotros vuelve a



él, Dios se alegra sin importarle con qué palabras le decimos que estamos arrepentidos de nuestras faltas.

Aquella escalera que unía la tierra con el cielo fue la manera que utilizó Dios para decirnos que, aunque hayamos sido malos, podemos volver a él cuando lo deseemos. ¡Él tiene una escalera que nos lleva desde donde estamos hasta el mismo trono de la gloria!

¿Existe de veras esa escalera? Sí, y puedes subirla cuando quieras. Esa escalera es Jesús, que una vez le dijo a su discípulo Natanael:

–"Ciertamente les aseguro que ustedes verán abrirse el cielo, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre". [2]

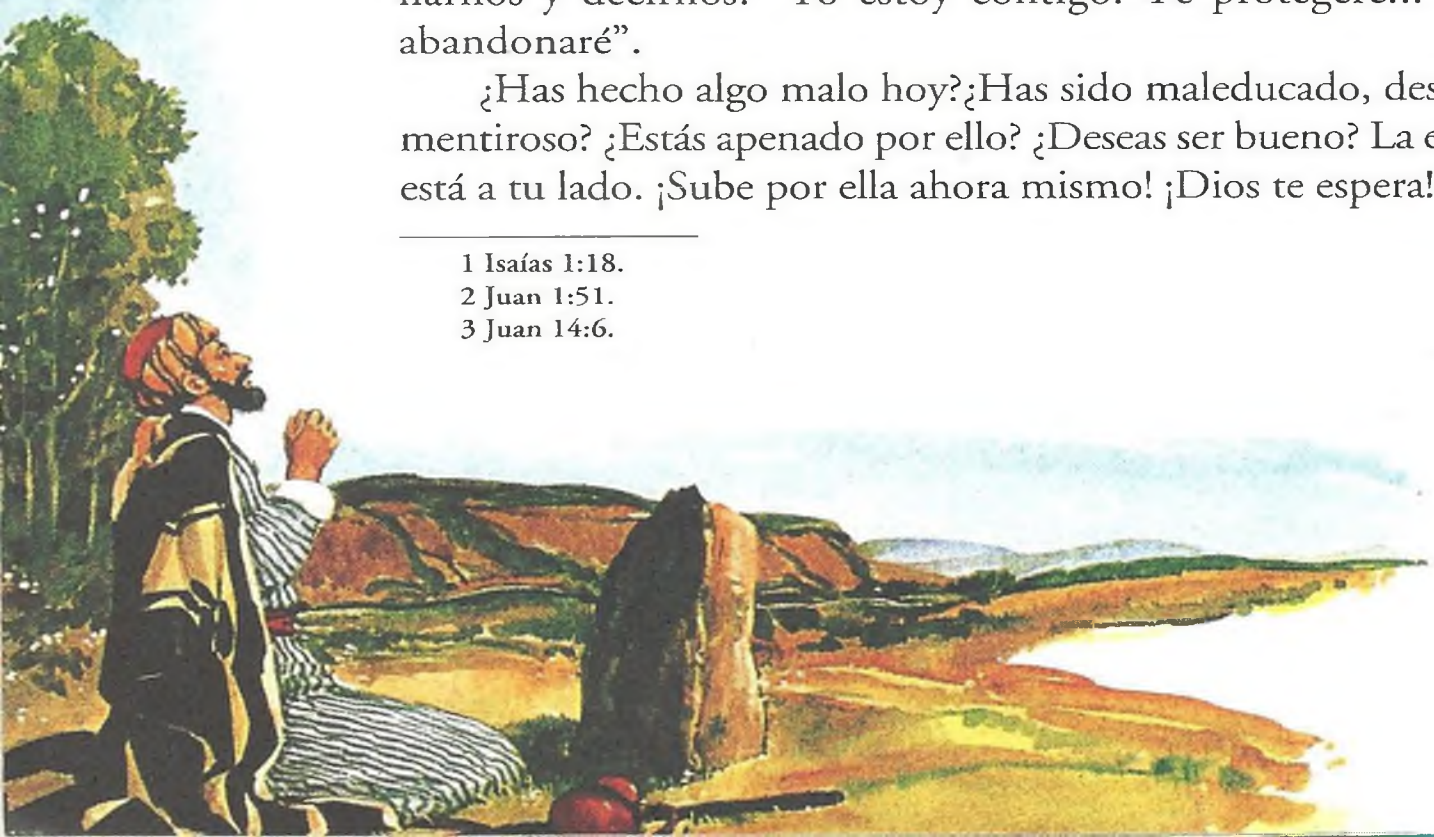
Sí, Jesús es "el camino, la verdad y la vida... Nadie llega al Padre" sino por él. [3]

Cuando nos damos cuenta de que hicimos algo malo y nos sentimos tan miserables como Jacob, debemos pensar en la hermosa escalera que, desde nuestra almohada humedecida por las lágrimas, sube directamente hacia el cielo. Por encima de ella podremos ver la gloria de Dios y saber que está ansioso de perdonarnos y decirnos: "Yo estoy contigo. Te protegeré... No te abandonaré".

¿Has hecho algo malo hoy?¿Has sido maleducado, descortés, mentiroso? ¿Estás apenado por ello? ¿Deseas ser bueno? La escalera está a tu lado. ¡Sube por ella ahora mismo! ¡Dios te espera!

---

1 Isaías 1:18.
2 Juan 1:51.
3 Juan 14:6.



Una larga, larga lección

(Génesis 29; 30:25-34; 31; 32:1, 2)

DESPUÉS de caminar muchos días bajo el sol ardiente y de dormir muchas y tristes noches sobre la dura tierra, Jacob comenzó a acercarse al término de su largo viaje.

Por fin estaba en la tierra donde su madre había nacido y de la que tanto le había hablado cuando él era niño. Ahora la contemplaba por primera vez con sus propios ojos.

Una mañana, mientras marchaba hacia el oriente, "vio, en medio del campo, un pozo donde descansaban tres rebaños de ovejas... Sobre la boca del pozo había una piedra muy grande".

Contento de ver un ser humano con quien conversar después de haber andado solo tanto tiempo, Jacob se acercó a los pastores y habló con ellos.

–"¿De dónde son ustedes? –les preguntó..

–"Somos de Jarán –respondieron.

–"¿Conocen a Labán, el hijo de Najor? –volvió a preguntar Jacob.

–"Claro que sí —respondieron.

Jacob siguió preguntando:

–"¿Se encuentra bien de salud?

–"Sí, está bien –le contestaron–. A propósito, ahí viene su hija Raquel con las ovejas".

¡Con qué ansiedad contempló Jacob a la hermosa joven que se acercaba al pozo guiando las ovejas! Olvidándose de que apenas era mediodía y que debían esperar hasta el atardecer para destapar el pozo con la ayuda de varios pastores, Jacob solo hizo a un lado la gran piedra y comenzó a sacar agua para abrevar el rebaño de Raquel.

¡Nunca antes le había parecido tan agradable una tarea tan humilde! ¡Y cuánto se asemejaba a su madre esa joven que lo miraba sonriendo!

Una vez que terminó de dar de beber a las ovejas, Jacob corrió hacia donde estaba Raquel, se dio a conocer, la besó y comenzó a llorar de emoción. En seguida ella fue a contarle a su padre quién había llegado sorpresivamente de visita. Cuando

Labán lo supo, se apresuró a ir al encuentro de su sobrino, "y, entre abrazos y besos, lo llevó a su casa".

El cansado viajero pasó un mes muy feliz en casa de Labán y, cuando su tío lo invitó a que se quedara más tiempo y que trabajara para él, Jacob aceptó. Labán le preguntó entonces cuánto quería ganar.

–"Me ofrezco a trabajar para ti siete años, a cambio de Raquel, tu hija menor".

Labán aceptó el trato, "así que Jacob trabajó siete años para poder casarse con Raquel, pero como estaba muy enamorado de ella le pareció poco tiempo".

Jacob trabajó arduamente para su tío. Más tarde dijo: "De día me consumía el calor, y de noche me moría de frío, y ni dormir podía". Sin embargo, ninguna de esas penalidades le importaba. Estaba dispuesto a soportar cualquier penuria con tal de poder tener a Raquel como esposa.

Los siete años estaban ya por terminar. Todo parecía ir bien.

Se había fijado la fecha de la boda y Labán había hecho los preparativos para la fiesta.

Entonces, Jacob sufrió el mayor chasco que un hombre puede tener. Por medio de un astuto engaño, Labán le dio por esposa a Lea, su hija mayor, en lugar de Raquel. Este acto era tan malo y vil como la oportunidad en que en que Jacob había engañado a su padre al fingir que era Esaú.

¡Puedes imaginarte cuánto se enojó Jacob cuando descubrió el engaño!

–"¿Qué me has hecho? ¿Acaso no trabajé contigo para casarme con Raquel? ¿Por qué me has engañado?"

¡Pobre Jacob! Estaba aprendiendo una dolorosa lección: la de cómo se siente uno cuando lo engañan. Esa larga, larga lección le iba a enseñar que nunca vale la pena mentir o engañar.

Ahora vemos más claramente el carácter de Labán. Era un regateador de primera categoría. Le dijo a Jacob que le daría a Raquel por esposa si estaba dispuesto a trabajar otros siete años.

¡Siete años más! Aunque no era algo justo, Jacob aceptó el trato. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Cuando estos otros siete años pasaron, Jacob decidió volverse con su familia a Canaán. Había tenido suficiente.

–"Déjame regresar a mi hogar y a mi propia tierra. Dame las mujeres por las que te he servido, y mis hijos, y déjame ir".

Pero Labán sabía que eso no le convenía de ninguna manera, de modo que le rogó que se quedara, y agregó:

–"Gracias a ti, el Señor me ha bendecido".

Una vez más, Jacob aceptó quedarse a trabajar, aunque en esta ocasión con un salario fijo. Sin embargo, los seis años si-

guientes no fueron felices. Es cierto que ahora comenzaba a tener rebaños propios de ovejas y vacas que se multiplicaban más rápidamente que los de Labán. Pero su tío se pasó todo el tiempo cambiándole el salario. Además, los hijos de Labán comenzaron a tenerle cada vez más envidia, porque pensaban que él se estaba enriqueciendo a expensas de ellos.

Así que Jacob habló con Raquel y Lea. Los tres estuvieron de acuerdo en que lo mejor que podían hacer era empacar sus cosas y marcharse, aun sin avisarle a Labán.

Entonces, una noche el Señor se le apareció a Jacob y le dijo: "Yo soy el Dios de Betel, donde ungiste una estela y me hiciste una promesa. Vete ahora de esta tierra, y vuelve a la tierra de tu origen".

Estas palabras conmovieron el corazón de Jacob, porque era en Betel donde, veinte años atrás, había visto la hermosa escalera que unía el cielo con la tierra. ¡Cuán contento se sentía al pensar que Dios aún se acordaba de la promesa que él le había hecho esa noche! Ahora Jacob estaba seguro de que debía salir de ese lugar y volverse a su tierra.

"Entonces Jacob se preparó y montó a sus hijos y a sus esposas en los camellos, puso en marcha todo su ganado, junto con todos los bienes que había acumulado en Padán Aram, y se dirigió hacia la tierra de Canaán, donde vivía su padre Isaac".

Pero "engañó a Labán el arameo y huyó sin decirle nada". Viajando tan rápido como les era posible, llegaron hasta el río Éufrates, lo cruzaron y se encaminaron hacia el monte de Galaad, en la frontera norte de Canaán.

Al comienzo, Jacob le sacó una buena ventaja a su tío, pues pasaron tres días antes de que este se enterara de lo que había pasado. Y esta vez fue Labán el que se sintió burlado. Reunió inmediatamente un grupo de hombres y se puso en persecución de Jacob y su familia, con la determinación de traerlos de vuelta.

Sin embargo, mientras iba en camino, Dios se le apareció en sueños y le dijo: "¡Cuidado con amenazar a Jacob!" El Señor sabía que esto era precisamente lo que Labán pensaba hacer: comenzar con frases agradables y terminar con palabras airadas, como hace mucha gente. No quería que Labán tratara de sobornar o maltratar a Jacob para hacer que regresara.

Entretanto, Jacob avanzaba todo lo que podía, pero con una familia tan grande y con tantos rebaños le era imposible mantener la distancia. Labán se le iba acercando cada vez más, y después de siete días de persecución ininterrumpida lo alcanzó en el monte de Galaad.

–"¿Qué has hecho? ¡Me has engañado, y te has llevado a mis hijas como si fueran prisioneras de guerra! ¿Por qué has huido en secreto, con engaños y sin decirme nada? Yo te habría despedido con alegría, y con música de tambores y de arpa. Ni siquiera me dejaste besar a mis hijas y a mis nietos".

Jacob sabía bien que Labán nunca había pensado dejarlo ir, y que lo de la fiesta de despedida no era más que palabras. Por eso le contestó con la misma astucia, recordándole los largos años

de servicio fiel:

–"De los veinte años que estuve en tu casa, catorce te serví por tus dos hijas, y seis por tu ganado, y muchas veces me cambiaste el salario. Si no hubiera estado conmigo el Dios de mi padre, el Dios de Abraham, el Dios a quien Isaac temía, seguramente me habrías despedido con las manos vacías. Pero Dios vio mi aflicción y el trabajo de mis manos, y anoche me hizo justicia".

Labán comenzó a calmarse. Viendo que Jacob estaba decidido a volverse a Canaán y que no podía hacer nada para impedirlo, le sugirió que hicieran las paces. Jacob estuvo de acuerdo.

Siguiendo la costumbre de la época, entre todos apilaron rocas hasta formar una especie de monumento. Labán lo llamó Yegar Saduta. También fue llamado Mizpa, que significa "torre de atalaya" o "montículo del testimonio", porque dijo:

–"Que el Señor nos vigile cuando ya estemos lejos el uno del otro".

Así terminó felizmente algo que hubiera podido convertirse en una grave pelea. "A la madrugada del día siguiente Labán se levantó, besó y bendijo a sus nietos y a sus hijas, y regresó a su casa".

Lucha en la noche

(Génesis 32:1-13, 23-33)

LA larga, larga lección de Jacob todavía no había terminado. Tenía aún mucho que aprender antes de convertirse en el gran hombre que Dios deseaba que fuera.

Tan pronto como libró de su problema, apareció otro. No bien había despedido a su tío Labán, Jacob comenzó a preocuparse por Esaú y lo que podría suceder si se llegaba a encontrar con él.

Esa noche, al continuar con su camino, "unos ángeles de Dios salieron a su encuentro". Esto lo animó mucho, pues le recordó el sueño que el Señor le había dado años atrás, en el que había visto ángeles que subían y bajaban por una maravillosa escalera. Sin embargo, al día siguiente, otra vez se sintió preocupado.

Por fin, decidió enviar mensajeros a Esaú para saber si su enojo se había aplacado durante los veinte años pasados. Cuando regresaron sus enviados algunos días más tarde, su informe preocupó a Jacob. Esaú, ¿no había cambiado de parecer?

–"Fuimos a hablar con su hermano Esaú –dijeron los mensajeros– y ahora viene al encuentro de usted, acompañado de cuatrocientos hombres".

¡Cuatrocientos hombres! ¡Qué podía hacer Jacob contra tantos!

No raro, entonces, que Jacob estuviera "muy angustiado". Lo único que se le ocurrió hacer ante el peligro fue dividir su caravana en dos grupos, para que, si Esaú atacaba un grupo, el otro podría escapar. No era la gran solución, y él lo sabía.

En medio de su angustia, decidió presentarle el problema a Dios. "Señor, Dios de mi abuelo Abraham y de mi padre Isaac, que me dijiste que regresara a mi tierra y a mis familiares, y que me harías prosperar: realmente yo, tu siervo, no soy digno de la bondad y fidelidad con que me has privilegiado. Cuando crucé este río Jordán, no tenía más que mi bastón; pero ahora he llegado a formar dos campamentos. ¡Líbrame del poder de mi hermano Esaú, pues tengo miedo de que venga a matarme a mí y a las madres y a los niños! Tú mismo afirmaste que me harías prosperar, y que mis descendientes serían tan numerosos como la arena del mar, que no se puede contar".

La oración de Jacob nos muestra cuánto había cambiado durante los largos y penosos años en que había servido a Labán. Ahora estaba agradecido a Dios por todo lo que le había dado. Y, lo que es más importante de todo, había aprendido a ser humilde y a admitir que no era digno de las más pequeñas bendiciones de Dios.

Esa noche, Jacob envió su familia al otro lado del arroyo Jaboc, hasta un sitio que parecía más seguro. Él no fue con ellos, porque quería quería estar solo. Sentía una gran necesidad de hablar con Dios completamente a solas. En medio de la oscuridad y el silencio se echó de rodillas, confesó sus pecados y otra vez clamó por ayuda.

De repente, sintió que alguien lo agarraba con mano fuerte. Jacob se levantó de un salto, aterrorizado. Tal vez lo había encontrado uno de los hombres de Esaú, o quizá era un asaltante que se le había acercado por la espalda. Comenzó a luchar con todas sus fuerzas para liberarse; pero no era fácil. Luchó hasta el amanecer, y entonces el Extraño tocó la cadera de Jacob. Su articulación se le desplazó y le dolía mucho la pierna.

Repentinamente, se dio cuenta de que no había estado luchando con un vulgar ladrón ni con uno de los hombres de Esaú, sino con el Señor mismo. Como nos pasa muchas veces hoy, Jacob había estado en las manos de Dios y no se había dado cuenta.

Y en lugar de huir, se aferró de él exclamando:

–"¡No te soltaré hasta que me bendigas!"

–"¿Cómo te llamas?" –le preguntó entonces el Señor.

–"Me llamo Jacob" –fue su humilde respuesta.

Y ese nombre significaba "engañador" o "suplantador".

–"Ya no te llamarás Jacob –prosiguió el Señor–, sino Israel ['el que lucha con Dios'], porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido".

Entonces "Jacob llamó a ese lugar Penuel, porque dijo: 'He visto a Dios cara a cara, y todavía sigo con vida' ".

Ese fue un nuevo amanecer para Jacob. Había dado un gran giro en su vida. Finalmente, había encontrado a Dios. Sus temores habían desaparecido. El ánimo y la esperanza llenaban su corazón. Era un nuevo hombre. El cobarde, el engañador, se había convertido en un príncipe de Dios.

Era como pasar de las tinieblas a la luz.

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Una madrugada, Jacob luchó desesperadamente contra el Ángel del Señor, confundiéndolo con un asaltante. Cuando descubrió con quién había estado peleando, Jacob le rogó que lo bendijera.

Los mellizos hacen las paces

(Génesis 32:13-21; 33:1-16)

AHORA que Jacob había hecho las paces con Dios, también quería arreglar las cosas con su con su hermano. Había confesado al Señor sus pecados y, por lo tanto, estaba listo para hacer lo mismo con su hermano. Ya no había en su corazón orgullo ni deseo de engañar. Ahora era un "príncipe de Dios" y quería hacer lo correcto.

El día anterior, le había enviado un regalo a Esaú como muestra de su amor. Había enviado "doscientas cabras, veinte chivos, doscientas ovejas, veinte carneros, treinta camellas con sus crías, cuarenta vacas, diez novillos, veinte asnas y diez asnos". Hoy sería un regalo muy costoso, y ya entonces lo era.

Jacob envió los rebaños en grupos separados y ordenó a sus siervos que, cuando los entregaran a Esaú, le dijeran: "Es un regalo para usted, mi señor Esaú, que de sus ganados le manda su siervo Jacob. Además, él mismo viene detrás de nosotros".

Jacob se proponía impresionar a Esaú y ganar su buena voluntad. "Lo apaciguaré con los regalos que le llegarán primero, y luego me presentaré ante él; tal vez así me reciba bien".

Los Mellizos Hacen Las Paces

Pero en caso de que este valioso regalo no ablandara el corazón de Esaú, Jacob dispuso que las mujeres y los niños marcharan después de los rebaños al frente de la caravana. Primero irían las siervas con sus hijos, después Lea con sus niños y Dina, su hija, y por último la tan querida Raquel con el precioso José.

La caravana avanzó lentamente en este orden. De repente, alguien alzó la voz: "¡Esaú está viniendo!" Las noticias corrieron de boca en boca, atemorizando a todos; excepto a Jacob, que ya no tenía miedo.

Confiado en la fuerza que Dios le había dado, avanzó hacia el frente de la columna pasando junto a sus esposas e hijos, "inclinándose hasta el suelo siete veces mientras se iba acercando a su hermano". Esto era la mejor demostración de lo triste que se sentía por lo que había hecho y de que deseaba hacer las paces con él.

Esaú quedó enternecido al ver a su hermano arrodillarse ante él. "Esaú corrió a su encuentro y, echándole los brazos al cuello, lo abrazó y lo besó. En-

tonces los dos se pusieron a llorar".

¡Qué hermoso encuentro! ¡Los dos hermanos unidos en un largo abrazo! ¡Qué felices deben haber sentido las mujeres y los niños, y también los hombres de Esaú! No sería extraño que muchos de ellos hubieran dejado escapar una lágrima al ver cómo hacían las paces los mellizos que por tanto tiempo habían estado separados.

Esaú quiso conocer entonces a las mujeres y a los niños que venían con Jacob, y este los fue presentando uno por uno.

Luego preguntó:

–"¿Qué significan todas estas manadas que han salido a mi encuentro?"

–"Intentaba con ellas ganarme tu confianza" –le contestó Jacob, sonriendo entre las lágrimas.

–"Hermano mío –repuso Esaú–, ya tengo más que suficiente. Quédate con lo que te pertenece".

Pero Jacob insistió en que aceptara su regalo, y por fin su hermano accedió.

Esaú tuvo entonces una actitud muy bondadosa: le ofreció a Jacob ir con sus cuatrocientos hombres delante de la caravana durante el resto del viaje, para defenderlos en caso de peligro.

Jacob le agradeció y le dijo que no se molestara en hacerlo.

Además, era posible que los hombres quisieran marchar muy rápido.

–"Mi hermano y señor debe saber que los niños son todavía muy débiles, y que las ovejas y las vacas acaban de tener cría, y debo cuidarlas. Si les exijo demasiado, en un solo día se me puede morir todo el rebaño. Es mejor que mi señor se adelante a su siervo, que yo seguiré al paso de la manada y de los niños".

Esaú vio que Jacob tenía razón, pero sentía tantos deseos de hacerle algún bien a su hermano que le ofreció algunos de sus hombres para que lo ayudaran en las tareas.

Pero Jacob volvió a agradecerle, diciéndole que no los necesitaba, porque con los ayudantes que tenía era suficiente.

Así, en medio de sonrisas, abrazos y besos, los mellizos se separaron nuevamente, pero esta vez en paz, con todas las cuentas arregladas.

Podemos imaginarnos la despedida. Esaú y sus hombres se marchan haciendo adiós con la mano. Y de la misma manera responden Jacob, Lea, Raquel y los niños. ¡Cómo agitan estos sus manitas!

Esta fue una despedida feliz, tan diferente de la otra, veinte años antes.

Vendido como esclavo

(Génesis 33:17-20; 35; 37:1-28)

AVANZANDO lentamente, Jacob y su caravana llegaron por fin a un lugar llamado Siquén. Como todos estaban cansados de viajar y el lugar era agradable, decidieron establecerse allí. Jacob compró entonces con cien monedas de plata un lote de terreno y allí estableció su campamento.

Sin embargo, las cosas no marcharon bien. Pronto sus hijos tuvieron serias dificultades con los habitantes de la ciudad y Dios le aconsejó a Jacob que siguiera avanzando hacia el sur, hasta Betel.

"Ponte en marcha, y vete a vivir a Betel. Erige allí un altar al Dios que se te apareció cuando escapabas de tu hermano Esaú", le dijo el Señor.

Era necesario que todos volvieran a pensar más seriamente en Dios. Todavía existían en el campamento algunas malas costumbres. Varios siervos de Jacob habían comenzado a interesarse en los ídolos que adoraban los habitantes de la región. Además, las mujeres y las niñas estaban usando casi tantos adornos como

las paganas. Sí, todos necesitaban volver a Betel, "la casa de Dios" y "la puerta del cielo".

Entonces "Jacob dijo a su familia y a quienes lo acompañaban: 'Desháganse de todos los dioses extraños que tengan con ustedes, purifíquense y cámbiense de ropa... Así que le entregaron a Jacob todos los dioses extraños que tenían, junto con los aretes que llevaban en las orejas".

Los buenos efectos de ese cambio pudieron sentirse durante un tiempo. Pero no mucho después sucedió algo muy triste. Raquel murió justamente cuando estaba naciendo su segundo hijo. ¡Cuán apenado se sintió Jacob! ¡Tanto que amaba a Raquel!

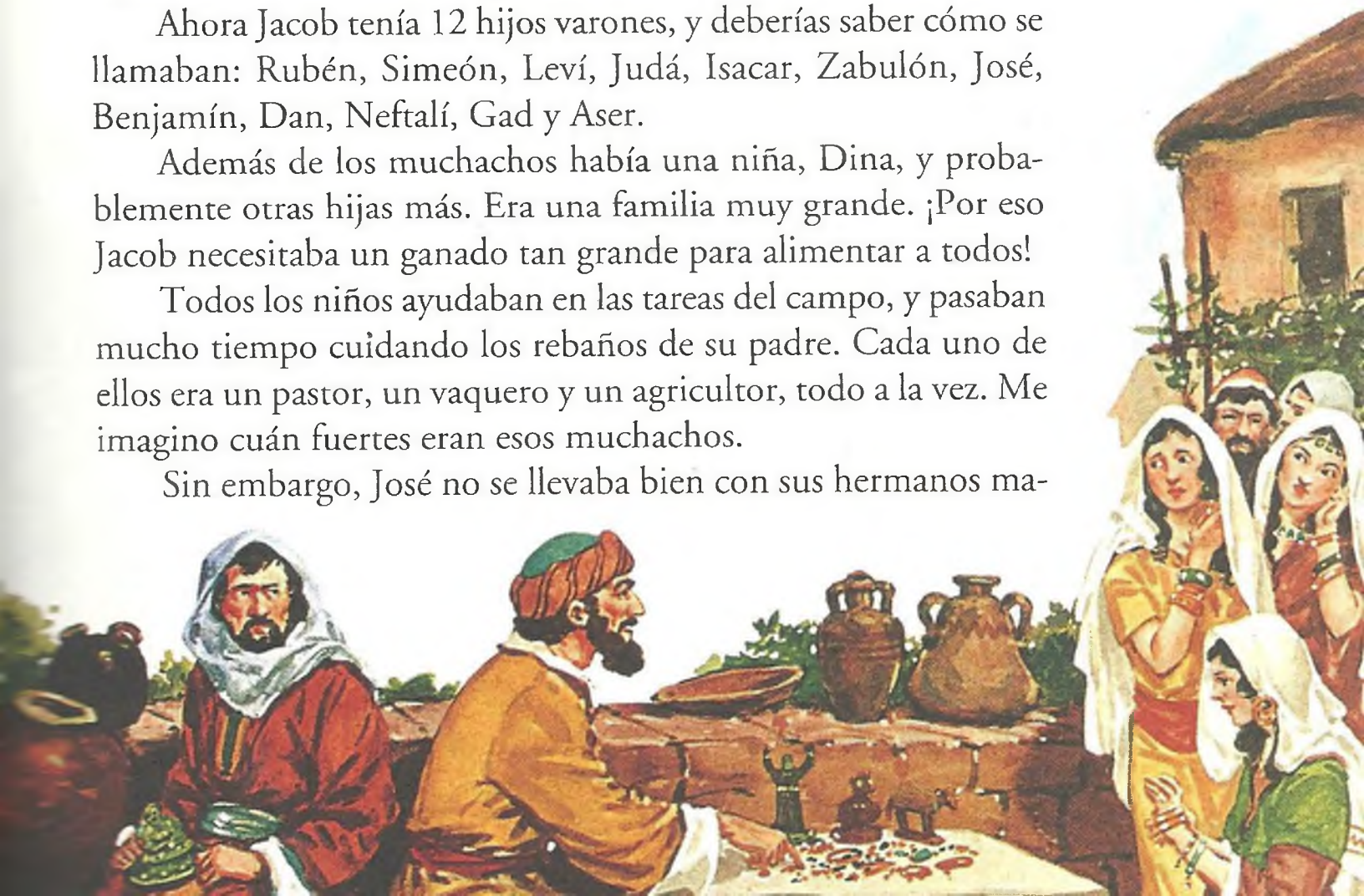
Poco antes de morir, Raquel le puso al recién nacido el nombre de Benoni, que significa "hijo de mi tristeza", pero Jacob se lo cambió por el de Benjamín, que significa "hijo de la mano derecha", indicando con esto cuánto esperaba del niño. Desde ese día, José y Benjamín, los dos hijos de Raquel, recibieron el cariño especial de su entristecido padre.

Ahora Jacob tenía 12 hijos varones, y deberías saber cómo se llamaban: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, José, Benjamín, Dan, Neftalí, Gad y Aser.

Además de los muchachos había una niña, Dina, y probablemente otras hijas más. Era una familia muy grande. ¡Por eso Jacob necesitaba un ganado tan grande para alimentar a todos!

Todos los niños ayudaban en las tareas del campo, y pasaban mucho tiempo cuidando los rebaños de su padre. Cada uno de ellos era un pastor, un vaquero y un agricultor, todo a la vez. Me imagino cuán fuertes eran esos muchachos.

Sin embargo, José no se llevaba bien con sus hermanos ma-



yores. Ellos lo consideraban "el hermanito menor" que molesta más de lo que ayuda. En cierta ocasión José le contó a su padre algunas de las cosas malas que sus hermanos hacían y decían, y ellos llegaron a saberlo. Desde entonces, evitaron su compañía, para que no contara a Jacob lo que hacían.

Debido a que José era hijo de Raquel, su padre lo favorecía más que a los otros hermanos, lo que empeoraba las cosas. Cierta vez Jacob le regaló una hermosa túnica de varios colores que lo destacaba entre todos. A raíz de esto los hermanos comenzaron a tenerle más celos. Con toda seguridad se dijeron que su padre nunca les había regalado ropa tan buena. Además, empezaron a sospechar que Jacob planeaba darle la primogenitura a José en vez de a Rubén.

Cuando José tenía 17 años, les contó a sus hermanos un sueño que había tenido. Dijo que todos ellos eran gavillas de grano en un campo cuando, repentinamente, todos los manojos se inclinaron ante su gavilla. ¡Esto no les causó ninguna gracia a

sus hermanos!

Luego, les contó otro sueño. Esta vez eran el sol, la luna y 11 estrellas los que se inclinaban ante él. El nuevo sueño les gustó todavía menos a sus hermanos.

José hubiera hecho mejor en guardarse esos sueños para sí o en contárselos solo a su padre. Pero el hecho de que se los relató a sus hermanos nos muestra cuán inocente era. Tal vez creyó que ellos podrían explicarle su significado.

Sin embargo, el resultado fue que sus hermanos mayores comenzaron a odiarlo. Ellos no tenían la menor intención de inclinarse delante de ese muchachito mimado. Tan enojados estaban con él que algunos hasta pensaron en la posibilidad de matarlo.

Cierto día, cuando José tenía 17 años, sus hermanos lo vieron venir hacia ellos a través del campo y se dijeron: "Ahí viene ese soñador. Ahora sí que le llegó la hora. Vamos a matarlo y echarlo en una de estas cisternas, y diremos que lo devoró un animal salvaje. ¡Y a ver en qué terminan sus sueños!"

Justamente, mientras tramaban esto, Rubén oyó lo que decían. Y aunque a él tampoco le gustaba José, creyó que el matarlo era demasiado. Además, por ser el hermano mayor, su padre lo haría responsable de lo que le ocurriera al muchacho.

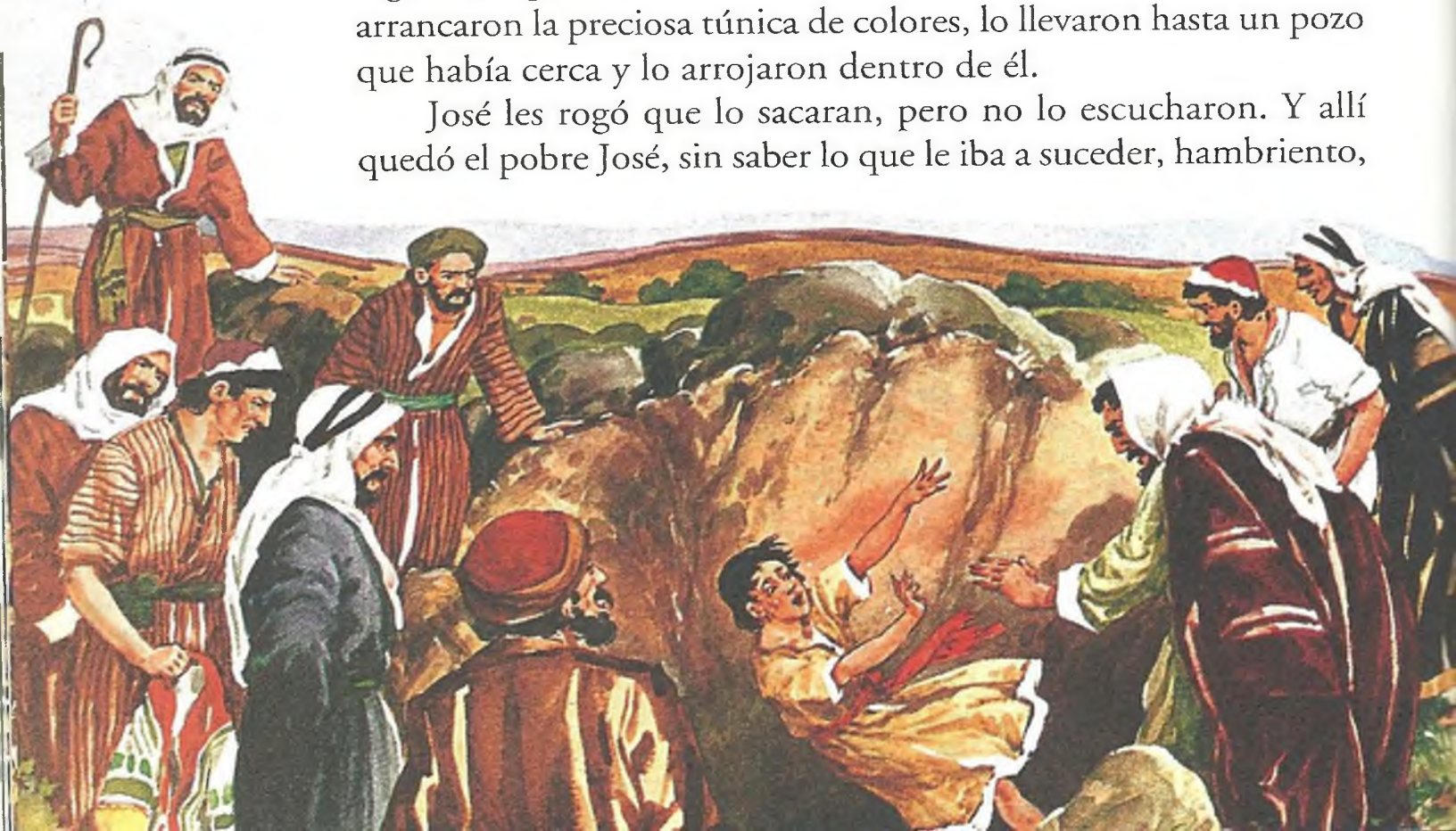
–"No lo matemos. No derramen sangre. Arrójenlo en esta cisterna en el desierto, pero no le pongan la mano encima" –dijo Rubén.

Su plan era sacarlo más tarde de allí y enviarlo de vuelta a casa. Los otros hermanos aceptaron la idea y esperaron que el muchacho llegara.

Mientras tanto José, que había caminado mucho –casi 80 kilómetros– se alegró mucho de ver las tiendas de sus hermanos a quienes había estado buscando por pedido de su padre. Cuando los encontró, se sintió tan feliz que casi se olvidó de lo cansado y hambriento que estaba.

Imagínate, entonces, cuán grande fue su desilusión al notar que lo miraban con odio y que no se alegraban por su llegada. En seguida, algunos de sus hermanos lo tomaron bruscamente, le arrancaron la preciosa túnica de colores, lo llevaron hasta un pozo que había cerca y lo arrojaron dentro de él.

José les rogó que lo sacaran, pero no lo escucharon. Y allí quedó el pobre José, sin saber lo que le iba a suceder, hambriento,



cansado, con frío, atemorizado. Gritó por ayuda, pero nadie vino. Le parecía que lo iban a dejar en el pozo para que se muriera de hambre y sed.

Mientras tanto, Rubén había vuelto a su trabajo. Los demás, por su parte, empezaron a comer y a pensar en lo que podían hacer con José. Tenían un problema. Habían acordado no matar al muchacho y no podían dejarlo morir en el pozo; pero si le permitían volver a su casa, contaría a su padre cuán cruelmente lo habían tratado.

Mientras discutían, vieron que se aproximaba una caravana de mercaderes. Cuando se les acercó, descubrieron que eran ismaelitas que iban llevando productos a Egipto. Entonces a Judá se le ocurrió una idea.

"–Vendámoslo a los ismaelitas" –propuso.

¡Gran idea! Los demás estuvieron de acuerdo, porque el plan no solo los sacaba de la difícil situación en que estaban, sino que también les permitía ganar algún dinero.

Detuvieron la caravana, y comenzó el regateo. Por fin, llegaron a un acuerdo con los ismaelitas; sacaron entonces al mu-

chacho del pozo y, a pesar de sus lágrimas y ruegos, lo vendieron por veinte monedas de plata.

Así, al poco rato de llegar al campamento de sus hermanos, el pobre José, orgullo y alegría de su padre, se vio en camino a Egipto convertido en un esclavo.

¡Cuán crueles son a veces los hermanos! Yo espero que nunca tengas ideas como estas acerca de tu hermanito o hermanita.

Pensando en lo que hicieron los hermanos de José, podemos decir que su acción fue no solo malvada sino también tonta. Las 20 monedas de plata que cobraron no les alcanzaron para mucho, pues cada uno recibió únicamente 2 monedas y pronto las gastaron.

Pero nunca pudieron quitarse de la mente lo que habían hecho con José. Siempre estuvieron preocupados acerca de lo que les podría ocurrir si alguien descubría lo que habían hecho. Además estaba la posibilidad de que alguna vez volvieran a encontrarse con José. Y esos extraños sueños que él había tenido, ¿qué significaban?

¿Podrían haber cometido un error? Ciertamente.

Un viaje triste, muy triste

(Génesis 37:29-35)

APENAS había desaparecido la caravana de ismaelitas a la distancia envuelta en una nube de polvo, Rubén regresó al pozo para librar a José. ¡Imagínate cómo se sintió al ver que no había nadie dentro de él!

Alarmado, buscó entonces a sus hermanos y les dijo:

–"¡Ya no está ese mocoso! Y ahora, ¿qué hago?"

No podía pensar siquiera en la idea de presentarse ante su padre sin llevar a José. Eso quebrantaría el corazón del anciano. ¡Tampoco podía decirle que habían sido capaces de vender a su propio hermano como esclavo!

Pero a alguien se le ocurrió una escapatoria. Le dirían una mentira a Jacob: que José había sido atacado y muerto por un animal salvaje. Para que la historia pareciera verdad, tomaron la vestidura de varios colores del muchacho, la empaparon en la sangre de un animal y se la llevaron a Jacob.

–"Encontramos esto –le dijeron–. Fíjate bien si es o no la túnica de tu hijo".

¡Por supuesto, Jacob conocía bien la túnica!

–"¡Sí, es la túnica de mi hijo! –exclamó entre sollozos–; ¡Seguro que un animal salvaje se lo devoró y lo hizo pedazos!"

De esta triste manera Jacob, que había engañado a su padre, fue a su vez engañado por sus propios hijos. La Biblia dice que "rasgó las vestiduras y se vistió de luto, y por mucho tiempo hizo duelo por su hijo. Todos sus hijos y sus hijas intentaban calmarlo, pero él no se dejaba consolar, sino que decía: 'No. Guardaré luto hasta que descienda al sepulcro para reunirme con mi hijo'".

No puedo imaginarme cómo esos hermanos eran tan hipócritas como para pretender consolar al pobre anciano sin decirle la verdad. Veían sufrir a su padre, pero no le confesaban lo que había hecho. Si se lo hubieran contado, seguramente la ira de Jacob contra ellos no habría conocido límites.

Entretanto, el pobre José, triste, cansado y nostálgico iba en camino a Egipto. Da pena el solo pensarlo. ¡Apenas 17 años y vendido como un miserable esclavo!

Mientras caminaba fatigosamente por el polvoriento camino con sus amos ismaelitas, más de una lágrima debe haber rodado por sus mejillas.

¿Por qué le había ocurrido esa terrible desgracia? –se preguntaba–. ¿Por qué sus hermanos habían sido tan crueles con él? ¿Por qué habían permitido que estos extranjeros lo llevaran como un prisionero? ¿Por qué nadie venía en su rescate?

Al caer la tarde y comenzar aquella primera noche lejos de su casa, debe haberse sentido terriblemente solitario. No podía dejar de pensar en la cama confortable que ahora no tenía, en los animalitos con quienes acostumbraba jugar y en todas las cosas que tanto le gustaban. También ha de haber pensado en su padre...

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

José nunca permaneció mucho tiempo lejos de su casa. Pero cuando sus crueles hermanos lo vendieron como esclavo, el muchacho fue forzado a ir hacia una tierra lejana.

y en su hermanito Benjamín... y en su madre, que ya había muerto. Y volvió a llorar.

¡Qué viaje tan largo y triste! Porque cuanto más se acercaba la caravana a Egipto, tanto más lejos estaba de su casa. Más de una vez debe haber pensado en que ya no volvería a ver a su padre y a sus hermanos. ¿Qué le sucedería en ese país extraño al que lo llevaban? Seguramente lo volverían a vender, pero ¿a quién? Tal vez a un amo duro y cruel que le haría pasar una vida miserable.

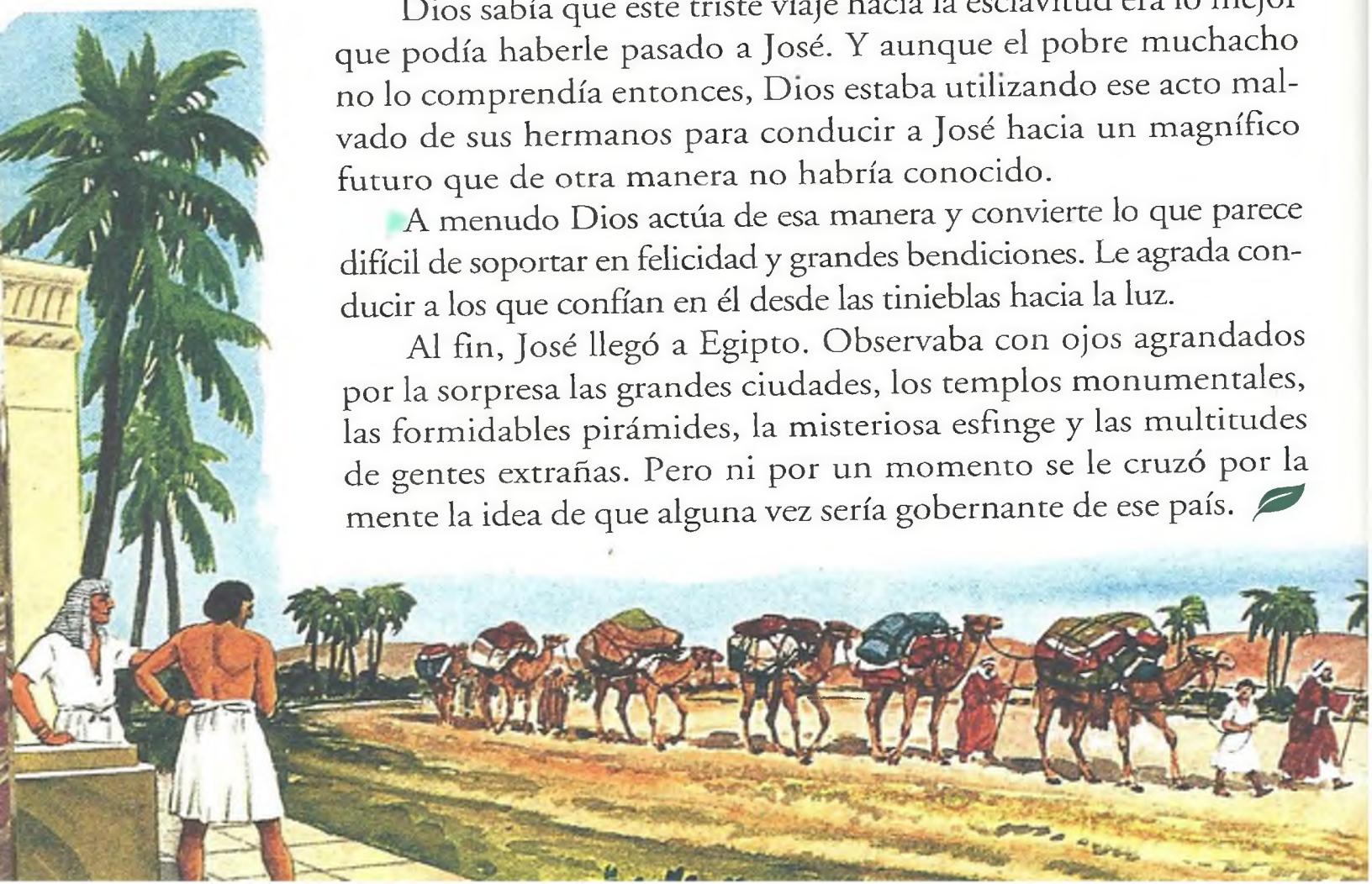
También pensó en Dios, en el Dios de su padre. Aunque la Biblia no lo dice expresamente, estoy seguro de que oró más de una vez al Señor pidiéndole que lo protegiera y que le ayudara a reunirse algún día con aquellos a quienes amaba.

Y estoy seguro también de que Dios observaba con amor a este querido muchacho, así como vela sobre cada niño y niña que lo ama y confía en él.

Dios sabía que este triste viaje hacia la esclavitud era lo mejor que podía haberle pasado a José. Y aunque el pobre muchacho no lo comprendía entonces, Dios estaba utilizando ese acto malvado de sus hermanos para conducir a José hacia un magnífico futuro que de otra manera no habría conocido.

A menudo Dios actúa de esa manera y convierte lo que parece difícil de soportar en felicidad y grandes bendiciones. Le agrada conducir a los que confían en él desde las tinieblas hacia la luz.

Al fin, José llegó a Egipto. Observaba con ojos agrandados por la sorpresa las grandes ciudades, los templos monumentales, las formidables pirámides, la misteriosa esfinge y las multitudes de gentes extrañas. Pero ni por un momento se le cruzó por la mente la idea de que alguna vez sería gobernante de ese país.



Dos sueños extraños

(Génesis 37:36; 39; 40)

ANSIOSOS por sacar una buena cantidad de dinero a cambio de José, los ismaelitas lo vendieron a Potifar, capitán de la guardia real, quien deseaba tener un muchacho para que ayudara en su casa. Así fue como el hijo favorito de uno de los hombres más ricos de Canaán, que hasta pocos días antes había tenido todo lo que quería en la casa de su padre, comenzó a servir como un vulgar esclavo, a la disposición de su amo pagano.

Debe haber sido difícil para José acostumbrarse a su nueva vida; pero él se decidió a hacer lo mejor que estuviera de su parte, con la ayuda de Dios. Todo lo que se le pedía lo hacía bien y fielmente.

Su agradable forma de ser era bien vista por todos. Se convirtió en el favorito de Potifar, quien poco a poco le fue confiando tareas cada vez más importantes. Su propio amo "se dio cuenta de que el Señor estaba con José y lo hacía prosperar en todo".

Pero no le llegaban noticias de su casa. Nadie se preocupaba por liberarlo. Estaba solo en el mundo y debía cuidarse por sí mismo. Cada día trató de vivir una vida recta, limpia y honesta ante los egipcios. Su honradez, su veracidad y su espíritu agradable hicieron una

gran impresión en Potifar. De esa manera práctica mostró a los que lo rodeaban que amaba a Dios y que había aprendido a vivir como su padre y su madre le habían enseñado en su niñez.

Cierto día, Potifar le dijo a José que desde ese momento en adelante sería el mayordomo general de todo lo que poseía. ¡Imagínate: un esclavo extranjero convertido en encargado de todas las posesiones del capitán del rey! Seguramente, José ha de haberse sentido muy feliz al ver la confianza que su amo le tenía, y desde entonces trató de ser todavía más eficiente.

Muy pronto su sabiduría y bondad hicieron que todo marchara a la perfección en las propiedades de Potifar. La Biblia dice: "el Señor bendijo la casa del egipcio Potifar a partir del momento en que puso a José a cargo de su casa y de todos sus bienes. La bendición del Señor se extendió sobre todo lo que tenía el egipcio, tanto en la casa como en el campo".

Potifar se sintió tan conforme con lo que José hacía, que "dejó todo a cargo de José, y tan sólo se preocupaba por lo que tenía que comer".

Pero entonces, justamente cuando todo iba tan bien, surgió un tremendo problema. La esposa de Potifar acusó a José de haber hecho algo muy malo. Eso era una mentira, y ella lo sabía, pero su esposo

le creyó y dio la orden de que José fuera arrojado de inmediato en la cárcel.

Esto fue suficiente para quebrantar el corazón de José. Sabía que era inocente y que había actuado con rectitud en todo momento. Cuando se lo había tentado a obrar mal había contestado: "¿Cómo podría yo cometer tal maldad y pecar así contra Dios?" Pero ahí estaba, echado en una miserable prisión, encadenado como un simple criminal. ¿De qué le había valido ser fiel a lo que Dios pide? Todo parecía haber sido inútil.

Es difícil ser acusado de un mal que uno no ha cometido, ¿no es cierto? Sin embargo, José no se desesperó. Mientras noche tras noche permanecía en su oscura celda, con los grillos que le apretaban los pies, recordó la historia que su padre le había contado acerca de esa lucha cuerpo a cuerpo en la noche y de cómo se había aferrado a Dios hasta que el sol había vuelto a brillar. Pensando en esa hermosa historia, él también decidió mantenerse firme hasta vencer con la ayuda de Dios.

El Señor no había olvidado a este muchacho, sino que "estaba con él y no dejó de mostrarle su amor. Hizo que se ganara la confianza del guardia de la cárcel".

Qué joven tan agradable debe haber sido, que causó la misma buena impresión en todos, sin importar donde estaba. ¡Incluso en prisión!

Parecía haber nacido para liderar, porque no pasó mucho tiempo antes de que el gobernador de la cárcel decidiera encargarlo del cuidado de los otros presos. Le llegó a tener tanta confianza que "el guardia de la cárcel no se preocupaba de nada de lo que dejaba en sus manos" porque "el Señor estaba con José y hacía prosperar todo lo que él hacía".

Un día, llegaron dos nuevos presos a la cárcel. Uno era el jefe de los reposteros del Faraón y otro el jefe de los coperos. No se nos dice exactamente qué falta habían cometido, pero tal vez estaba relacionada con la comida y la bebida que habían proporcionado a su majestad. Sea cual fuere la razón, el hecho es que Faraón se había enojado con ellos y los había echado en la cárcel.

José podía simpatizar con los recién llegados, porque él sabía lo que era ser castigado injustamente. Además, su natural bondad lo llevó a ser amable con los nuevos presos, y estos se sintieron agradecidos.

Una mañana, cuando José fue a verlos a la celda en que estaban, notó que ambos tenían una expresión muy preocupada.

–"¿Por qué andan hoy tan cabizbajos?" –les preguntó alegremente–. ¿Algo anda mal?

Entonces, el copero y el repostero le dijeron que habían tenido un extraño sueño y que no podían comprender qué significaba.

–"¿Acaso no es Dios quien da la interpretación? –preguntó José–. ¿Por qué no me cuentan lo que soñaron?"

A continuación les explicó qué él era un siervo del Dios del cielo, de ese Dios que lo sabe todo y que está siempre dispuesto a ayudar a sus hijos fieles en cualquier momento.

Entonces, el jefe de los coperos del rey le contó su sueño. Había visto una vid que tenía tres ramas o sarmientos. De estos salían brotes que florecían y que luego se convertían en racimos. Él mismo había tomado en sueños los racimos, los había exprimido dentro de la copa de Faraón y se la había alcanzado.

Era un sueño bastante sencillo, pero el jefe de los coperos estaba seguro de que tenía un significado importante para él.

José le dijo que, efectivamente, el sueño era importante. Y agregó:

–"Las tres ramas son tres días. Dentro de los próximos tres días el faraón lo indultará a usted y volverá a colocarlo en su cargo. Usted volverá a poner la copa del faraón en su mano, tal como lo hacía antes, cuando era su copero".

El hombre se alegró mucho cuando supo la interpretación de su sueño. La tristeza desapareció de su rostro y le agradeció a José por haber traído esperanza a su corazón.

José vio en esto una magnífica ocasión para que se lo liberara de su injusto encarcelamiento.

–"Yo le ruego que no se olvide de mí –le dijo al jefe de los coperos–. Por favor, cuando todo se haya arreglado, háblele usted de mí al faraón para que me saque de esta cárcel. A mí me trajeron por la fuerza, de la tierra de los hebreos. ¡Yo no hice nada aquí para que me echaran en la cárcel!"

El copero le dijo que, por supuesto, se acordaría de él.

Entonces el jefe de los reposteros contó su sueño, con la espe-

ranza de que José también le daría una interpretación favorable. Dijo que en el sueño había visto tres canastillas encima de su cabeza; que en la de más arriba había toda clase de pastelitos del tipo de los que al faraón le gustaban, y que las aves se los comían.

José supo en seguida lo que el sueño significaba, pero no le agradaba decírselo.

–"Las tres canastas son tres días –le dijo, y agregó con tristeza–: Dentro de los próximos tres días, el faraón mandará que a usted lo decapiten y lo cuelguen de un árbol, y las aves devorarán su cuerpo".

¡Pobre repostero! Se le había ido la sonrisa del rostro.

"En efecto, tres días después el faraón celebró su cumpleaños y ofreció una gran fiesta para todos sus funcionarios. En presencia de éstos, mandó sacar de la cárcel al jefe de los coperos y al jefe de los panaderos. Al jefe de los coperos lo restituyó en su cargo... Pero, tal como lo había predicho José, al jefe de los panaderos mandó que lo ahorcaran".

De alguna manera, la noticia de lo ocurrido al copero y al repostero llegó hasta la oscura cárcel en que estaba José. El joven no pudo menos que admirarse al notar con qué exactitud se habían cumplido las interpretaciones. Sin duda, pensó más de una vez en que el jefe de los coperos le hablaría de su caso al faraón y que en pocos días se lo liberaría de su encarcelamiento. Pero los meses pasaron y no hubo novedades. ¡El copero parecía haberse olvidado completamente de él!

¡Pobre José! Todavía le esperaban dos largos años en la cárcel.

Desde la cárcel al trono

(Génesis 41:1-43)

UN DÍA, mientras José estaba trabajando en la prisión, llegó corriendo un mensajero enviado desde el palacio.

–El faraón quiere verte inmediatamente –le dijo.

–¿A mí? ¿Para qué? –me imagino a José preguntándole.

–¡Ven inmediatamente! –insistió el mensajero.

¡Cuán nervioso debe haberse sentido José! Con rapidez, se afeitó y se cambió sus ropas. Mientras recorría la distancia que separaba al palacio de la prisión debe haberse preguntado: "¿Qué significa esto? ¿Para qué quiere verme el faraón? ¿Qué falta habré cometido?"

¿Finalmente el copero del rey se había acordado de él? Eso había sucedido. La noche anterior, el faraón había tenido un que lo había dejado preocupado. Estaba seguro de que tenían algún significado importante pero, por más que se esforzara, no se le ocurría cuál.

Por eso, a la mañana, "mandó llamar a todos los magos y sabios de Egipto"; sin embargo ninguno pudo interpretar los sueños.

En ese momento, el jefe de los coperos vio una magnífica oportunidad para destacarse entre los demás servidores del faraón, mencionando a José. Mientras los adivinos y sabios se esforzaban por

encontrar alguna explicación a los sueños de Faraón, el copero le contó al rey lo que le había sucedido dos años antes, cuando estaba en la cárcel: cómo José había interpretado su sueño y el del repostero, y cómo ambas interpretaciones se habían cumplido exactamente como había dicho.

Faraón se interesó mucho en lo que el jefe de coperos le contaba y, ansioso por conocer el significado de sus sueños, mandó llamar de inmediato a José.

Ahora se abre la gran puerta que da acceso a la espaciosa sala del trono y el maestro de ceremonias introduce a José. Faraón está sentado en su trono de oro y a su alrededor permanecen en pie los funcionarios y servidores magníficamente vestidos. Este era un extraordinario para José después de haber pasado años en la cárcel sucia y oscura.

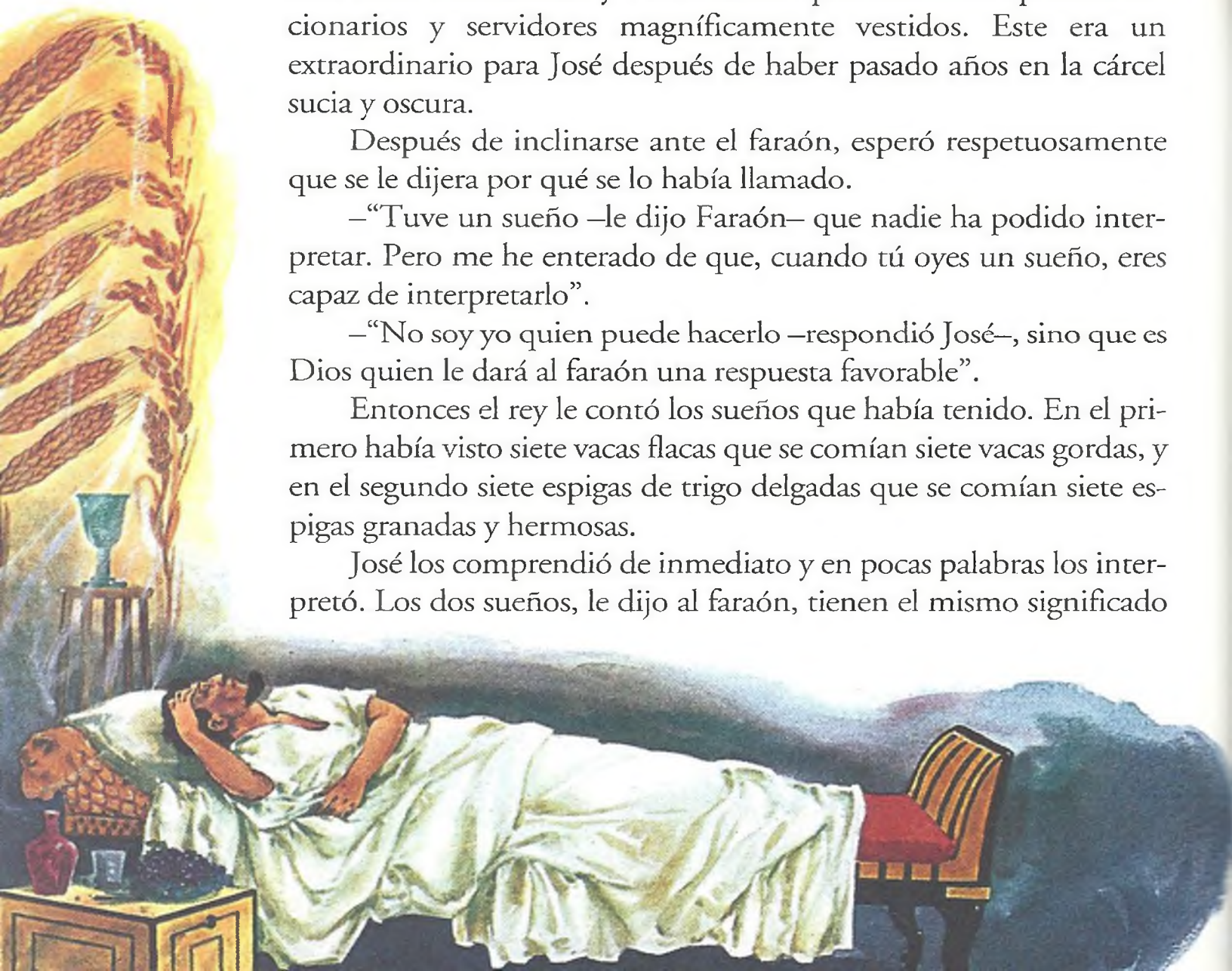
Después de inclinarse ante el faraón, esperó respetuosamente que se le dijera por qué se lo había llamado.

–"Tuve un sueño –le dijo Faraón– que nadie ha podido interpretar. Pero me he enterado de que, cuando tú oyes un sueño, eres capaz de interpretarlo".

–"No soy yo quien puede hacerlo –respondió José–, sino que es Dios quien le dará al faraón una respuesta favorable".

Entonces el rey le contó los sueños que había tenido. En el primero había visto siete vacas flacas que se comían siete vacas gordas, y en el segundo siete espigas de trigo delgadas que se comían siete espigas granadas y hermosas.

José los comprendió de inmediato y en pocas palabras los interpretó. Los dos sueños, le dijo al faraón, tienen el mismo significado



y han sido enviados por Dios para advertir que vendrá un período de hambre y escasez. Habrá primero siete años de abundancia, durante los cuales la tierra producirá muchos cereales y otros productos comestibles; pero luego vendrán siete años de hambre como Egipto todavía no ha conocido.

"Por todo esto –agregó José–, el faraón debería buscar un hombre competente y sabio, para que se haga cargo de la tierra de Egipto. Además, el faraón debería nombrar inspectores en todo Egipto, para que durante los siete años de abundancia recauden la quinta parte de la cosecha en todo el país. Bajo el control del faraón, esos inspectores deberán juntar el grano de los años buenos que vienen y almacenarlo en las ciudades, para que haya una reserva de alimento. Este alimento almacenado le servirá a Egipto para los siete años de hambre que sufrirá, y así la gente del país no morirá de hambre".

Faraón no solo quedó impresionado por la clara interpretación de sus sueños, sino también por el sabio consejo que le joven le daba.

Volviéndose hacia sus consejeros, les preguntó:

–"¿Podremos encontrar una persona así, en quien repose el espíritu de Dios?"

Así, Faraón estableció que José gobierne sobre toda la tierra de Egipto.

"Sólo yo tendré más autoridad que tú –dijo Faraón–, porque soy el rey".

"De inmediato, el faraón se quitó el anillo oficial y se lo puso a José. Hizo que lo vistieran con ropas de lino fino, y que le pusieran un collar de oro en el cuello. Después lo invitó a subirse al carro reservado para el segundo en autoridad, y ordenó que gritaran: '¡Abran paso!'".

¡Si sus hermanos lo hubieran visto! ¡Ellos lo habían vendido como un esclavo pensando humillarlo y hacerlo desaparecer, pero he aquí que José marchaba a través de las ciudades de Egipto en un carruaje real y todos debían hacerle reverencia!

Así obra Dios en favor de los que le aman y confía en él. Si a ti te parece que estás encerrado en una especie de cárcel, no te desanimes. Sé fiel y honrado, porque más allá de las tristezas hay un palacio y un trono, y Dios se encargará de conducirte hacia ellos.

El más noble de todos

(Génesis 41:45-57; 42; 43:1-14)

LOS AÑOS siguientes transcurrieron con mucha felicidad para José. Seguramente le parecieron como si hubiera salido de un largo y oscuro túnel a un mundo de luz.

No solo Faraón le mostró aprecio dándole una hermosa mansión, un espléndido carruaje y una bella esposa, sino que también los egipcios lo amaban. Lo consideraban el mejor gobernador que alguna vez hubieran tenido. Nunca les había ido tan bien. Durante siete años tuvieron abundantes cosechas. "La tierra produjo grandes cosechas".

Aunque el gobierno recogía una quinta parte de todas las cosechas, nadie se quejaba porque todos tenían tanta abundancia que no sabían qué hacer con el sobrante. Nadie se preocupaba por el futuro.

Pero José, que sabía lo que iba a suceder, recorría el país de extremo a extremo en su carruaje para disponer de lugares en que almacenar los granos. Hizo que se construyeran graneros en cada ciudad y los fue llenando hasta que rebasaban.

Al principio, trató de guardar un registro de la cantidad de cereales que iban almacenando, pero al final se dio por vencido. Era

demasiado. José llegó a juntar "alimento como quien junta arena del mar, y fue tanto lo que recogió que dejó de contabilizarlo. ¡Ya no había forma de mantener el control!"

Repentinamente, sin embargo, los siete años de abundancia terminaron. En el año octavo, cuando llegó el tiempo de la cosecha, no había casi nada para recoger. Todo estaba seco y marchito. Habían comenzado los siete años de escasez.

Por todas partes las cosechas fracasaban y pronto millones de personas empezaron a pasar hambre. "De todos los países llegaban a Egipto para comprarle alimento a José, porque el hambre cundía ya por todo el mundo".

José trató de mantener intactos durante algún tiempo los cereales que había ido acumulando en los graneros, porque sabía que debían durar por varios años. Pero la situación se volvió tan grave que debió dar la orden de que comenzara a venderse trigo a la gente hambrienta. ¡Cuán agradecidos se sintieron todos al ver lo sabio y previsor que había sido José!

En Canaán, Jacob también empezó a preocuparse por el hambre. Nunca había visto una escasez tan terrible. No había hierba para los animales, ni trigo para hacer pan con que alimentar a su numerosa familia. La última cosecha había fracasado y las reservas de alimento comenzaban a escasear peligrosamente.

Por fin llamó a sus hijos y les dijo: "He sabido que hay alimento en Egipto. Vayan allá y compren comida para nosotros, para que no muramos, sino que podamos sobrevivir".

Diez de sus hijos emprendieron entonces el viaje a Egipto, mientras Benjamín quedaba con su padre.

Los hermanos recorrieron el mismo camino que había seguido

José veintidós años antes, cuando lo habían vendido como esclavo a los ismaelitas. Mientras viajaban, más de una vez deben haber recordado lo mal que se habían portado con el muchacho y se habrán preguntado si por casualidad lo encontrarían en Egipto, en caso de que todavía estuviera vivo. Pero lo que ni se les habrá ocurrido es que podría ser el gobernante de todo Egipto, el hombre más importante después del faraón.

Cuando llegaron a Egipto, averiguaron dónde se vendía trigo, y se les dijo que debían conseguir un permiso del gobernador. Fueron entonces al lugar en que podían entrevistarse con él. Entraron en la sala y se inclinaron respetuosamente ante el gobernador, sin suponer siquiera que ese hombre importante, vestido con espléndidos mantos de un eminente funcionario y que hablaba el idioma egipcio con toda corrección, era su propio hermano.

Pero José los reconoció enseguida y se sintió feliz de verlos. Sin embargo, antes de darse a conocer, decidió averiguar si ellos habían cambiado de manera de ser durante los años que habían pasado desde el día en que lo habían vendido como esclavo.

Con voz ruda, los acusó de ser espías. Esto los asustó mucho, y humildemente le contestaron que no eran espías sino gente buena, hijos de un anciano que vivía en Canaán, y que solo habían venido

a buscar alimento. Pero José insistió:

–"¡De seguro ustedes son espías!"

Finalmente, ordenó que se los colocara en la cárcel. Tal vez quiso hacerles sentir lo que es estar preso, o solo trató de darse tiempo para pensar qué haría después con ellos. Lo que más deseaba era ver a su hermano menor, al querido Benjamín; pero ¿cómo podría lograrlo sin que supieran quién era él?

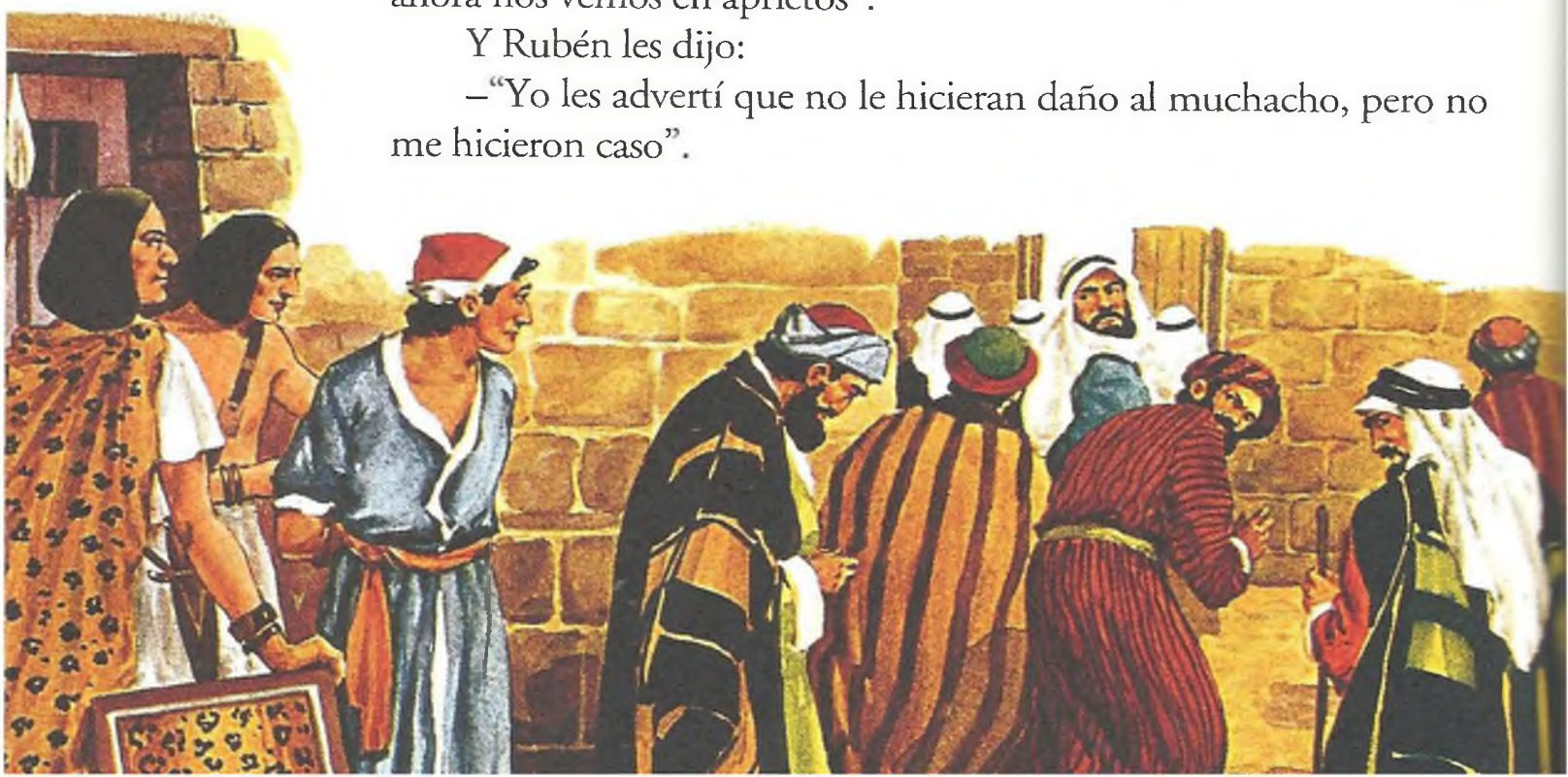
Finalmente, José pensó en un plan y mandó a buscar a sus hermanos. Les sugirió que, para mostrar que le habían dicho la verdad, quedara uno de ellos como rehén mientras los demás regresaran a su tierra con algún alimento y volvieran trayendo a Benjamín. Ellos aceptaron el plan y José eligió a Simeón para que quedara preso.

Mientras los guardias lo encadenaban a la vista de sus hermanos, estos temblaban de miedo. Y sucedió algo extraño. Repentinamente los hermanos llegaron a la conclusión de que lo que les estaba pasando era un castigo por la manera en que habían tratado a José hacía años, y comenzaron a decirse unos a otros:

–"Sin duda estamos sufriendo las consecuencias de lo que hicimos con nuestro hermano. Aunque vimos su angustia cuando nos suplicaba que le tuviéramos compasión, no le hicimos caso. Por eso ahora nos vemos en aprietos".

Y Rubén les dijo:

–"Yo les advertí que no le hicieran daño al muchacho, pero no me hicieron caso".



Aunque ellos no lo sabían en ese momento, José entendía cada palabra. "José se apartó de ellos y se echó a llorar". ¡Qué corazón más sensible el suyo!

Mientras los nueve hermanos regresaban, preocupados, a Canaán, descubrieron que dentro de cada saco de trigo estaba el dinero que habían pagado por ellos. No podían imaginarse cómo el dinero había ido a parar allí, y esto les hizo temer más la idea de volver a Egipto. Ignoraban que José, como muestra de amor, había ordenado que se les devolviera lo que habían pagado.

Cuando llegaron de vuelta a casa le contaron a Jacob lo que les había ocurrido y cómo el gobernador de Egipto les había dicho que no volvieran a buscar trigo a menos que trajeran a su hermano menor.

–"¿A Benjamín? –exclamó Jacob–. ¡Jamás! ¡Ustedes me van a dejar sin hijos! José ya no está con nosotros, Simeón tampoco está aquí, ¡y ahora se quieren llevar a Benjamín! ¡Todo esto me perjudica!"

Vez tras vez Jacob rehusó permitir que Benjamín fuera a Egipto; pero cuando las provisiones se acabaron, tuvo que ceder.

–"Vayan con su hermano menor y preséntense ante ese hombre. ¡Que el Dios Todopoderoso permita que ese hombre les tenga compasión y deje libre a su otro hermano, y además vuelvan con Benjamín! En cuanto a mí, si he de perder a mis hijos, ¡qué le voy a hacer! ¡Los perderé!"

¡Pobre Jacob! Ya había perdido a José. Simeón estaba en prisión en Egipto, y ahora temía estar perdiendo a Benjamín también. Dios debe haber sonreído al pensar en la sorpresa que esperaba justo a la vuelta de la esquina.

Reunión familiar

(Génesis 43:1 a 47:27)

YA CASI no había comida en la casa de Jacob cuando sus hijos partieron otra vez hacia Egipto. Esta vez, llevaban a Benjamín y doble cantidad de dinero, además de algunos regalos para el gobernador.

José los estaba esperando. Sabía que debían volver por más comida y, cuando supo que estaban en la ciudad, decidió darles la sorpresa de su vida: los invitó a almorzar con él, en su propia mansión.

Los hermanos no podían creer lo que oían. ¡Almorzar con el gobernador! Esto los atemorizó aún más. "Nos llevan por causa del dinero que se puso en nuestras bolsas la vez pasada –se decía–. Ahora nos atacarán, nos acusarán, y hasta nos harán sus esclavos".

Pero estaban equivocados. Cuando se presentaron ante José, les preguntó:

–"¿Cómo está su padre, el anciano del cual me hablaron? ¿Vive todavía?"

–"Nuestro padre, su siervo, se encuentra bien, y todavía vive –respondieron ellos. Y en seguida le hicieron una reverencia para honrarlo".

En ese momento José divisó a Benjamín, y se emocionó tanto al ver otra vez a su querido hermano menor, que debió salir del salón para

llorar sin ser visto. Anhelaba mucho abrazarlo, pero era mejor no hacerlo todavía.

José lavó su rostro y regresó al comedor. Con calma, ordenó que se sirviera la comida. Él se sentó solo en una mesa. Sus funcionarios egipcios se sentaron en una segunda mesa, mientras sus hermanos rodeaban otra mesa.

La Biblia dice que "unos a otros se miraban con asombro", y más sorprendidos estuvieron cuando notaron que, por orden del gobernador, el plato de Benjamín estaba cinco veces más lleno que el de los demás. ¡Sin embargo, todavía no habían descubierto quién era el gobernador!

Entonces, José les jugó otra travesura más. Dio órdenes de que, cuando llenaran los sacos de trigo de los hebreos, colocaran su propia copa de plata en el saco de Benjamín.

Poco después, los hermanos emprendieron viaje hacia Canaán, orgullosos de haber sido invitados a come con el gobernador de Egipto y felices porque al final todo había salido bien. Pero de pronto oyeron un galopar de caballos, y al darse vuelta, vieron al mayordomo del gobernador y a sus ayudantes.

El mayordomo los acusó rudamente de haber robado la copa de plata del gobernador, que él tanto valoraba.

–"¿Por qué nos dice usted tales cosas, mi señor? –preguntaron los hermanos–. ¡Lejos sea de nosotros actuar de esa manera! Es más, le trajimos de vuelta de Canaán el dinero que habíamos pagado, pero que encontramos en nuestras bolsas".

Ellos declararon que, si alguno tenía la copa, debía morir.

–"Está bien –respondió el mayordomo–, se hará como ustedes dicen, pero sólo el que tenga la copa en su poder será mi esclavo".

Entonces, revisó la bolsa de cada uno de los hombres y, por supuesto, encontró la copa en la bolsa de Benjamín.

¡Qué viaje más triste aquel, de regreso a la ciudad! La alegría que tenían al salir había desaparecido por completo. Ahora estaban llenos de nuevos temores. No podían volver sin Benjamín. Al entrar otra vez en el palacio del gobernador se inclinaron a tierra ante él. Judá interce-dió ante José, describiendo el dolor de su padre al perder uno de sus hijos, que él creía que había sido destrozado por un animal salvaje.

–"Por eso, permita usted que yo me quede como esclavo suyo en lugar de mi hermano menor, y que él regrese con sus hermanos –rogó Judá–. ¿Cómo podré volver junto a mi padre si mi hermano menor no está conmigo? ¡No soy capaz de ver la desgracia que le sobrevendrá a mi padre!"

Esto era más de lo que José podía soportar. Ahora sabía que sus hermanos habían cambiado desde que lo habían vendido como esclavo. Realmente les interesaba el dolor de su padre y lo que le sucediera a Benjamín. De repente, José elevó su voz, ordenando:

–"¡Que salgan todos de mi presencia!"

"Y ninguno de ellos quedó con él. Cuando se dio a conocer a sus hermanos, comenzó a llorar tan fuerte que los egipcios se enteraron, y la noticia llegó hasta la casa del faraón".

Al principio, los hermanos se preguntaban qué significaba todo eso. Después, cuando José pudo controlarse, lo comprendieron, pues

les dijo: –"Yo soy José".

¡José!

¿Podría ser José? Y si en verdad lo era, ¿no se vengaría de lo mucho que lo habían hecho sufrir? Sus hermanos estaban aterrorizados.

Pero el corazón de José no albergaba deseos de venganza. Solo amor. Él los había perdonado hacía mucho tiempo, y lo único que quería era que fueran otra vez amigos.

Al enterarse de quién era, sus hermanos se habían alejado de él, presas del temor. Pero José los invitó amablemente:

–"¡Acérquense!"

Y al hacerlo les dijo:

–"Yo soy José, el hermano de ustedes, a quien vendieron a Egipto. Pero ahora, por favor no se aflijan más ni se reprochen el haberme vendido, pues en realidad fue Dios quien me mandó delante de ustedes para salvar vidas. Desde hace dos años la región está sufriendo de hambre, y todavía faltan cinco años más en que no habrá siembras ni cosechas. Por eso Dios me envió delante de ustedes: para salvarles la vida de manera extraordinaria y de ese modo asegurarles descendencia sobre la tierra".

¡Qué corazón más generoso el de José! Se esforzó en quitarles la pena por lo que había sucedido y en mostrarles que todo había estado

en la providencia de Dios. ¡Solo un hombre realmente noble puede hablar así!

En seguida, les comunicó el plan que tenía de hacer venir a toda la familia de su padre para que viviera en Gosén, una región de Egipto, donde estarían más cerca para obtener alimento y sobrevivir a los años de hambre que todavía vendrían.

"Yo les proveeré alimento allí –dijo–. De lo contrario, tú y tu familia, y todo lo que te pertenece, caerán en la miseria".

No había siquiera una pizca de odio en el carácter de José. Aunque era muy poderoso y rico, ni se le cruzó por la mente la idea de vengarse de estos hombres que habían sido tan crueles con él.

"Y abrazó José a su hermano Benjamín, y comenzó a llorar. Benjamín, a su vez, también lloró abrazado a su hermano José. Luego José, bañado en lágrimas, besó a todos sus hermanos".

Sí, los besó a todos: a Rubén, a Simeón, a Judá, incluso a aquellos que lo habían echado dentro del pozo y que lo habían vendido como esclavo. ¡Los besó! ¡Qué amor tan grande! ¡Qué generosidad para perdonar! Sin duda alguna él era el más noble de todos. ¡Cuánto debe haberlo amado Dios al ver su grandeza de espíritu!

"Cuando llegó al palacio del faraón la noticia de que habían lle-

gado los hermanos de José, tanto el faraón como sus funcionarios se alegraron".

–"Que me traigan a su padre y a sus familias –le dijo Faraón a José–. Yo les daré lo mejor de Egipto".

También ordenó que se les entregaran carruajes para que las mujeres, los niños y el anciano padre de José pudieran viajar confortablemente.

Antes de que sus hermanos salieran hacia Canaán, José les dio provisiones para el camino, vestidos para mudarse, "y a Benjamín le entregó trescientas monedas de plata y cinco mudas de ropa. A su padre le envió lo siguiente: diez asnos cargados con lo mejor de Egipto, diez asnas cargadas de cereales, y pan y otras provisiones para el viaje de su padre".

José pensó en todas las cosas que podrían alegrarlos y hacerles fácil la travesía. Luego, al despedirlos con una sonrisa, recordó la antigua debilidad de sus hermanos, y les dijo:

–"No se vayan peleando por el camino!"

Cuando los hermanos llegaron al hogar, entraron atropelladamente en la tienda de su padre mientras exclamaban:

–"¡José vive, José vive! ¡Es el gobernador de todo Egipto!"

Jacob, como es lógico, no podía creerles. Le parecía imposible. ¿Acaso su querido hijo no había muerto hacía más de veinte años?

–¡Está vivo! –insistían ellos–. ¡Está vivo! ¡Lo hemos visto con nuestros propios ojos y hemos hablado con él!

Y le contaron luego lo que les había pasado durante su ausencia y todo lo que José les había dicho. Pero todavía el anciano no les creía.

Entonces le pidieron que saliera de la tienda y le mostraron los carruajes cargados de regalos que solo el amante corazón de José podía haber enviado. La historia comenzó a parecerle verdadera. Una sonrisa asomó en su rostro y una nueva luz brilló en sus ojos.

–"¡Con esto me basta! –exclamó–. ¡Mi hijo José aún vive! Iré a verlo antes de morirme".

No se perdió tiempo en preparar todas las cosas para el viaje, porque ahora Jacob tenía una idea en mente: ver cuanto antes a su querido José.

En camino a Egipto, la caravana se detuvo en Berseba. Allí Jacob ofreció sacrificios de alegría y agradecimiento a Dios. Y esa noche el Señor le habló, diciéndole:

–"¡Jacob! ¡Jacob!"

Y él dijo:

–"Aquí estoy".

–"Yo soy Dios, el Dios de tu padre –le dijo–. No tengas temor de ir a Egipto... yo mismo haré que vuelvas. Además, cuando mueras, será José quien te cierre los ojos".

Animado aún más con esta hermosa promesa, Jacob siguió viaje, "y los hijos de Israel hicieron que su padre Jacob, y sus hijos y sus mujeres, subieran en los carros que el faraón había enviado para trasladarlos. También se llevaron el ganado y las posesiones que habían adquirido en Canaán. Fue así como Jacob y sus descendientes llegaron a Egipto".

¡Qué alegre debe haber estado José cuando recibió noticias de que su padre estaba llegando a Egipto! La Biblia relata que mandó "que prepararan su carruaje, y salió a Gosén para recibir a su padre Israel. Cuando se encontraron, José se fundió con su padre en un abrazo, y durante un largo rato lloró sobre su hombro. Entonces Israel le dijo a José:

–"¡Ya me puedo morir! ¡Te he visto y aún estás con vida!"

Pero el anciano no murió en seguida. ¡Vivió durante otros 17 años!

"Los israelitas se asentaron en Egipto, en la región de Gosén. Allí adquirieron propiedades, prosperaron y llegaron a ser muy numerosos".

Así fue como, mediante la nobleza y la fidelidad de un muchacho bueno, miles y miles de personas se salvaron de morir de hambre, la "simiente de la mujer" fue una vez más preservada, y el nombre del Dios del cielo, del Dios de José, fue conocido en todo el mundo.

SEGUNDA PARTE

Historias de

Israel en Egipto

(Éxodo 1:1 a 10:29)

Luz en la oscuridad

(Génesis 50:22-26; Éxodo 1:1-14)

ABUELITO, ¿nos llevarás algún día a conocer esa hermosa tierra de la que tanto nos hablas?

–Algún día, querido –respondía José–. Algún día feliz...

El muchacho esclavo que había llegado a ser gobernador de Egipto tenía ahora más de cien años. Sus hijos Efraín y Manasés le habían dado nietos y bisnietos; además, era el tío abuelo de los muchachos y niñas que habían nacido en las familias de sus 11 hermanos.

Me puedo imaginar a estos niños ir corriendo al palacio del anciano José para saludarlo y hablar con él. ¡Era tan bueno y contaba historias tan interesantes! Les encantaba escucharlo hablar de los antiguos días cuando era un niño en Canaán. Casi podían ver las colinas verdes, las montañas nevadas y las veloces cascadas de su tierra natal. Canaán era también su patria, aunque nunca la habían visto.

Más de una vez José había querido volver allá, pero siempre estaba ocupado. ¡Tenía tantas cosas que atender!

← ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

El pueblo de Dios se estableció en Egipto y prosperó mucho durante la vida de José, porque el Señor lo había convertido en el primer ministro de la nación.

Por fin llegó el día en que sintió que su muerte estaba cercana. Llamó entonces a sus hermanos por última vez y les dijo:

–"Yo estoy a punto de morir, pero sin duda Dios vendrá a ayudarlos, y los llevará de este país a la tierra que prometió a Abraham, Isaac y Jacob... Sin duda Dios vendrá a ayudarlos. Cuando esto ocurra, ustedes deberán llevarse de aquí mis huesos".

José sabía que no era el plan de Dios que los israelitas vivieran siempre en medio de una nación pagana. Algún día, de alguna manera, el Señor los conduciría de regreso a aquella tierra hermosa de la que habían venido. Y él también quería regresar. Por eso les pedía que, cuando llegara ese día, llevaran sus huesos con ellos. Así sus restos descansarían en Canaán.

Sus hermanos prometieron cumplir con este último deseo y José falleció satisfecho. La Biblia no dice cómo fue su funeral, pero debe haber sido realmente espléndido. Sin duda, habrá habido una larga procesión formada por miles de personas que manifestaban su pena siguiendo el cuerpo de ese gobernador sabio y bondadoso hasta el lugar de su sepultura.

Su tumba bien pudo haber estado cerca de las pirámides, donde tantos grandes hombres de Egipto habían sido sepultados. Y cuando la gente pasaba, seguramente comentaría: "Ahí yace uno de los dirigentes más notables que este país ha conocido".

Sin embargo, en unos pocos años, "llegó al poder en Egipto otro rey que no había conocido a José". A este faraón le preocupaba que ahora parecía haber más israelitas que egipcios en Gosén, y esto no le gustaba. Tampoco los egipcios estaban satis-

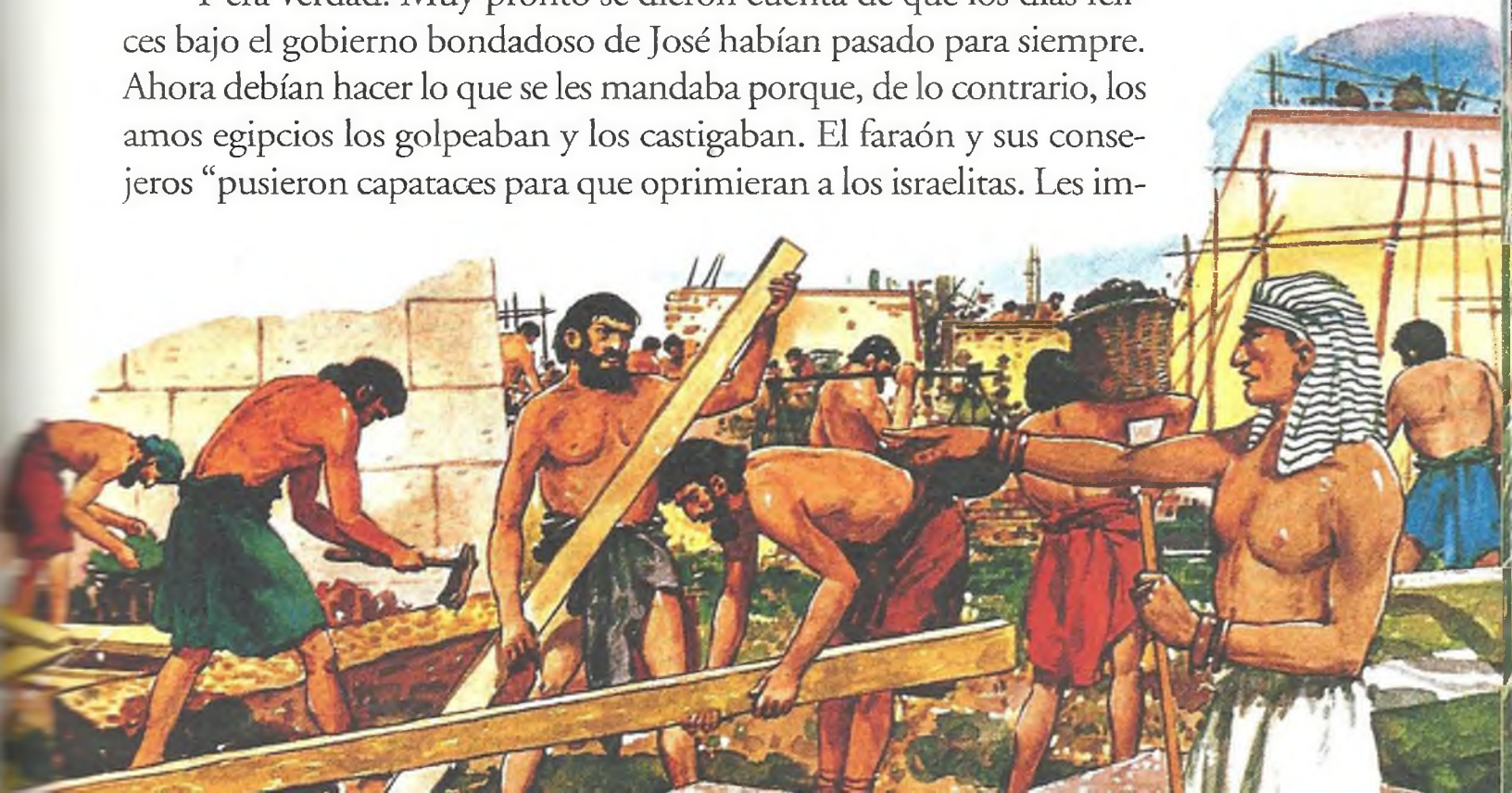
fechos con esto. Se quejaban de que esos extranjeros eran dueños de las mejores tierras y de que ocupaban puestos importantes en el gobierno.

Después de recibir una queja tras otra, Faraón decidió hacer algo. Llamó entonces a sus consejeros y les dijo: "¡Cuidado con los israelitas, que ya son más fuertes y numerosos que nosotros! Vamos a tener que manejarlos con mucha astucia; de lo contrario, seguirán aumentando y, si estalla una guerra, se unirán a nuestros enemigos, nos combatirán y se irán del país".

¡Eso era precisamente lo que los consejeros del faraón querían! Habían estado aguardando la oportunidad, de modo que, en seguida, trazaron un plan para sacar provecho de los extranjeros. Era un proyecto muy cruel. Los hebreos ya no serían tratados como iguales, sino como esclavos. Ya no se les permitiría trabajar para sí. Desde ese momento tendrían que trabajar para los egipcios.

¡Imagínate cómo se sintieron los hijos de Israel cuando se les comunicó el decreto del rey! Me parece oírlos exclamar: "¡Esto no es posible! ¡Nos han convertido en esclavos!"

Y era verdad. Muy pronto se dieron cuenta de que los días felices bajo el gobierno bondadoso de José habían pasado para siempre. Ahora debían hacer lo que se les mandaba porque, de lo contrario, los amos egipcios los golpeaban y los castigaban. El faraón y sus consejeros "pusieron capataces para que oprimieran a los israelitas. Les im-



pusieron trabajos forzados, tales como los de edificar para el faraón las ciudades de almacenaje Pitón y Ramsés".

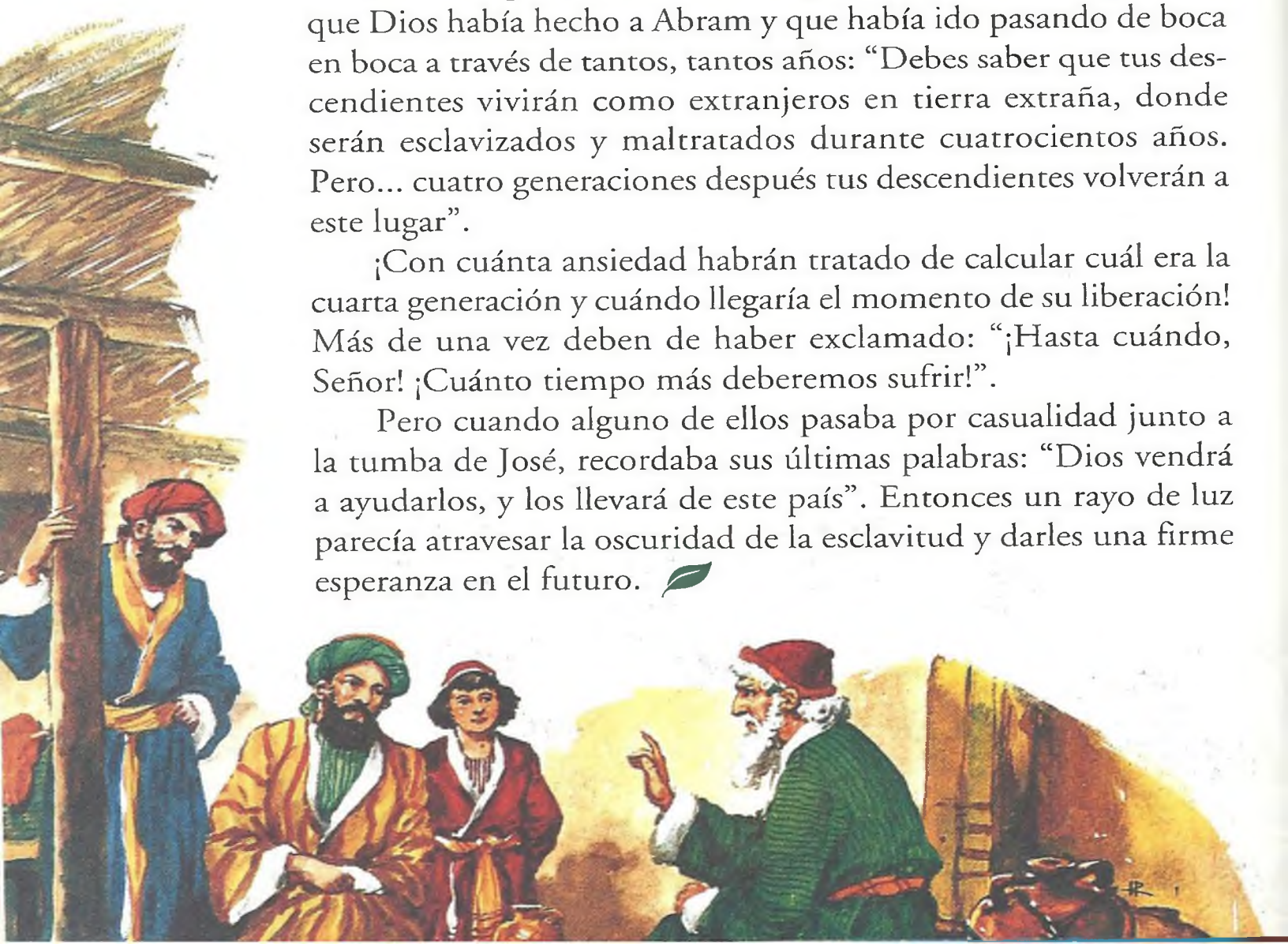
Días tras día, trabajaban bajo el sol ardiente. Desde el amanecer hasta la puesta del sol, hombres, mujeres y niños fabricaban ladrillos, preparaban mezcla y levantaban paredes mientras los capataces estaban junto a ellos con los látigos listos para castigar a cualquiera que quisiera descansar un momento.

Sin embargo, aunque los egipcios "les imponían trabajos pesados y los trataban con crueldad" y "les amargaban la vida" a los hebreos, no pudieron desanimarlos. Si bien muchas veces estaban cansados y tristes, no abandonaban la esperanza de días mejores. "Cuanto más los oprimían, más se multiplicaban y se extendían".

Al volver por la noche a sus hogares, hablaban de la promesa que Dios había hecho a Abram y que había ido pasando de boca en boca a través de tantos, tantos años: "Debes saber que tus descendientes vivirán como extranjeros en tierra extraña, donde serán esclavizados y maltratados durante cuatrocientos años. Pero... cuatro generaciones después tus descendientes volverán a este lugar".

¡Con cuánta ansiedad habrán tratado de calcular cuál era la cuarta generación y cuándo llegaría el momento de su liberación! Más de una vez deben de haber exclamado: "¡Hasta cuándo, Señor! ¡Cuánto tiempo más deberemos sufrir!".

Pero cuando alguno de ellos pasaba por casualidad junto a la tumba de José, recordaba sus últimas palabras: "Dios vendrá a ayudarlos, y los llevará de este país". Entonces un rayo de luz parecía atravesar la oscuridad de la esclavitud y darles una firme esperanza en el futuro.



Bebé al rescate

(Éxodo 1:15 a 2:10)

CIERTO día, mientras inspeccionaba desde su carruaje las ciudades de Pitón y Ramesés, que se hallaban en plena construcción, el faraón notó algo que al principio lo preocupó, pero que luego lo llenó de indignación.

Nunca había visto tantos hebreos en toda su vida. Había israelitas trabajando en los campos de cultivo y en los hornos de ladrillos. Los había descargando bloques de piedra de los barcos y también arrastrándolos hacia los depósitos y palacios que estaban construyendo. ¡Había hebreos por todas partes!

Y lo peor era que parecían fuertes y sanos. Él se había propuesto matarlos con el trabajo agotador, pero ahora eran más que antes. Sus planes no habían funcionado.

Entonces, llegó a la conclusión de que, dado que no podía eliminarlos haciéndolos trabajar hasta matarlos de cansancio, tendría que usar otro método. ¿Y cuál más sencillo que el de matar a sus hijos apenas nacían? Así que Faraón decretó que todo varón que naciera desde ese día en adelante debía ser arrojado al río Nilo.

Cuando los padres y madres hebreos se enteraron del decreto, palidecieron de espanto. Al principio no podían creer que fuera cierto. ¡Parecía imposible que hubiera un gobernante tan cruel como para exigir que asesinaran a todos los niños recién nacidos!

Pero desgraciadamente era verdad, y pronto el terror cundió entre los israelitas al enterarse de cómo los soldados del rey habían comenzado a arrebatar los hijos a sus madres para arrojarlos al Nilo, donde los ahogaban o eran comidos por los cocodrilos. ¡Imagínate cómo se sentirían los miembros de una familia que estaba aguardando la llegada de un niño, o que acababa de recibir uno! Cómo habrán sufrido los hermanos y hermanas mayores, para no hablar de los padres y las madres.

Esa era la hora más triste de la historia de Israel. Los hebreos habían podido soportar con entereza los largos días de trabajo duro y la crueldad de los capataces, pero ese asesinato a sangre fría de sus hijos era ya demasiado. Como nunca antes, desearon salir de Egipto. Comenzaron a orar fervorosamente para que Dios los liberara de inmediato.

En ese preciso momento, cuando la situación parecía no poder ser más negra y todos estaban al borde mismo de la desesperación, Dios envió a un niño al rescate.

Las cosas sucedieron así: Cierto día, nació un niño en el hogar de Amirán y Jocabed. Esta buena pareja de hebreos ya tenía una hija llamada Miriam y un hijito de nombre Aarón. ¡Con cuánto interés habían aguardado la llegada del bebé! ¡Pero ahora! ¿Qué harían si los soldados lo encontraban?

No se sabe con exactitud qué nombre le pusieron al re-

cién nacido. Tal vez Abram, Enoc o José.... El hecho es que más tarde, como veremos, se le dio otro nombre que llevó durante toda su larga vida.

Jocabed era una madre amorosa, y decidió hacer todo lo que estuviera de su parte para que los soldados no se lo llevaran. De alguna manera se las ingenió para ocultarlo durante los tres primeros meses. Pero no es fácil esconder a un bebé de tres meses. ¡Solo piensa en el ruido que hacen cuando lloran!

Un día, cuando Jocabed ya no podía mantenerlo en secreto, se le ocurrió una idea. Confeccionaría una especie de botecito, pondría al niño dentro de él y lo echaría a flotar en el río, cerca de la orilla. ¿Quién sabe? Tal vez alguna mujer egipcia de corazón tierno pasaría cerca de allí, encontraría el barquito y se apiadaría del bebé que descubriría en su interior. Esa parecía ser la única escapatoria y, en su desesperación, decidió correr el riesgo. De todas maneras era mejor que no hacer nada, porque en cualquier momento los soldados podían irrumpir en su casa y arrebatarle el niño.

Jocabed tejió una cesta con juncos del río y la impermeabilizó con asfalto y brea. Cuando la brea se secó, dispuso una suave camita en su interior y con gran ternura puso al niño en

ella. Luego le dio un beso, cerró la tapa de la cesta y llevó esa preciosa carga a la costa del río. Mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, la colocó suavemente entre los juncos de la orilla. Dejando a Miriam para que vigilara, regresó a su casa para pedir a Dios que protegiera a su hijito.

Miriam no estaba sola en la orilla del río. Había ángeles que también vigilaban con ella. Este era un bebé especial para el que Dios había planeado un futuro maravilloso.

Después de pasar un rato sin que ocurriera nada, ¿quién crees tú que apareció sino la misma hija del faraón, ayudada por varias doncellas? Mientras se acercaba al río, repentinamente, vio la cesta y envió a una de las criadas para que se la trajera. Curiosa, levantó la tapa de la cesta y vio al hermoso niño que estaba llorando.

–Es un hijo de los hebreos –comentó.

Quizá lo tomó en sus brazos y sintió cariño por él. Al menos, no tenía un corazón tan duro y cruel como su padre.

Mientras las doncellas se arrimaban para mirar al niño de cerca, preguntándose qué podrían hacer con él, Miriam se aproximó disimuladamente. Debe haber requerido mucha valentía el hacerlo, y más el hablar a la princesa, pero dado que la vida de su hermanito estaba en juego, ella estaba dispuesta a todo.

–"Perdóneme, alteza –le dijo–. ¿Quiere usted que vaya y llame a una nodriza hebrea, para que críe al niño por usted?"

La idea le preció magnífica a la hija del faraón porque le resolvía el curioso problema que tenía entre manos.

–Ve –le dijo a Miriam, y esta corrió como el viento para encontrar a su madre.

–¡Mamá, mamá! –puedo oírla gritar mientras entre jadeando en su casa–. ¡Apresúrate! ¡Ven conmigo! ¡La princesa ha encontrado a nuestro hermanito!

¿Cuánto tiempo crees que le llevó a Jocabed ir desde su casa a la ribera del río? No mucho. Jamás había corrido tan

rápido en su vida. Allí estaba la princesa, las doncellas y el niño... llorando por su cena. Jocabed estaba tan feliz que no sabía si reír o llorar. Por supuesto, trató de aparentar calma, para que la hija de Faraón no descubriera que era la madre del pequeño.

Entonces la princesa le dirigió la palabra, y la madre casi no pudo creer lo que oía.

–"Llévate a este niño y críamelo. Yo te pagaré por hacerlo".

La manera en que Jocabed tomó al niño y lo acarició bastaba para descubrir su secreto; pero si la princesa sospechó la verdad, al menos no dijo nada. De inmediato, se dirigió hacia el palacio, acompañada por sus doncellas, mientras Jocabed y Miriam se iban hacia su casa con el corazón rebosando de agradecimiento a Dios por la manera en que había salvado la vida del precioso niño.

Todo era demasiado hermoso para ser verdad. No solo tenían al niño otra vez con ellos, sino que los soldados ya no podrían matarlo. Pertenecía a la princesa, ¡y ella estaba dispuesta a pagarle a su propia madre para que cuidara de él!

Si la princesa hubiera sabido lo que llegaría a ser este pequeño, ¿lo habría salvado? No lo sé. Tal vez sí. Este era el niño que Dios había enviado para sacar a su pueblo de Egipto y conducirlo hacia la libertad.

La educación de un príncipe

(Éxodo 2:10; Hechos 7:20-23)

JOCABED se sentía muy contenta por tener a su hijo de regreso sano y salvo. Cuando se puso a pensar en lo que había sucedido poco antes junto al río, se dio cuenta de que ya no le pertenecía más. Su propio pequeño niño tenía una nueva madre. Algún día, la princesa enviaría a buscarlo y nunca más se lo devolvería. No crecería para ser el hijo de Jocabed, un hebreo; sería un príncipe de Egipto.

"¿Durante cuánto tiempo podré tenerlo conmigo? ¿Por un año, por dos, por diez años?", debe haberse preguntado más de una vez. No podía saberlo. Pero desde el comienzo decidió que durante el tiempo que se le permitiera conservarlo, fueran pocos o muchos años, le daría la mejor educación posible.

Jocabed sabía que su hijo debería hacer frente a muchas tentaciones difíciles en el palacio, así que se esforzó por sembrar en su tierno corazón el amor a Dios y a los buenos principios. Le enseñó a orar y a entonar canciones de alabanza. Repetidas veces le contó la historia de la creación del mundo, de la caída de nuestros primeros padres y del plan de salvación, ese hermoso relato que había ido pasando de ladres a hijos desde los días de Adán y Eva.

Con amor de madre le enseñó que Dios es santo y que espera que todos sus hijos sean buenos, puros y veraces. Que todos los que quieran sus bendiciones deben obedecer sus leyes. Le contó la historia de su pueblo y de cómo Abram había prometido que algún día los israelitas serían liberados de la esclavitud y regresarían a Canaán. También le contó cómo él mismo había sido librado providencialmente de la muerte y que ella estaba convencida de que el Señor tenía un plan maravilloso para su vida, si se mantenía fiel a él.

Los años pasaron volando. Cierto día, cuando Moisés tenía doce años, llegó el temido mensaje. La princesa deseaba tener consigo a su hijo. Debían llevarlo al palacio de inmediato.

¡Qué día triste fue aquel! La madre trataba de reprimir sus sollozos mientras empaquetaba las pocas cosas que el muchachito llevaría consigo. El padre se esforzaba por ocultar su tristeza. Miriam lloraba sin disimulo. Y Aarón estaba desasosegado, sin saber bien si sentirse triste o envidioso.

Quizá vinieron algunos soldados a buscarlo en un lujoso carruaje. No lo sé. También puede ser que Jocabed y Moisés caminaran juntos hasta el palacio. Me parece verlos aproximarse a los portales: un muchacho con la mente llena de preguntas acerca del futuro y una madre con el corazón saturado de tristeza y temor. Al llegar, se dicen el último adiós mientras prometen recordarse y seguir amándose.

Cuando los guardias llevaron al joven adentro, y las puertas se cierran detrás de él, el gran palacio debe haberle parecido un

lugar muy solitario. Y aunque su nueva madre trató de ser especialmente amable, no era lo mismo. La princesa también le dio un nuevo nombre. Dijo que sería Moisés, que significa "hijo" en egipcio y "sacado" en idioma hebreo. Hasta es posible que a la noche haya llorado en silencio antes de dormirse, pensando en que, desde ese día, se vería separado para siempre de su hogar y de aquellos a quienes amaba.

Sin embargo, a la mañana siguiente nuevos intereses atrajeron su atención. Por donde mirara veía cosas nuevas y hermosas. ¡Cuán diferente era la vida en el palacio de la que había vivido en su modesto hogar hebreo!

La Biblia dice que era un muchacho "hermoso", y pronto llegó a ser el favorito de la corte. Todos lo querían. Se convocó a los mejores maestros del país para que le enseñaran. Así aprendió matemáticas, leyes, medicina, ciencias militares y muchas otras disciplinas, hasta que, con el correr del tiempo, llegó a poseer profundos conocimientos "en toda la sabiduría de los egipcios, y era poderoso en palabra y en obra".

Moisés había ido desarrollándose en todo sentido. Ya no era más un niño. Era fuerte físicamente y muy inteligente, y ya era evidente su capacidad de gran dirigente. Podía cabalgar o conducir un carruaje con destreza y valentía. A la vez, había estudiado durante años con tanto esfuerzo, que sabía mucho de la historia, la geografía y la religión de Egipto.

Toda la corte –en verdad, todo Egipto– sabía de la existencia de un joven extraordinariamente dotado, capaz de ocupar el

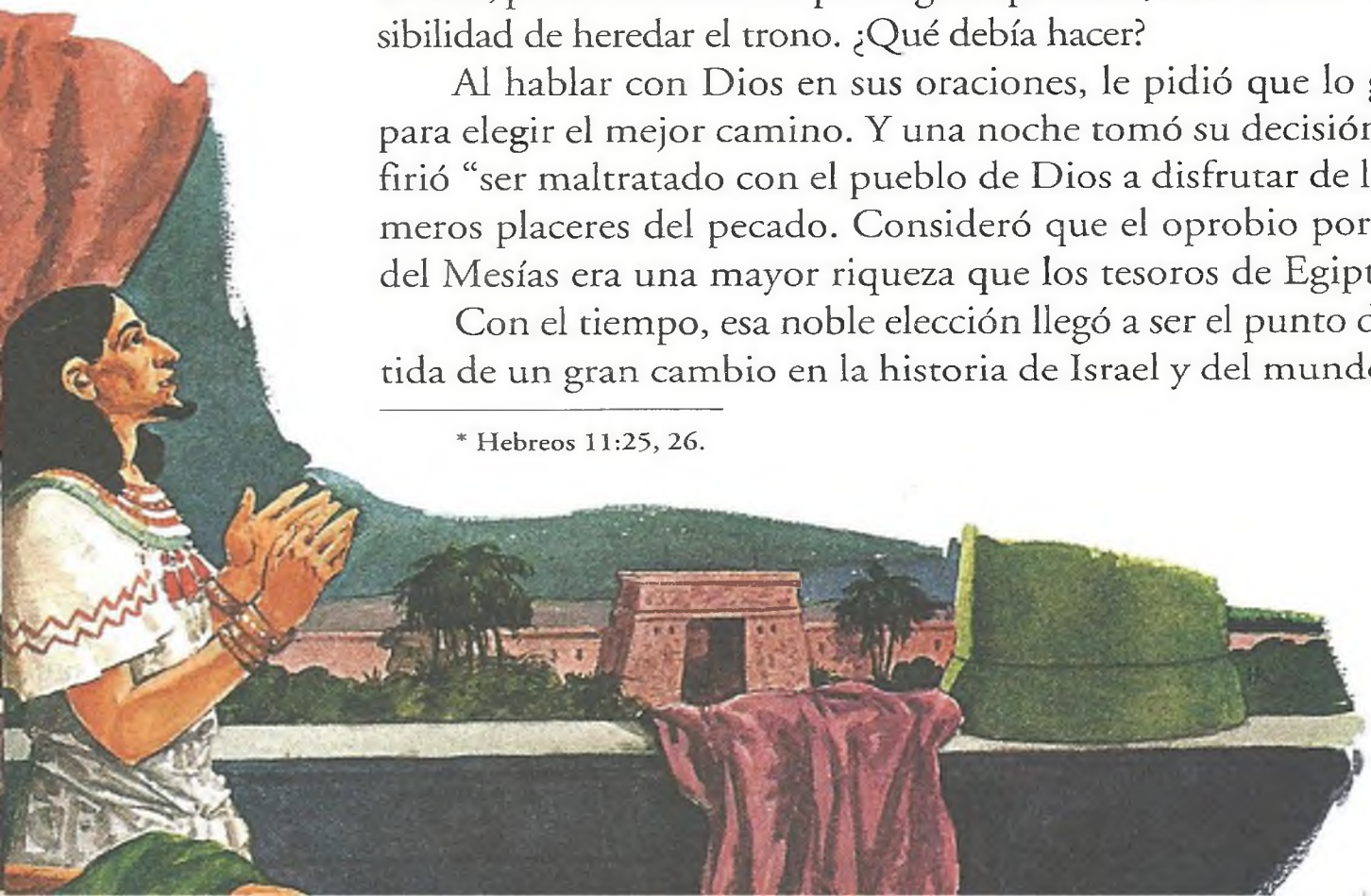
puesto de Faraón. Moisés mismo sabía que él era uno de los herederos naturales del trono. Estaba seguro de que algún día, si lo deseaba, podía llegar a ser la máxima autoridad en Egipto.

Sin embargo, en medio de sus estudios y de su vida agitada, nunca olvidó lo que su madre le había enseñado durante la niñez. No pasaba un solo día sin que pensara en Dios y en lo que su madre le había dicho con respecto a lo que el Señor quiere de sus hijos. A medida que pasaban los años comenzó a sentirse más y más fuera de lugar en el palacio. Los principios grabados firmemente en su ser, que la vida de la corte no había podido borrar, parecían conducirlo hacia sus hermanos de sangre.

Los hebreos que estaban sufriendo más injusticias que nunca antes. Moisés escuchó los informes acerca de la manera cruel en que los esclavos hebreos eran tratados. Y más de una vez Moisés se preguntó si debía o no ir en auxilio de sus compatriotas. ¿Diría a los de la corte que él no era un egipcio y que, por el contrario, era uno de aquellos a quienes tanto despreciaban? Sabía bien que, si revelaba su secreto, perdería no solo su privilegiada posición, sino también la posibilidad de heredar el trono. ¿Qué debía hacer?

Al hablar con Dios en sus oraciones, le pidió que lo guiara para elegir el mejor camino. Y una noche tomó su decisión: prefirió "ser maltratado con el pueblo de Dios a disfrutar de los efímeros placeres del pecado. Consideró que el oprobio por causa del Mesías era una mayor riqueza que los tesoros de Egipto".*

Con el tiempo, esa noble elección llegó a ser el punto de partida de un gran cambio en la historia de Israel y del mundo.



* Hebreos 11:25, 26.

Moisés huye por su vida

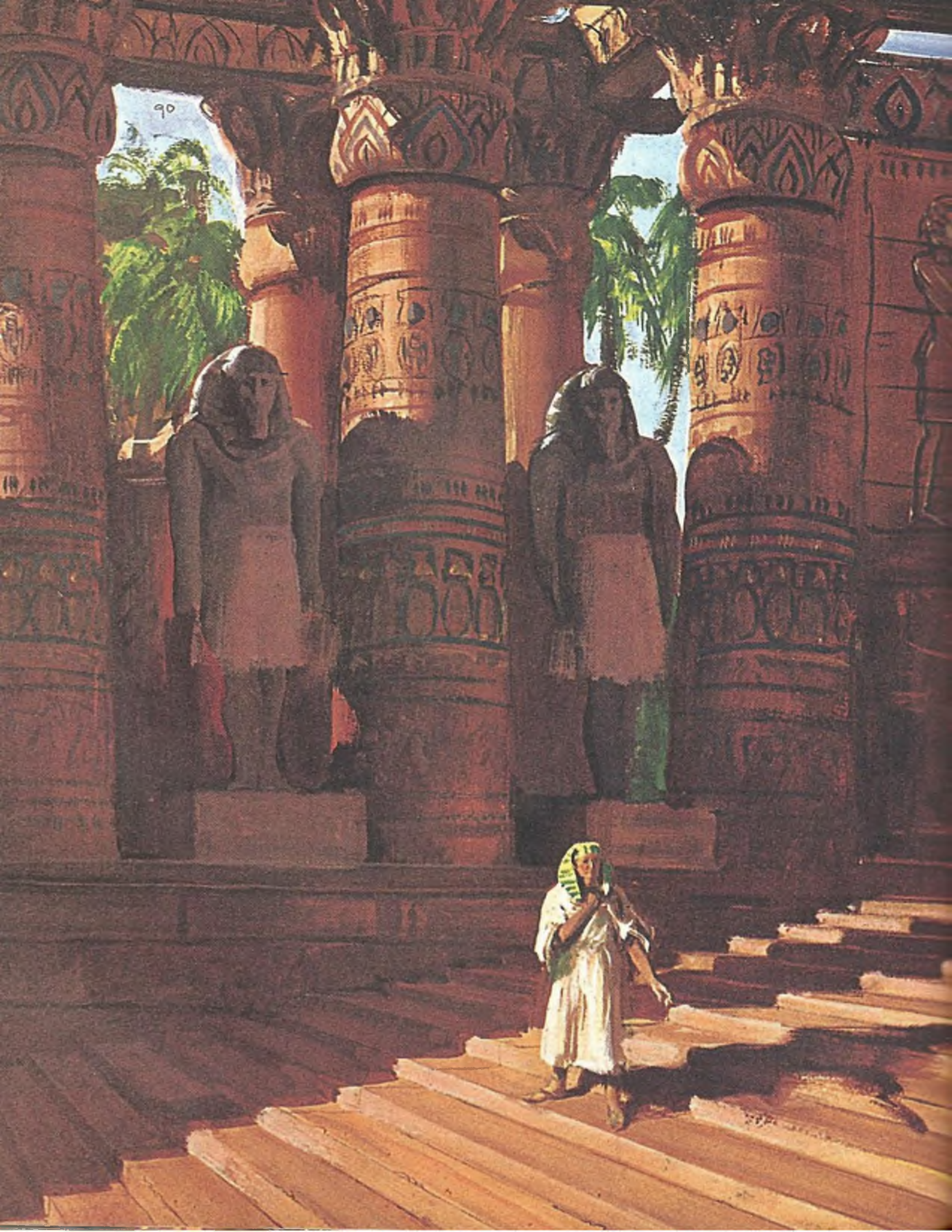
(Éxodo 2:11-21; Hechos 7:24-29)

COMO PRÍNCIPE de Egipto y orgullo de su madre adoptiva, que era la hija del faraón, Moisés tenía todo lo que un hombre joven puede ambicionar: dinero a montones, una lujosa mansión, ricas vestiduras, muchos criados, carruajes y caballos. Todo estaba a su disposición.

Gracias al lugar privilegiado que ocupaba en la corte, la gente lo adulaba constantemente y corría a cumplir de inmediato lo que él pedía. Todo esto habría bastado para hacerle perder la cabeza a cualquier chico, y hubiera sido muy raro que Moisés no tuviera una opinión bastante elevada de sí mismo y de lo que era capaz de hacer.

Al pensar en el sufrimiento de su pueblo, comenzó a idear un plan tras otro para liberarlos. "Tal vez este resulte, o quizá este otro", se decía. Sin embargo, aún debía aprender una gran lección: la liberación de su pueblo vendría mediante el poder de Dios.

Mientras tanto, en la corte nadie tenía idea de lo que Moisés planeaba. No existía la más mínima duda de su lealtad al faraón. De haberse sabido que el casi seguro heredero del rey había decidido tomar partido de los esclavos hebreos y poner fin a su servidumbre, habría ha-


90

bido en Egipto un revuelo y una conmoción sin precedentes.

Pero como todos ignoraban sus planes, a nadie le llamó la atención que cierto día Moisés saliera en su carruaje y se dirigiera a una región del país en que los hebreos estaban trabajando. Como siempre, al ver pasar a este hermoso príncipe, la gente sonreía y se inclinaba ante él.

Dejando atrás la ciudad, Moisés siguió avanzando hasta que se encontró en un paraje solitario del camino. En ese preciso instante, vio algo que lo puso fuera de sí. ¡Uno de los capataces egipcios estaba castigando brutalmente a un esclavo hebreo! Moisés detuvo el carruaje, bajó de él, se aseguró de que nadie lo observaba y, acercándose al matón, de un solo golpe lo dejó tendido en tierra.

El pobre hebreo, que casi no podía creer que un príncipe de la casa real hubiera golpeado a todo un capataz del rey, para defenderlo a él, corrió tan rápido como pudo a contarle a su gente lo que había sucedido. Entretanto, allí había quedado Moisés con el cuerpo del hombre a quien había matado. Para que nadie acusara a los hebreos –y menos a él– de la muerte del oficial, decidió enterrarlo en la arena.

Una vez hecho esto, emprendió el camino de regreso al palacio, sintiéndose tranquilo y feliz consigo mismo. Había comenzado bien la ejecución de sus planes. Estaba seguro de que, cuando los hebreos se enteraran de lo que había hecho –como seguramente sucedería–, se alegrarían de que por fin tuvieran en la corte a alguien que estaba dispuesto a ayudarlos. Ni siquiera se le ocurrió pensar que podrían traicionarlo. "Moisés suponía que sus hermanos reconocerían que Dios iba a liberarlos por medio de él, pero ellos no lo comprendieron así".

Satisfecho con la manera en que habían comenzado a marchar

ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Moisés era un hijo adoptivo de la hija [illegible], y uno de los herederos del trono, [illegible] a su pueblo y no podía soportar que se [illegible]ara. Por eso debió huir de la corte.

sus planes, al día siguiente salió otra vez para ver de qué manera podía ayudar a su pueblo. Esta vez encontró a dos hebreos que se estaban peleando. El más fuerte castigaba sin misericordia al más débil. Moisés se sintió sorprendido y desilusionado. ¿Cómo podría ayudar a sus hermanos de raza si ellos mismos comenzaban a pelearse entre sí?

–"¿Por qué golpeas a tu compañero?" –les dijo–. Son hermanos, ¿por qué quieren lastimarse?

Pensó que los ayudaría a amistarse y, además, le agradecerían por su buen consejo. Pero en vez de suceder eso, al tratar de separarlos, el que llevaba la mejor parte en la pelea le contestó, enojado:

–"¿Y quién te nombró a ti gobernante y juez sobre nosotros? –respondió aquél–. ¿Acaso piensas matarme a mí, como mataste al egipcio?"

Moisés se quedó paralizado. ¡Así que se sabía lo que había pasado el día anterior! Eso quería decir que había podido ocultar el cuerpo pero no su acción. ¡Este hebreo estaba enterado de la muerte del capataz! Probablemente todo Egipto conocía el hecho. ¡Hasta el mismo faraón podía haberlo oído!

Ansioso, Moisés regresó al palacio a toda velocidad. Allí se enteró en seguida de que sus temores eran fundados. Todo el mundo hablaba de él y de lo que había hecho. La noticia se había esparcido como un reguero de pólvora por todo el país: el joven príncipe Moisés había matado a uno de los oficiales del rey, porque estaba casti-

gando a un esclavo hebreo.

Supo también que el faraón estaba muy enojado. Tal acción era imperdonable. El castigo correspondiente era la muerte. Ya se había dado la orden de apresarlo y ejecutarlo.

No sabemos bien cómo Moisés pudo escapar con vida. Sin duda algunos de sus amigos lo ayudaron. Tal vez su madre, la princesa, puso en juego su influencia para salvarlo. Lo cierto es que de alguna manera se las arregló para huir.

Le pareció que el mejor lugar para refugiarse era la tierra de Madián. Allí nadie lo conocía y podría estar seguro hasta que todo el asunto fuera olvidado.

Moisés debe haber comenzado su viaje con mucha tristeza. Mientras se alejaba de Egipto, y a medida que las pirámides se iban empequeñeciendo a la distancia, tuvo la seguridad de que nunca más volvería a ser lo que había sido. Se habían ido para siempre las comodidades del palacio. De ahora en más, estaría sería un exiliado solitario y sin hogar.

Pero lo que más lo indignaba era pensar en la equivocación tonta que había cometido. Nunca debiera haber matado al capataz egipcio. Había actuado precipitadamente. Había arruinado la posibilidad de ayudar a su pueblo. ¿Quién podría liberarlo ahora?

Por fin llegó a Madián y se sentó junto a un pozo para descansar. Mientras estaba allí y la tarde declinaba, vio que se le acercaban siete señoritas. ¡Qué espectáculo más agradable después de tantos días de soledad!

Al conversar con ellas se enteró de que todas eran hermanas, hijas de un tal Jetro, que era un personaje importante en esa región. Mientras ellas sacaban agua para abrevar las ovejas que habían traído, apa-

recieron varios pastores maleducados que echaron a las siete hermanas y comenzaron a dar de beber a sus propias ovejas.

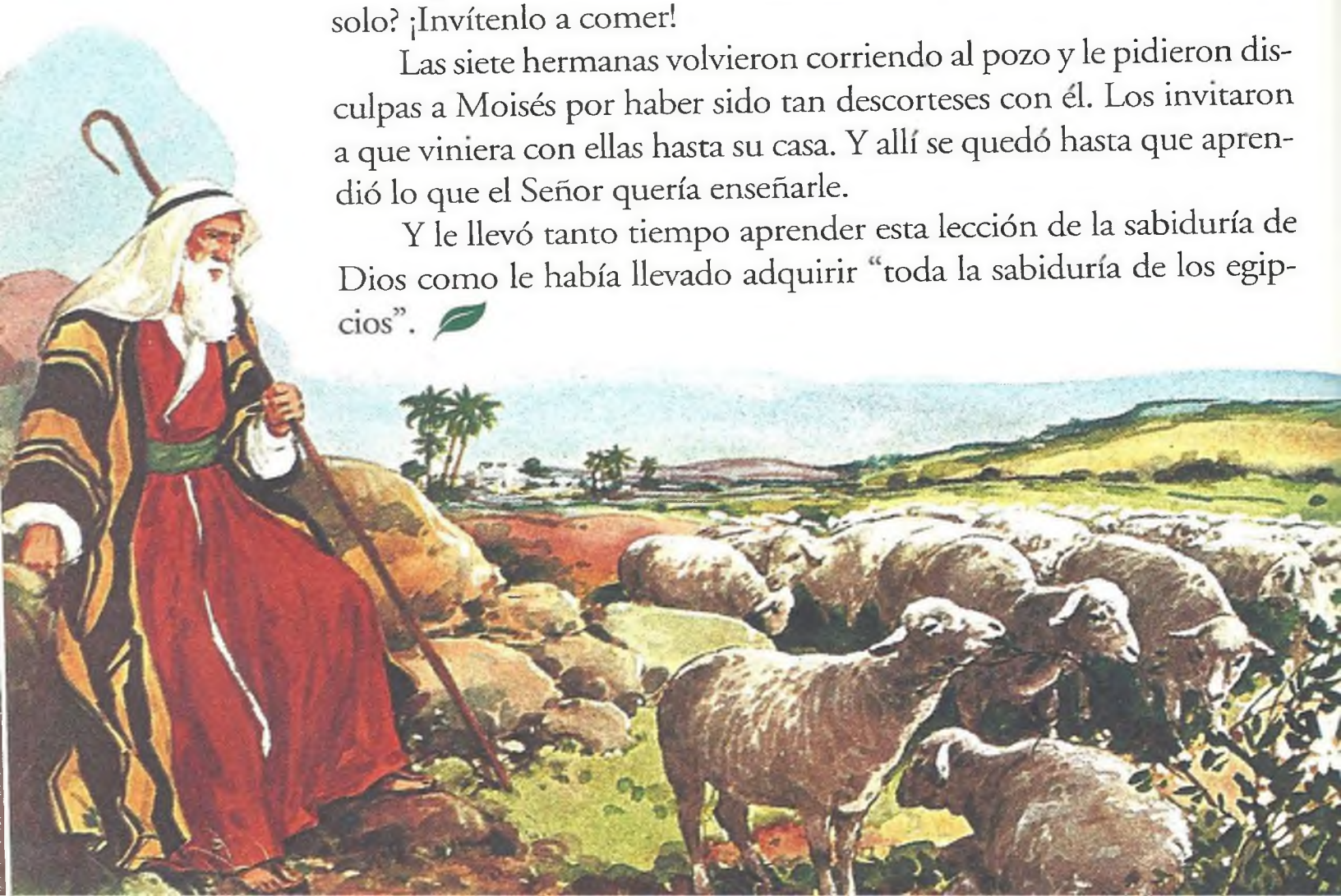
Esto fue demasiado para Moisés, que había sido educado en su hogar y en la corte para comportarse con cortesía. Con valentía, salió en defensa de las chicas y les dijo a los pastores que se comportaran. Él mismo comenzó a sacar agua del pozo para abrevar los rebaños de las hijas de Jetro. Esta era una tarea muy modesta para todo un príncipe, pero Moisés se sintió feliz de poder serles útil.

Cuando las ovejas quedaron satisfechas, las muchachas se despidieron de él y marcharon hacia su casa. Al llegar a ella, el padre les preguntó por qué habían vuelto más temprano que de costumbre,. Ellas le contestaron que habían encontrado a un caballero egipcio junto al pozo y que él no solo las había defendido, sino que también había abrevado las ovejas.

–"¿Y dónde está ese hombre? –les contestó–. ¿Por qué lo dejaron solo? ¡Invítenlo a comer!

Las siete hermanas volvieron corriendo al pozo y le pidieron disculpas a Moisés por haber sido tan descorteses con él. Los invitaron a que viniera con ellas hasta su casa. Y allí se quedó hasta que aprendió lo que el Señor quería enseñarle.

Y le llevó tanto tiempo aprender esta lección de la sabiduría de Dios como le había llevado adquirir "toda la sabiduría de los egipcios".



Una voz en el desierto

(Éxodo 2:21 a 4:27)

LOS AÑOS pasaron uno tras otro. Moisés se casó con Séfora, una de las siete jóvenes que había conocido junto al pozo. Tuvieron dos hijos. Al primero lo llamó Guersón, que significa "destierro", pues dijo: "Soy un extranjero en tierra extraña". Y al segundo le puso por nombre Eliezer, que significa: "Mi Dios es mi ayuda". Así mostró su reconocimiento por la manera en que el Señor lo había protegido.

Cierto día, llegó hasta ese lugar apartado un mensajero con la noticia de que había fallecido el faraón que había decretado la muerte de Moisés. Esta era una novedad muy buena, pero el resto del mensaje no lo era, pues informaba que "los israelitas, sin embargo, seguían lamentando su condición de esclavos" y que la opresión parecía ser más cruel que nunca antes.

Si en un primer momento Moisés concibió la idea de volver a Egipto para ayudar a su pueblo, la abandonó en seguida. "¿Qué puedo hacer ahora por ellos? –se dijo–. Ya no tengo poder ni influencia. Si volviera, nadie me reconocería".

Moisés ahora estaba listo para admitir que no podía libertar a Israel. Años atrás, había pensado que era capaz de hacerlo. Ahora, es-

taba seguro de no poder hacerlo. Y cuando finalmente aprendió esta lección, Dios pudo usarlo.

Ochenta años habían pasado desde el día en que la princesa lo había encontrado dentro de la cesta, en la orilla del río. Luego de pasar la niñez en su hogar, había ocupado el resto de sus primeros cuarenta años en aprender las ciencias y las artes de los egipcios. Durante los últimos cuarenta años, había trabajado como un humilde pastor en Madián, desaprendiendo mucho de lo que le habían enseñado en Egipto.

Ya no era más un príncipe joven, orgulloso e impulsivo, sino un hombre maduro, cansado y tal vez un poco triste. Pero en verdad no debía sentir se desanimado, pues Dios no se había olvidado de él. Desde su nacimiento, el Señor lo había protegido en todo momento.

Sí, él no había desoído las oraciones de Jocabed ni de la noble decisión de Moisés de hacer siempre lo correcto sin importarle las consecuencias. Es cierto que Moisés había cometido algunos errores, pero Dios seguía considerándolo el futuro líder que guiaría a Israel hacia la libertad.

Ahora, el tiempo había llegado. Dios estaba listo, y su hombre estaba preparado. Y se encontraron, no en un palacio ni al lado de una de las pirámides, sino junto a un arbusto en el desierto.

Un día, mientras Moisés conducía sus ovejas por entre las áridas colinas en busca de un sitio para hacerlas pastar, vio algo que le llamó poderosamente la atención. Un arbusto se había incendiado, y aunque seguía quemándose, no se consumía. Atraído por el raro fenómeno, se dijo: "¡Qué increíble! Voy a ver por qué no se consume la zarza". En los años que había estudiado ciencia con los mejores profesores de Egipto nunca se había mencionado algo parecido.

Pero cuando comenzó a acercarse, oyó que alguien lo llamaba por nombre:

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Mientras cuidaba los rebaños, Moisés se sorprendió de ver un arbusto que ardía sin consumirse. Al acercarse, Dios le ordenó que fuera a Egipto para librar a Israel de la esclavitud.

–"¡Moisés, Moisés!"

Miró en todas direcciones. No había nadie. Le pareció estar solo en el desierto; sin embargo, no lo estaba. Alguien que lo conocía bien y que sabía su nombre estaba allí.

Volvió a oírse la misma voz:

–"No te acerques más... Quítate las sandalias, porque estás pisando tierra santa".

Entonces, Moisés se dio cuenta de que era Dios quien le hablaba. Rápidamente se quitó las sandalias e inclinó con reverencia la cabeza. Un momento antes había estado ansioso por examinar de cerca la zarza, pero ahora "tuvo miedo de mirar a Dios".

El Señor siguió hablándole:

–"Yo soy el Dios de tu padre. Soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob... he visto la opresión que sufre mi pueblo en Egipto. Los he escuchado quejarse de sus capataces, y conozco bien sus penurias. Así que he descendido para librarlos del poder de los egipcios".

Mientras Moisés escuchaba, se emocionó al pensar en la compasión que el Señor tenía por su pueblo. Durante los últimos cuarenta años él mismo se había olvidado casi completamente de lo que ocurría en Egipto, pero Dios no.

"Pero, ¿por qué me habla a mí? –habrá pensado Moisés–. ¿Para qué habrá venido Dios a hablar conmigo en el desierto?" En seguida lo supo.

–"Dispónte a partir. Voy a enviarte al faraón para que saques de Egipto a los israelitas, que son mi pueblo".

No, eso era imposible. Una vez, hacía mucho tiempo, él había estado ansioso por libertarlo; pero ahora no, no se animaba a hacerlo. Tal vez hubiera ido cuando era más joven; pero ahora tenía ochenta años. Era demasiado viejo y se sentía un pastor.

–"¿Y quién soy yo para presentarme ante el faraón y sacar de

Egipto a los israelitas?" –respondió.

Había perdido por completo su confianza propia. Y Dios lo sabía. Por esa misma razón, estaba en condiciones de emprender la difícil tarea que el Señor le iba a encomendar.

–"Yo estaré contigo –le respondió Dios".

No irás solo. Podrás contar con mi apoyo en todo momento.

Pero Moisés no quería ir. Se sentía completamente incapaz. Por eso comenzó a presentar excusas. Los hebreos no le harían caso; no creerían que Dios le había hablado en el desierto.

Con paciencia, el Señor fue contestando a toda las objeciones de Moisés. También le dio algunas señales para convencerlo a él mismo y para que las utilizara ante los israelitas.

–"¿Qué tienes en la mano? –preguntó el Señor.

–"Una vara –respondió Moisés.

–"Déjala caer al suelo –ordenó el Señor".

Moisés obedeció y la vara se convirtió en una serpiente. Espantado, echó a correr, huyendo de ella. "El Señor le mandó que la agarrara por la cola". Eso requería mucha valentía, pero Moisés obedeció, y la serpiente volvió a ser un cayado.

Después, el Señor hizo que la mano de Moisés se volviera blanca de lepra, y al momento ordenó que quedara sana como

antes, cosa que ocurrió.

Moisés estaba verdaderamente impresionado, pero seguía sin querer ir. Pensaba que no tenía "facilidad de palabra" y no sabría qué decir.

Pero Dios no quería encargar esa tarea a otro, sino a Moisés. Sin embargo, estuvo de acuerdo en que Aarón fuera con él para que no se sintiera solo y para que hablara en su lugar.

–"Tu hermano Aarón... es muy elocuente. Además, ya ha salido a tu encuentro".

Estas eran buenas noticias. ¡Aarón vendría a reunirse con él! Hacía por lo menos cuarenta años que no se veían. ¡Cuán bueno sería verlo nuevamente!

Lo que Moisés no sabía era que Dios ya le había dicho a Aarón: "Anda a recibir a Moisés en el desierto".

Así fue como los dos hermanos iban el uno al encuentro del otro: Moisés desde Madián y Aarón desde Egipto. ¡Imagínate: dos hermanos tratando de encontrarse en medio de un enorme desierto! ¿Podrían encontrarse en una región tan extensa y desolada?

Sí, se encontraron "en la montaña de Dios". Tan pronto como se vieron, corrieron para abrazarse y se besaron. ¡Qué feliz encuentro después de tanto tiempo!

Dios promete siete cosas

(Éxodo 4:28 a 6:29)

¡CUANTAS cosas habrán tenido para contarse Moisés y Aarón cuando se encontraron en el desierto! Deben haber hablado durante horas allí. Aarón le contó a su hermano todo lo que había pasado en Egipto desde que Moisés había debido huir de la corte del faraón, y Moisés por su parte le habló de lo que la había sucedido desde el día en que llegó a Madián hasta que se encontró con Dios ante el arbusto ardiente.

La Biblia dice que también "Moisés le comunicó a Aarón todo lo que el Señor le había ordenado decir y todas las señales milagrosas que le mandaba realizar". Mientras cambiaban ideas acerca de lo que Dios les había dicho, llegaron a la conclusión de que no les quedaba otro camino que obedecer.

Tal vez se arrodillaron allí mismo, en la ladera de la montaña, para agradecer al Señor por haberlos protegido durante los largos años que habían pasado desde la última vez que se vieran, y para rogarle que los guiara durante el futuro.

Después los dos hermanos –Moisés de ochenta años y Aarón de ochenta y tres– se encaminaron hacia Egipto, la tierra de esclavitud, tiranía y lágrimas para los israelitas. Y al caminar por esa región desierta, iban trazando planes sobre lo que iban a hacer una vez

que llegaran a destino.

Primero, reunirían a los hombres más importantes de entre los hebreos y les comunicarían el mensaje de Dios. Luego, si ellos creían en lo que les dirían y confiaban en lo que el Señor había prometido, irían a ver al rey para pedirle que librara al pueblo.

Eso fue lo que hicieron. Al llegar, invitaron a los ancianos de Israel a una reunión, y en ella "Aarón, además de repetirles todo lo que el Señor le había dicho a Moisés, realizó también las señales a la vista del pueblo".

Cuando los presentes vieron cómo la vara se convertía en serpiente y la mano de Moisés se volvía primero leprosa y después sana otra vez, quedaron convencidos de que los dos hombres les contaban la verdad. Y al enterarse de que Dios había escuchado su clamor "y había visto su aflicción, los israelitas se inclinaron y adoraron al Señor".

Como te imaginarás, no pasó mucho tiempo antes de que todos los israelitas se enteraran de lo tratado en la reunión, y a medida que

la noticia pasaba de boca en boca, una nueva y gran esperanza surgió en el corazón de los pobres hebreos. ¡Dios había prestado atención a sus oraciones y estaba a punto de librarlos! ¡Pronto se cumpliría la profecía que José había hecho!

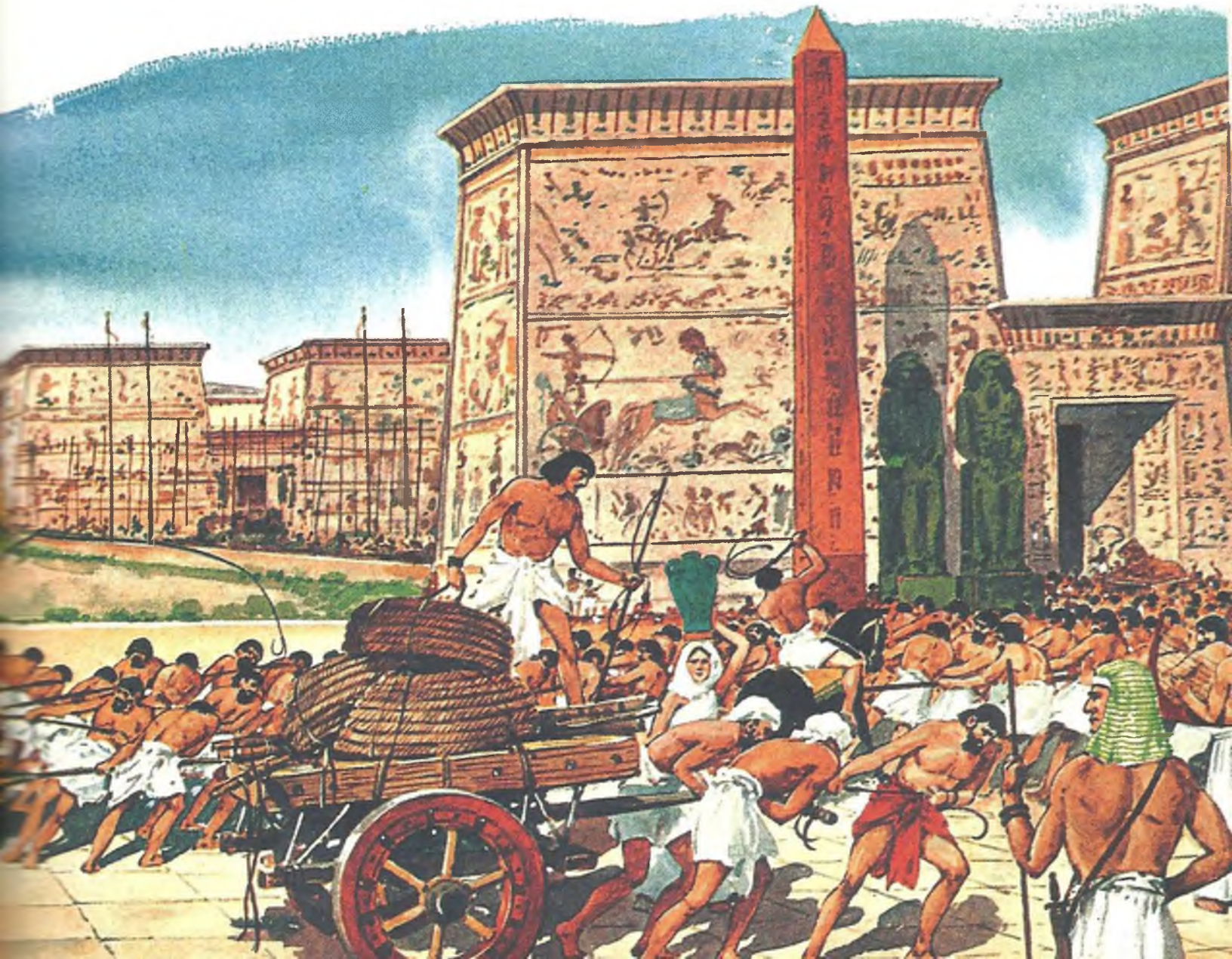
Pero al día siguiente, las cosas no marcharon tan bien. Cuando Moisés y Aarón se entrevistaron con el faraón, se dieron cuenta de que no iba a ser fácil convencerlo. El rey no tenía la más mínima intención de liberar a sus esclavos.

Aarón dijo:

–"Deja ir a mi pueblo para que celebre en el desierto una fiesta en mi honor".

–"¿Y quién es el Señor –respondió el faraón– para que yo le obe-

ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN, SEGÚN UN MODELO DE E. J. POYNTER



dezca y deje ir a Israel? ¡Ni conozco al Señor, ni voy a dejar que Israel se vaya!"

Esta brusca respuesta del monarca los dejó desconcertados, pero peor fue lo que siguió. Cuando Moisés y Aarón le explicaron que lo único que deseaban por el momento era "hacer un viaje de tres días, hasta el desierto, para ofrecer sacrificios al Señor nuestro Dios", el faraón se puso furioso. ¡Cómo se atrevían a pedirle eso! ¡Que los esclavos le exigieran una semana de vacaciones! ¡Era inadmisible! Esto demostraba que los hebreos no estaban suficientemente ocupados. Por eso les daría más trabajo.

Ese mismo día promulgó un decreto terminante según el que no se les facilitaría más a los israelitas la paja para hacer ladrillos. Ellos tendrían que encargarse de juntarla donde pudieran y a la vez seguir fabricando la misma cantidad de ladrillos.

Al enterarse los hebreos del nuevo decreto, se sintieron desfallecer. ¿Cómo se las arreglarían para fabricar el mismo número de ladrillos si además tenían que ocupar mucho tiempo en juntar la paja? ¡Esto era imposible! Y cuando no podían lograrlo, los capataces los castigaban cruelmente, gritando: "Cumplan con su tarea diaria, como cuando se les daba paja".

La situación se volvió tan desesperada que los dirigentes de Israel se quejaron al faraón. Este se burló de ellos:

–"¡Haraganes, haraganes! –exclamó el faraón–. ¡Eso es lo que son! Por eso andan diciendo: 'Déjanos ir a ofrecerle sacrificios al Señor'".

Llamando entonces a Moisés y Aarón, los israelitas les echaron la culpa de todo lo que les estaba pasando:

–"¡Por culpa de ustedes somos unos apestados ante el faraón y sus siervos! ¡Ustedes mismos les han puesto la espada en la mano, para que nos maten! ¿Esa es la manera en que vais a libertarnos? ¡Ahora es-

tamos en una condición peor que nunca antes!"

Con el corazón cargado de tristeza, Moisés se arrodilló para orar a Dios:

–"¡Ay, Señor! ¿Por qué tratas tan mal a este pueblo? ¿Para esto me enviaste? Desde que me presenté ante el faraón y le hablé en tu nombre, no ha hecho más que maltratar a este pueblo, que es tu pueblo. ¡Y tú no has hecho nada para librarlo!"

Moisés se sentía muy desanimado, pero Dios no lo estaba. Él siempre sabe qué es lo que sucederá después.

–"Ahora verás lo que voy a hacer con el faraón. Realmente, sólo por mi mano poderosa va a dejar que se vayan; sólo por mi mano poderosa va a echarlos de su país".

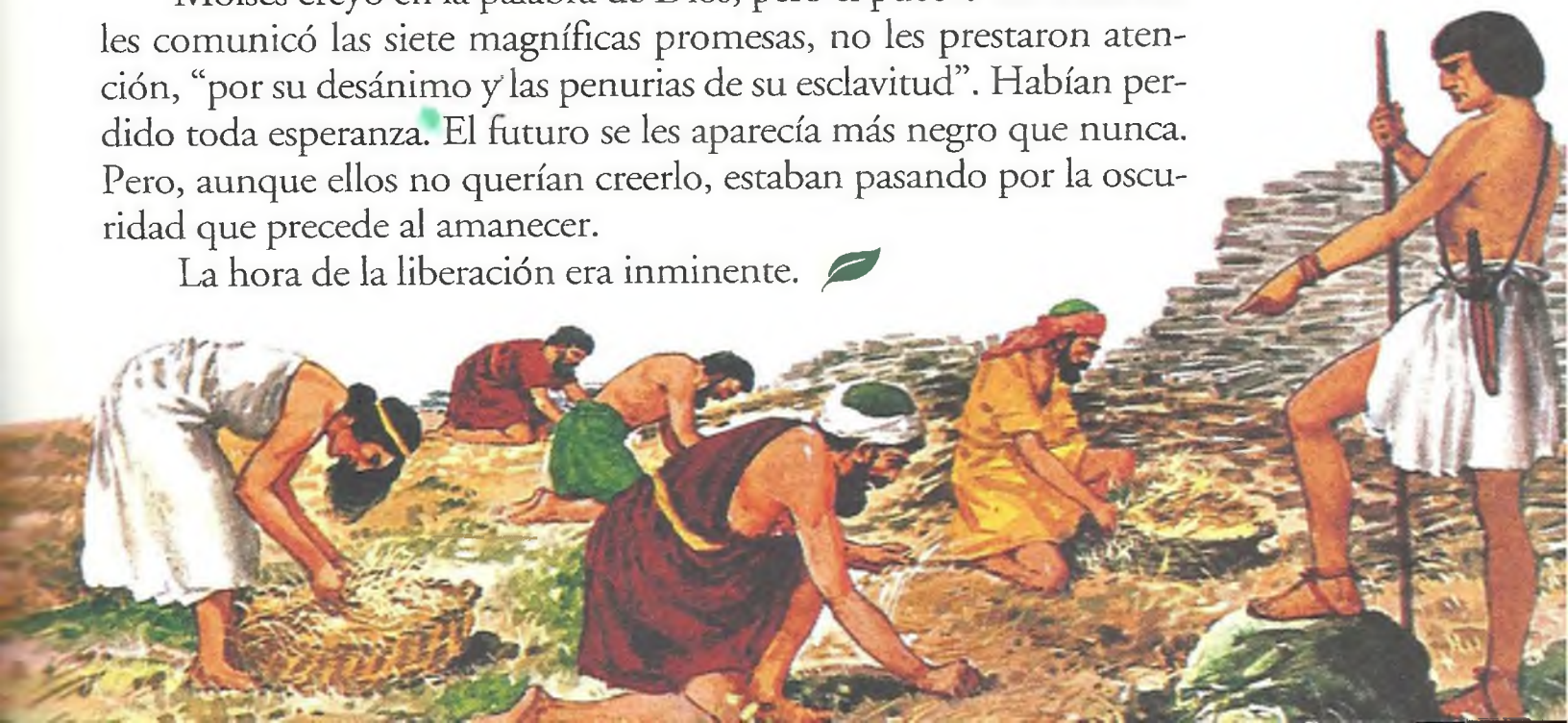
Esto le parecía a Moisés muy difícil de creer, en especial después de lo que había pasado. Pero Dios prometió solemnemente siete cosas maravillosas, y le ordenó que comunicara esas promesas a los apesadumbrados israelitas:

–"Voy a quitarles de encima la opresión de los egipcios. Voy a librarlos de su esclavitud; voy a liberarlos con gran despliegue de poder y con grandes actos de justicia. Haré de ustedes mi pueblo; y yo seré su Dios... Y los llevaré a la tierra que bajo juramento prometí darles a Abraham, Isaac y Jacob. Yo, el Señor, les daré a ustedes posesión de ella".

Dios hizo siete promesas.

Moisés creyó en la palabra de Dios, pero el pueblo no. Cuando les comunicó las siete magníficas promesas, no les prestaron atención, "por su desánimo y las penurias de su esclavitud". Habían perdido toda esperanza. El futuro se les aparecía más negro que nunca. Pero, aunque ellos no querían creerlo, estaban pasando por la oscuridad que precede al amanecer.

La hora de la liberación era inminente.



Ranas en el palacio

(Éxodo 7:8 a 8:32)

POCOS días más tarde, Moisés y Aarón fueron a otra vez a ver al faraón. Tan pronto como él los vio, les ordenó que realizaran un milagro para demostrar el poder de su Dios. Inmediatamente, Aarón arrojó su cayado en presencia del faraón y la vara se convirtió en una serpiente.

El rey quedó impresionado, pero no estuvo dispuesto a admitir que esa era una señal del poder del Dios de los hebreos. Pensó que se trataba solo de magia. Llamando a sus magos, les mandó que hicieran la misma prueba.

Y los magos pudieron hacerla, al menos en apariencia. Cuando arrojaron sus bastones al sueño, estos parecieron convertirse en serpientes. ¡Imagínate! ¡Ahora había varias serpientes arrastrándose por todas partes! En ese momento el faraón debe haber pensado que Moisés y Aarón no eran más que un par de hábiles hechiceros.

Sin embargo, en seguida sucedió algo extraño. La serpiente de Aarón se acercó a una de las otras y se la tragó. Después se comió a otra y a otra... hasta que hizo desaparecer a todas. Cuando la última desapareció, Aarón tomó su serpiente por la cola y se volvió a con-

vertir en cayado.

Este desenlace de la prueba le llamó mucho la atención al rey, especialmente al contemplar lo confundidos que parecían sus magos sin los bastones. Pero la Biblia dice que "el faraón endureció su corazón" y no quiso conceder a Moisés y Aarón lo que solicitaban.

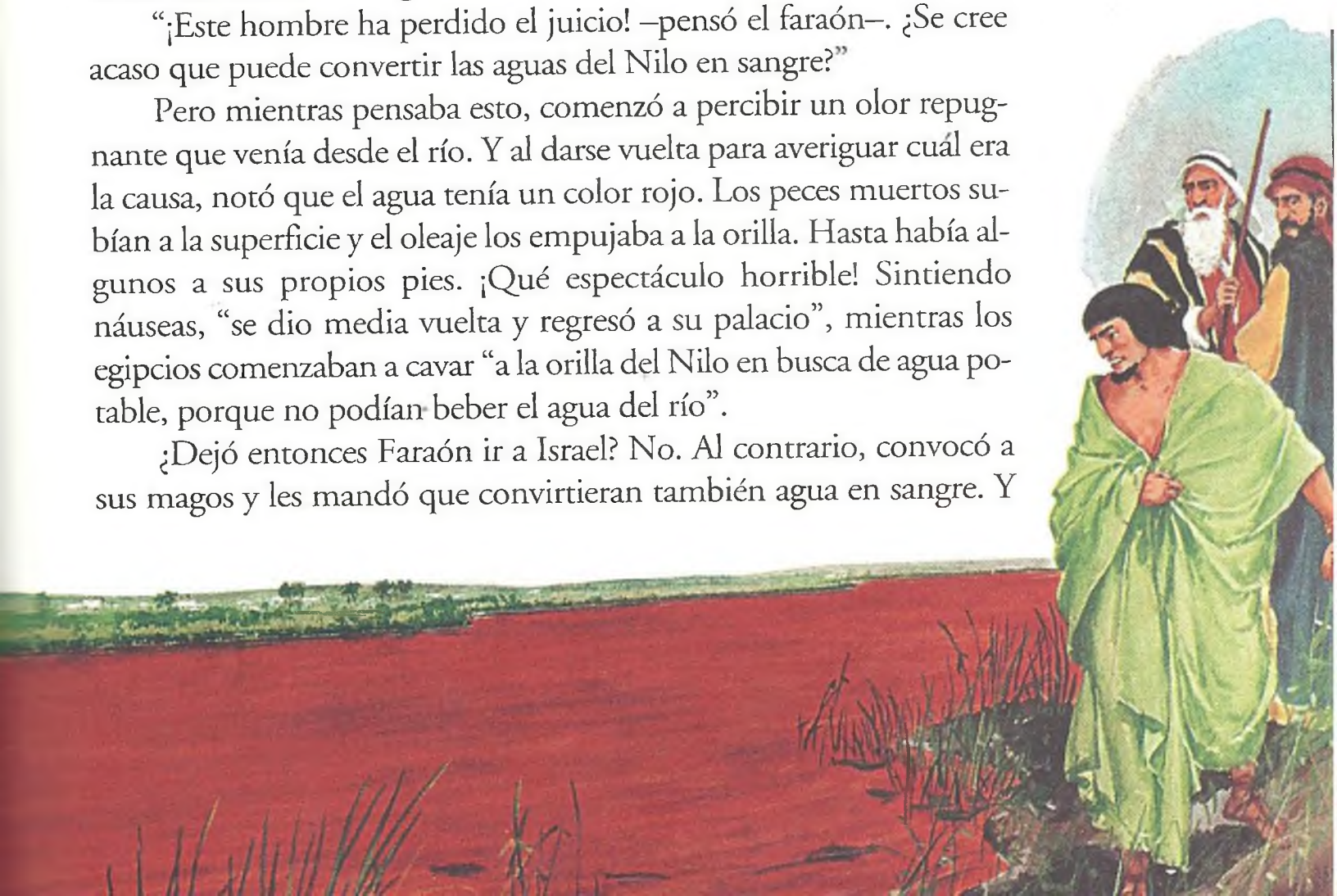
A la mañana siguiente, cuando el faraón fue a darse su baño matutino en las aguas del río, se encontró con que Moisés y Aarón estaban esperándolo en la orilla. Sin duda debe haberse sentido muy incómodo al ver tan pronto a estos dos hebreos y en un momento tan inoportuno. Cuando iba a ordenarles que se retiraran, Aarón le dirigió la palabra en voz alta. Reprimiendo su ira, el rey prestó atención. ¿Qué era lo que le decía el anciano? ¿Podía atreverse a tanto un esclavo hebreo?

–"El Señor dice: '¡Ahora vas a saber que yo soy el Señor!' Con esta vara que llevo en la mano voy a golpear las aguas del Nilo, y el río se convertirá en sangre".

"¡Este hombre ha perdido el juicio! –pensó el faraón–. ¿Se cree acaso que puede convertir las aguas del Nilo en sangre?"

Pero mientras pensaba esto, comenzó a percibir un olor repugnante que venía desde el río. Y al darse vuelta para averiguar cuál era la causa, notó que el agua tenía un color rojo. Los peces muertos subían a la superficie y el oleaje los empujaba a la orilla. Hasta había algunos a sus propios pies. ¡Qué espectáculo horrible! Sintiendo náuseas, "se dio media vuelta y regresó a su palacio", mientras los egipcios comenzaban a cavar "a la orilla del Nilo en busca de agua potable, porque no podían beber el agua del río".

¿Dejó entonces Faraón ir a Israel? No. Al contrario, convocó a sus magos y les mandó que convirtieran también agua en sangre. Y



aparentemente lo hicieron. No las aguas del Nilo, por supuesto, sino una cantidad suficiente para convencer al faraón de que Moisés y Aarón no eran otra cosa que dos hechiceros poderosos. ¡No! No los escucharía, ni dejaría ir a Israel.

Pero entonces vinieron las ranas por millones. ¡Las había en Egipto por todas partes! Entraban a las casas de la gente por las puertas y las ventanas abiertas, y había tantas, que nadie sabía qué hacer con ellas. También entraron en el palacio del faraón. Saltando, penetraron en su dormitorio ¡y hasta se subieron a su cama! Saltaban en su cocina, entre las ollas y en la masa del pan que el panadero preparando para él.

El faraón no podía librarse de las ranas. Las pisaba al caminar y tenía que empujarlas constantemente si no quería sentarse o acostarse sobre ellas. Mandó a sus sirvientes que las mataran, pero parecía que cuantas más ranas mataban, más había.

Los egipcios habían visto muchas ranas en lo pasado y hasta las adoraban, pero nunca antes se habían convertido en una plaga. Por eso comenzaron a quejarse al rey. Pero, ¿qué podía hacer él para ayudarlos?

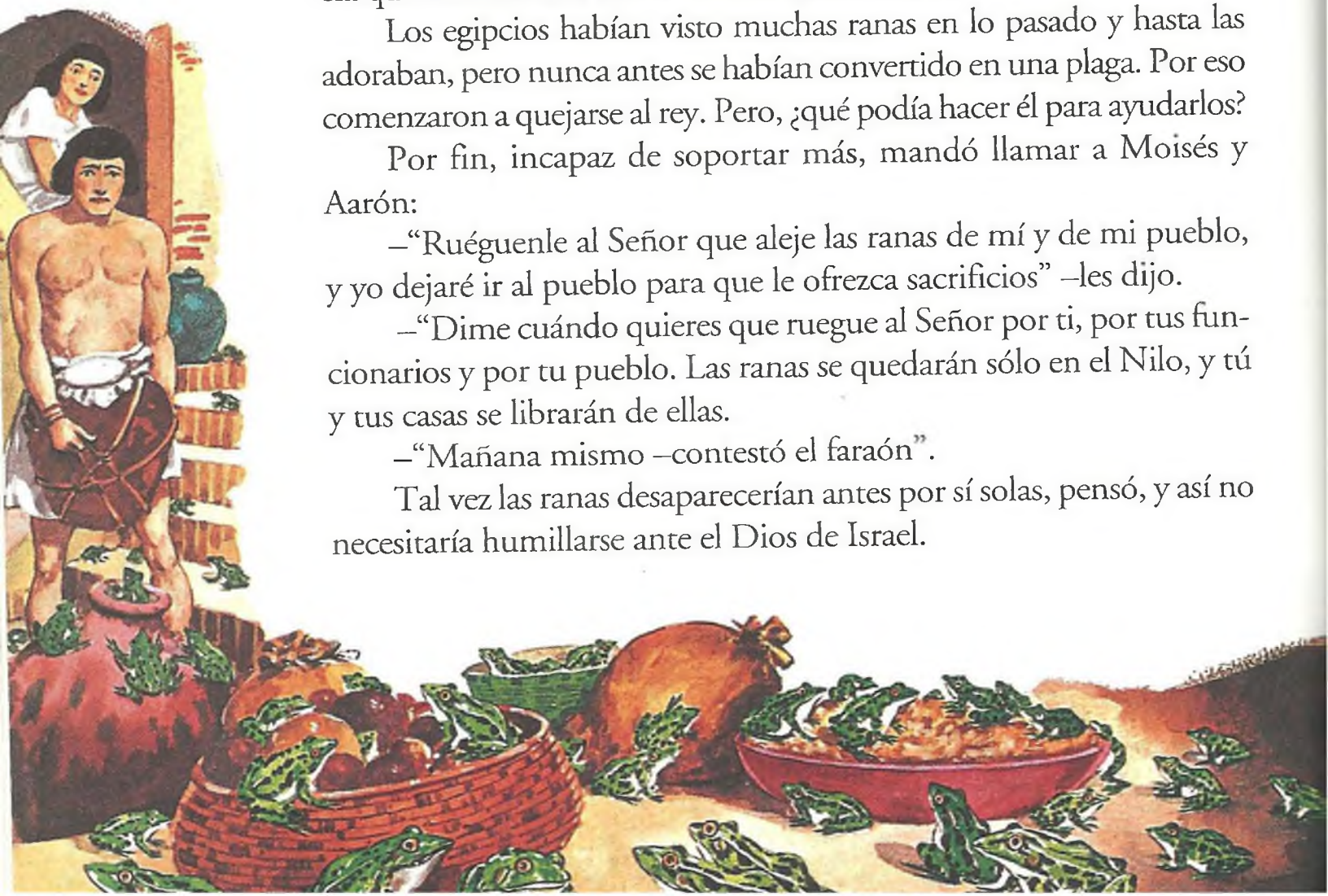
Por fin, incapaz de soportar más, mandó llamar a Moisés y Aarón:

–"Ruéguenle al Señor que aleje las ranas de mí y de mi pueblo, y yo dejaré ir al pueblo para que le ofrezca sacrificios" –les dijo.

–"Dime cuándo quieres que ruegue al Señor por ti, por tus funcionarios y por tu pueblo. Las ranas se quedarán sólo en el Nilo, y tú y tus casas se librarán de ellas.

–"Mañana mismo –contestó el faraón".

Tal vez las ranas desaparecerían antes por sí solas, pensó, y así no necesitaría humillarse ante el Dios de Israel.



–"Así se hará –respondió Moisés–, y sabrás que no hay dios como el Señor, nuestro Dios. Las ranas se apartarán de ti y de tus casas, de tus funcionarios y de tu pueblo, y se quedarán únicamente en el Nilo".

Al día siguiente todas las ranas aparecieron muertas. "Comenzaron a morirse en las casas, en los patios y en los campos". Había ranas muertas por todas partes. Entonces "la gente las recogía y las amontonaba, y el hedor de las ranas llenaba el país". ¡Ya lo creo que habrán apestado a todo Egipto!

Pero cuando el faraón vio –y olió– que la repugnante plaga había pasado, decidió no cumplir su promesa. La Biblia dice que "endureció su corazón", y esa es una actitud que siempre conduce a dificultades. Lo cierto es que por su terquedad sobrevinieron muchas más calamidades.

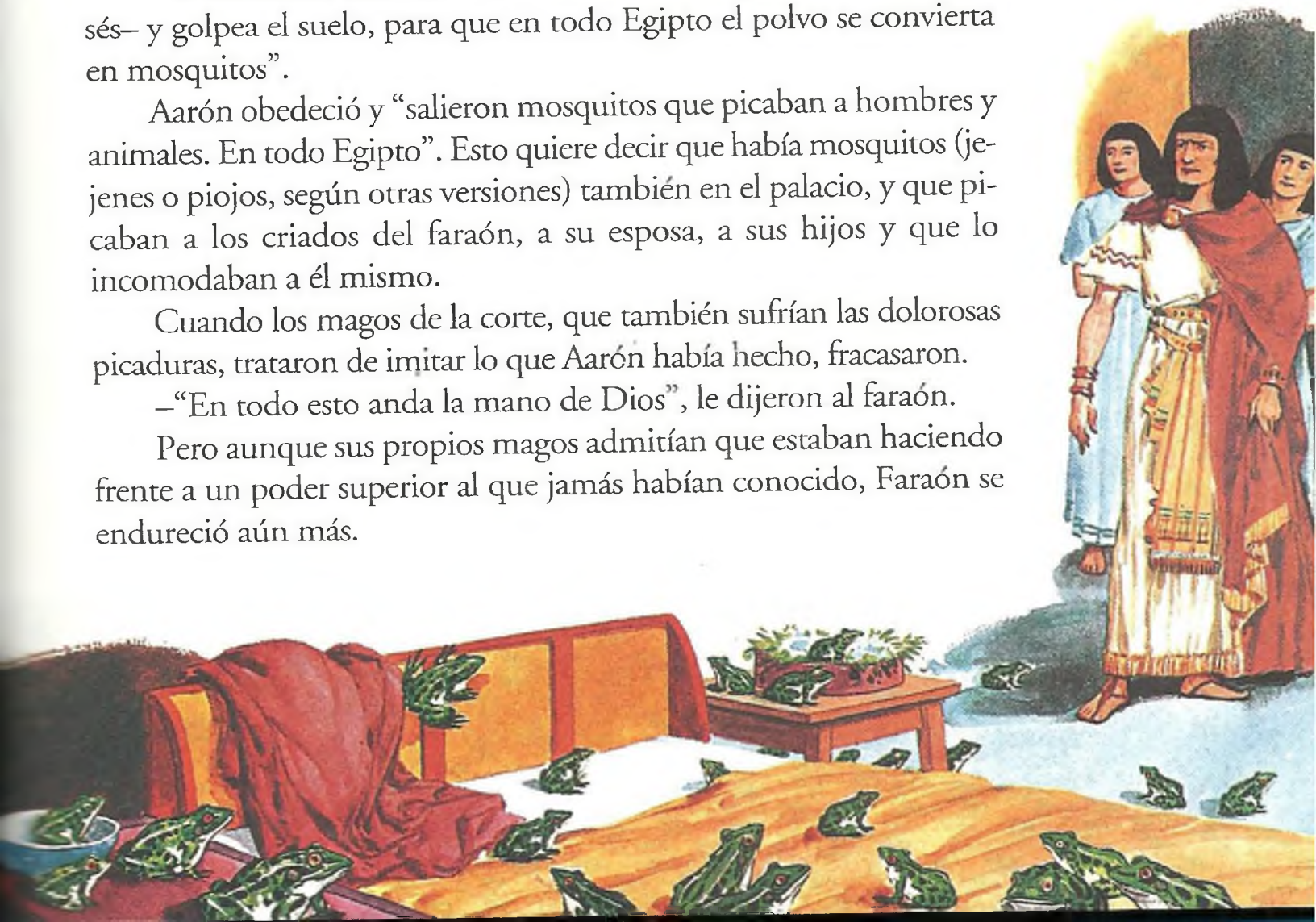
–"Extiende tu vara –le ordenó Dios a Aarón por medio de Moisés– y golpea el suelo, para que en todo Egipto el polvo se convierta en mosquitos".

Aarón obedeció y "salieron mosquitos que picaban a hombres y animales. En todo Egipto". Esto quiere decir que había mosquitos (jejenes o piojos, según otras versiones) también en el palacio, y que picaban a los criados del faraón, a su esposa, a sus hijos y que lo incomodaban a él mismo.

Cuando los magos de la corte, que también sufrían las dolorosas picaduras, trataron de imitar lo que Aarón había hecho, fracasaron.

–"En todo esto anda la mano de Dios", le dijeron al faraón.

Pero aunque sus propios magos admitían que estaban haciendo frente a un poder superior al que jamás habían conocido, Faraón se endureció aún más.



La siguiente vez que Moisés y Aarón se vieron con el rey fue para anunciarle más calamidades. Le dijeron que si no permitía salir a los hijos de Israel, Dios enviaría enjambres de tábanos y se llenarían de ellos "todas las casas egipcias, y aun el suelo que pisan".

Esta vez, sin embargo, se notaría una diferencia entre la tierra de Gosén, donde vivían los hebreos, y el resto de Egipto. Dios establecería un límite para los tábanos, que no molestarían a los israelitas.

–"Esta señal milagrosa tendrá lugar mañana", dijo Moisés.

Y así fue. A la mañana siguiente había miles y miles de tábanos, enjambres infinitos por todas partes. ¡Y cómo picaban! Los había tanto en el palacio como en la vivienda del egipcio más miserable.

Por último, el faraón no pudo soportar más y mandó llamar a Moisés y Aarón:

–"Vayan y ofrezcan sacrificios a su Dios aquí en el país".

Al final estaba dispuesto a permitir que los hebreos realizaran sus sacrificios religiosos, pero debían hacerlos en Egipto.

–"No estaría bien hacerlo así –contestó Moisés–. Tenemos que hacer un viaje de tres días, hasta el desierto, para ofrecerle sacrificios al Señor nuestro Dios".

–Está bien –accedió el rey en el colmo de la desesperación–. Váyanse, si tienen que hacerlo. Estoy dispuesto a cualquier cosa con tal de librarme de estos malditos tábanos.

Moisés le prometió entonces pedirle a Dios que eliminara los tábanos; pero tan pronto como él y Aarón salieron del palacio, Faraón se retractó de su promesa "y no dejó que el pueblo se fuera".

Moisés y Aarón deben haberse preguntado qué más tendría que pasar antes de que este hombre obstinado se rindiera ante la voluntad de Dios. Pero no tuvieron que esperar mucho.

Tres días oscuros

(Éxodo 9:1 a 11:8)

PARECE mentira que haya personas que deban ser castigadas tantas veces antes de aprender a obrar bien.

Quizá pienses que Faraón debe haberse convencido de que no era conveniente jugar con el Dios de Moisés y Aarón, después de haber visto toda el agua de Egipto convertida en sangre, después de haber soportado los millares de ranas que saltaban por todas partes en su palacio, y después que los mosquitos y los tábanos lo atormentaron mortalmente. Y sin embargo, al terminar cada plaga, volvía a empecinarse. Por eso tuvo que sufrir todavía más.

Pronto el ganado de Egipto que estaba en el campo empezó a morir por manadas, miles y miles de animales a la vez. Luego los egipcios comenzaron a sufrir de tumores. El propio faraón padecía de dolorosos forúnculos. Lo mismo les ocurría a sus magos y criados.

Después de esto sobrevino una tremenda tormenta de truenos, rayos y granizo, tal como Egipto nunca antes había visto. Esta tormenta desgajó y quebró todos los árboles. Además, arruinó por completo toda la cosecha de lino y cebada. Más tarde, vinieron millones de langostas que se comieron cuanta cosa verde había que-

dado en pie después de la tormenta. Al final, todo el país quedó desolado.

Cada familia egipcia se vio completamente arruinada y comenzó a padecer hambre. El mismo gobierno se hallaba al borde de la ruina, porque nadie podía pagarle los impuestos. Y mientras todo el mundo se preguntaba qué desgracia iba a sobrevenir todavía, una densa oscuridad cayó sobre el país. La Biblia dice que la oscuridad era tan completa, que la gente no podía verse entre sí. Durante tres largos días nadie salió de su casa.

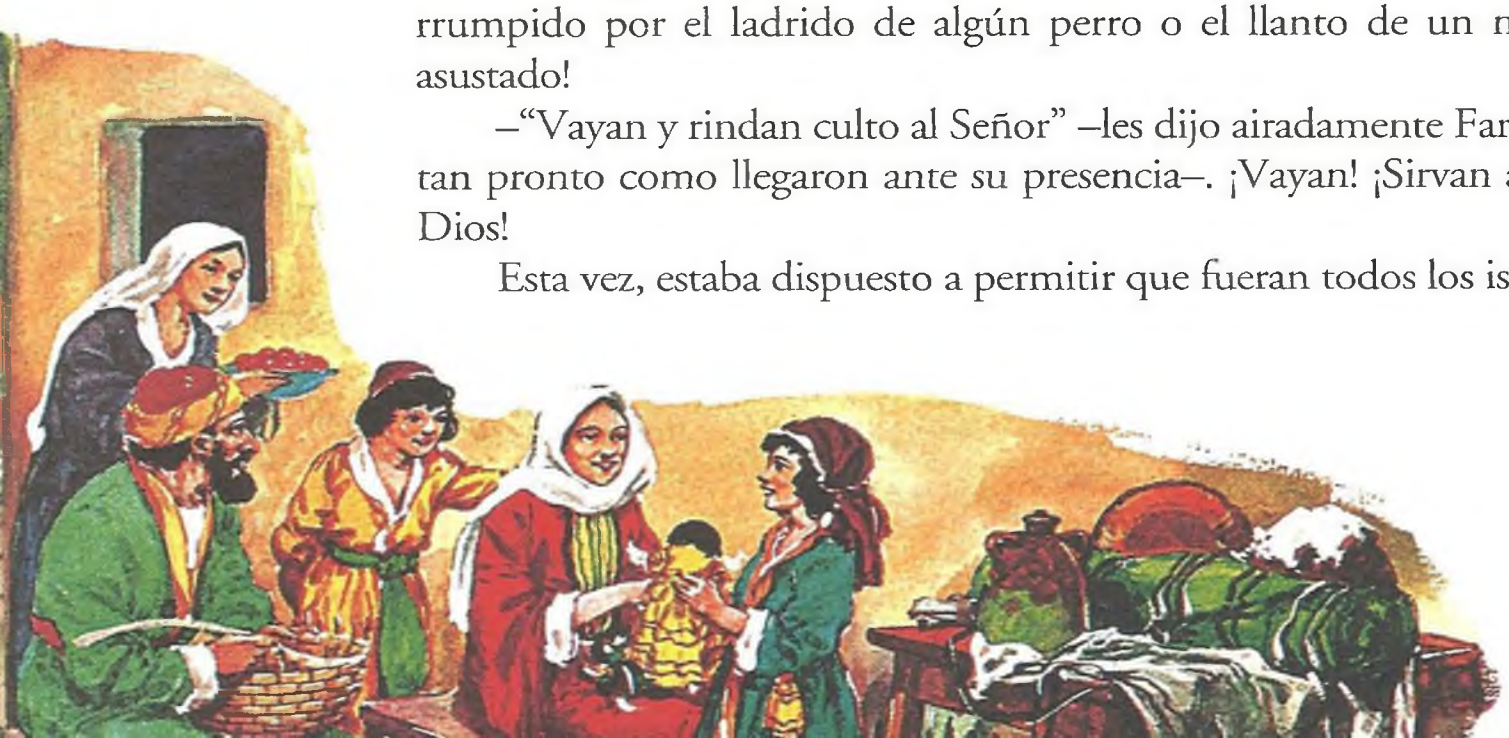
Todos, hasta el mismo faraón, estaban atemorizados ahora. El sol no brillaba de día, y por la noche no era posible ver la luna. Las estrellas parecían haber desaparecido. La oscuridad era tan densa que podía palparse.

Al final del tercer día oscuro, Faraón envió otra vez a buscar a Moisés y Aarón. No sabemos exactamente cómo pudieron encontrarlos. Tal vez dos soldados, llevando en alto sendas antorchas, se abrieron paso entre la oscuridad hasta la tierra de Gosén donde, para gran sorpresa suya, encontraron que había luz en los hogares de los israelitas.

Salir de Gosén para ir al palacio del faraón debe haber sido como entrar en la boca de un lobo. ¡Imagínate qué viaje a través de las calles oscuras y desiertas, en medio de un terrible silencio solo interrumpido por el ladrido de algún perro o el llanto de un niño asustado!

–"Vayan y rindan culto al Señor" –les dijo airadamente Faraón tan pronto como llegaron ante su presencia–. ¡Vayan! ¡Sirvan a su Dios!

Esta vez, estaba dispuesto a permitir que fueran todos los israe-



litas –los hombres, las mujeres y los niños–, pero sin sus ganados. Puesto que muchos de los animales de Egipto habían perecido, el faraón estaba ansioso por apoderarse de todos los rebaños de los hebreos, que habían sobrevivido a las catástrofes. Pero Moisés no aceptó ese plan. Los israelitas debían llevar consigo sus ganados, pues los necesitarían para ofrecer sacrificios.

Esta negativa de parte de Moisés enojó mucho al faraón.

–"¡Largo de aquí! ¡Y cuidado con volver a presentarte ante mí! El día que vuelvas a verme, puedes darte por muerto.

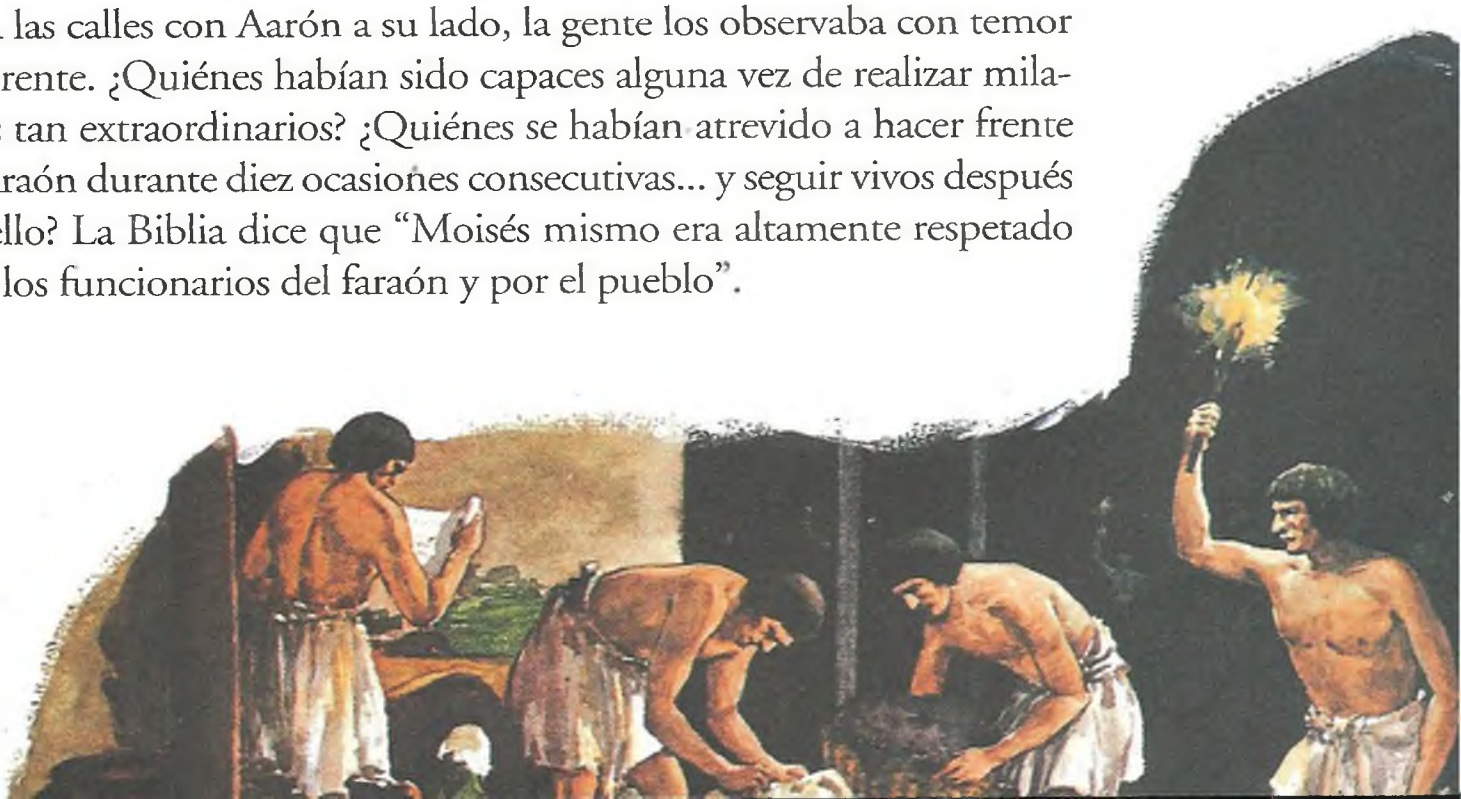
–"¡Bien dicho! –le respondió Moisés–. ¡Jamás volveré a verte!"

Y de inmediato, le dio a conocer cuál sería la última y terrible plaga que caería sobre él y su pueblo.

–"Así dice el Señor: 'Hacia la medianoche pasaré por todo Egipto, y todo primogénito egipcio morirá: desde el primogénito del faraón que ahora ocupa el trono hasta el primogénito de la esclava que trabaja en el molino, lo mismo que todo primogénito del ganado. En todo Egipto habrá grandes lamentos... Todos estos funcionarios tuyos vendrán a verme, y de rodillas me suplicarán: '¡Vete ya, con todo el pueblo que te sigue!' Cuando esto suceda, me iré'".

Y así, "ardiendo de ira, salió Moisés de la presencia del faraón".

Las tinieblas ya habían desaparecido y, mientras Moisés atravesaba las calles con Aarón a su lado, la gente los observaba con temor reverente. ¿Quiénes habían sido capaces alguna vez de realizar milagros tan extraordinarios? ¿Quiénes se habían atrevido a hacer frente a Faraón durante diez ocasiones consecutivas... y seguir vivos después de ello? La Biblia dice que "Moisés mismo era altamente respetado por los funcionarios del faraón y por el pueblo".



Ahora las cosas comenzaron a suceder con rapidez. Sabiendo que solo les quedaban pocas horas antes de que comenzara el gran éxodo, Moisés ordenó a los hebreos que fueran a visitar a los egipcios para reclamarles los salarios que no les habían pagado por años. Debían pedirles "objetos de oro y de plata, y también ropa". Los egipcios accedieron a su pedido, pues estaban demasiado asustados como para resistirse. Entonces, comenzó a pasarse la voz de cada en casa, por toda la tierra de Gosén:

"Esta es la noche de la liberación. Dios herirá a cada primogénito que vida en Egipto. Faraón nos dejará ir, por fin. Empaqueten todas sus cosas. Preparen alimentos para un viaje largo. Estén listos para salir rápidamente. ¡Mañana estaremos en marcha hacia la libertad!"

¡Imagínate la agitación que reinaba por toda partes entre los hebreos! Las noticias parecían demasiado buenas para ser ciertas. Ancianos y ancianas, que habían trabajado largos años para los egipcios y que habían sido castigados más de una vez por los capataces, clamaban con el corazón rebosante de alegría: "¡Gracias a Dios! ¡Oh, gracias a Dios! ¡Por fin vamos a salir de esta horrible pesadilla! ¡El Señor ha cumplido su promesa!"

Los niños y las niñas miraban, curiosos, el rostro de sus madres y les preguntaban: "¿Es cierto, mamá, que salimos de viaje? ¿Adónde vamos? ¿A esa tierra que fluye leche y miel de la que nos hablaste?"

Y cuando su madre les decía: "Sí, estamos a punto de partir", los niños comenzaban a saltar, brincar y cantar de alegría: "¡Bravo! ¡Bravo! ¡Hoy salimos para la tierra de Canaán!"

TERCERA PARTE

Historias del

Éxodo

(Éxodo 11:1 a 18:27)

Sangre en los dinteles

(Éxodo 12:1-36)

EN ESA última tarde en Egipto, cada padre y cada madre de los hebreos tenía una preocupación secreta. Si era cierto, como Moisés había anunciado, que un ángel vendría esa noche a matar a todos los primogénitos de Egipto, ¿podrían estar seguros de que no cometería alguna equivocación? ¿Podría diferenciar bien un hogar egipcio de un hogar hebreo?

Para evitar que ninguna familia que tuviera fe en él padeciera esta última y terrible plaga, Dios ordenó que tomaran la sangre de un cordero y rociaran con ella los postes y el dintel de las puertas de entrada a sus hogares.

–"La sangre servirá para señalar las casas donde ustedes se encuentren–" –les aseguró–, –"pues al verla pasaré de largo".

Todos los que creían que Dios estaba con Moisés, obedecieron la orden. Tomaron un cordero o un cabrito, lo sacrificaron, y pintaron con su sangre los postes y el dintel de las puertas de entrada. Al ponerse el sol aquella tarde, cada familia que confiaba en Dios mató un corderito y roció su sangre en los postes de la puerta.

Por todas partes, los hombres y las mujeres se preguntaban entre

← ILUSTRACIÓN DE ARLO GREER

**l punto de salir de Egipto, cada padre de fa-
lia israelita roció con la sangre de un cordero
s postes y el dintel de la puerta de su casa para
ficar su confianza en que Dios los salvaría.**

sí: "¿Has rociado tú los postes de la puerta de tu casa?" Y si un hogar no tenía sangre en su entrada, los vecinos golpeaban a la puerta y los instaban: "¡No olviden la sangre!"

¡Qué espectáculo original debe haber sido aquel! Cada familia había salido al frente de su casa, el padre sostenía en una mano el recipiente con la sangre mientras con la ramita de hisopo que tenía en la otra salpicaba un poste, luego el otro y finalmente el dintel. En cada caso, el observador más interesado y atento era el hijo mayor –el primogénito–, porque su propia vida estaba en juego. Tal vez él mismo ayudaba a su padre, y se debe haber asegurado de que la tarea estuviera bien hecha.

Es posible que haya habido algunos que se preguntaran: "¿Para qué vamos a tomarnos la molestia de untar con sangre los postes de la puerta? No vale la pena". Si razonaron así y no cumplieron con la orden divina, pronto conocieron los resultados.

Miles de corderos fueron sacrificados aquella última tarde que Israel pasó en Egipto. Cada uno de esos animalitos era un símbolo de Jesús, el "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo".[1] La sangre con que se habían untado los postes era también un símbolo de la sangre de Jesús que sería "derramada por muchos", y que "nos limpia de todo pecado".[2]

Cuando nosotros, como los hebreos en Egipto, obedecemos la palabra de Dios y hacemos lo que él nos pide; cuando aceptamos a Jesús como nuestro Salvador y, por así decirlo, untamos con su sangre los postes y el dintel de la puerta de nuestro corazón, en-

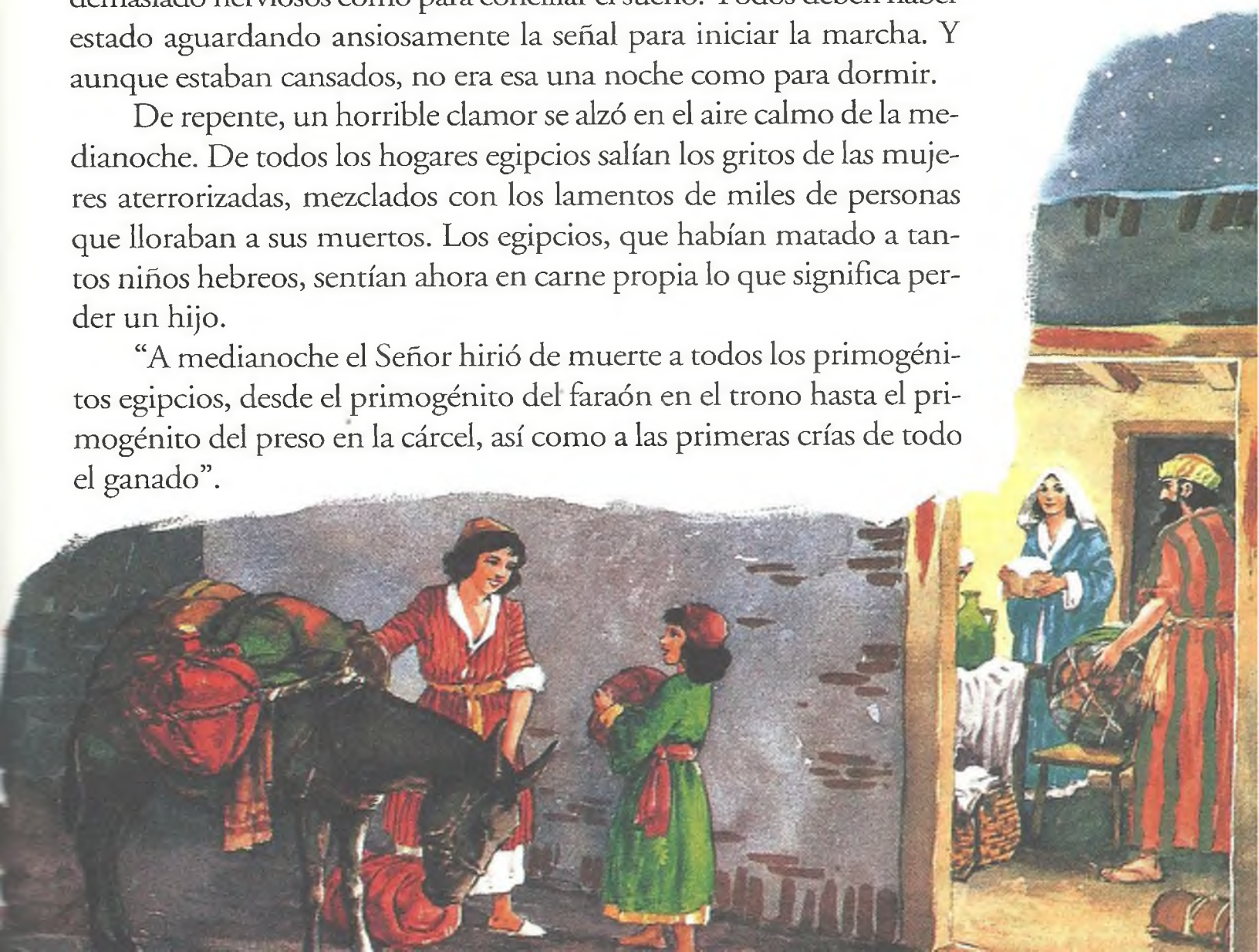
tonces él perdona nuestros pecados y en el día del juicio "pasará de largo" sin castigarnos. Esto es lo que quiere expresar el apóstol Pablo cuando dice: "Porque Cristo, nuestro Cordero pascual, ya ha sido sacrificado". [3]

¿Qué hicieron los israelitas con el cordero cuya sangre había servido para untar los postes? Lo asaron y toda la familia comió de él. Pero lo comieron "de prisa", mientras cada uno estaba completamente vestido, listo para salir en cualquier momento.

Dudo que alguien haya podido dormir esa noche. Tal vez los egipcios hayan dormido una hora o dos, pero no así los hebreos. Los padres y las madres estaban demasiado ocupados en preparar las cosas para emprender el largo viaje que les aguardaba. Y los niños estaban demasiado nerviosos como para conciliar el sueño. Todos deben haber estado aguardando ansiosamente la señal para iniciar la marcha. Y aunque estaban cansados, no era esa una noche como para dormir.

De repente, un horrible clamor se alzó en el aire calmo de la medianoche. De todos los hogares egipcios salían los gritos de las mujeres aterrorizadas, mezclados con los lamentos de miles de personas que lloraban a sus muertos. Los egipcios, que habían matado a tantos niños hebreos, sentían ahora en carne propia lo que significa perder un hijo.

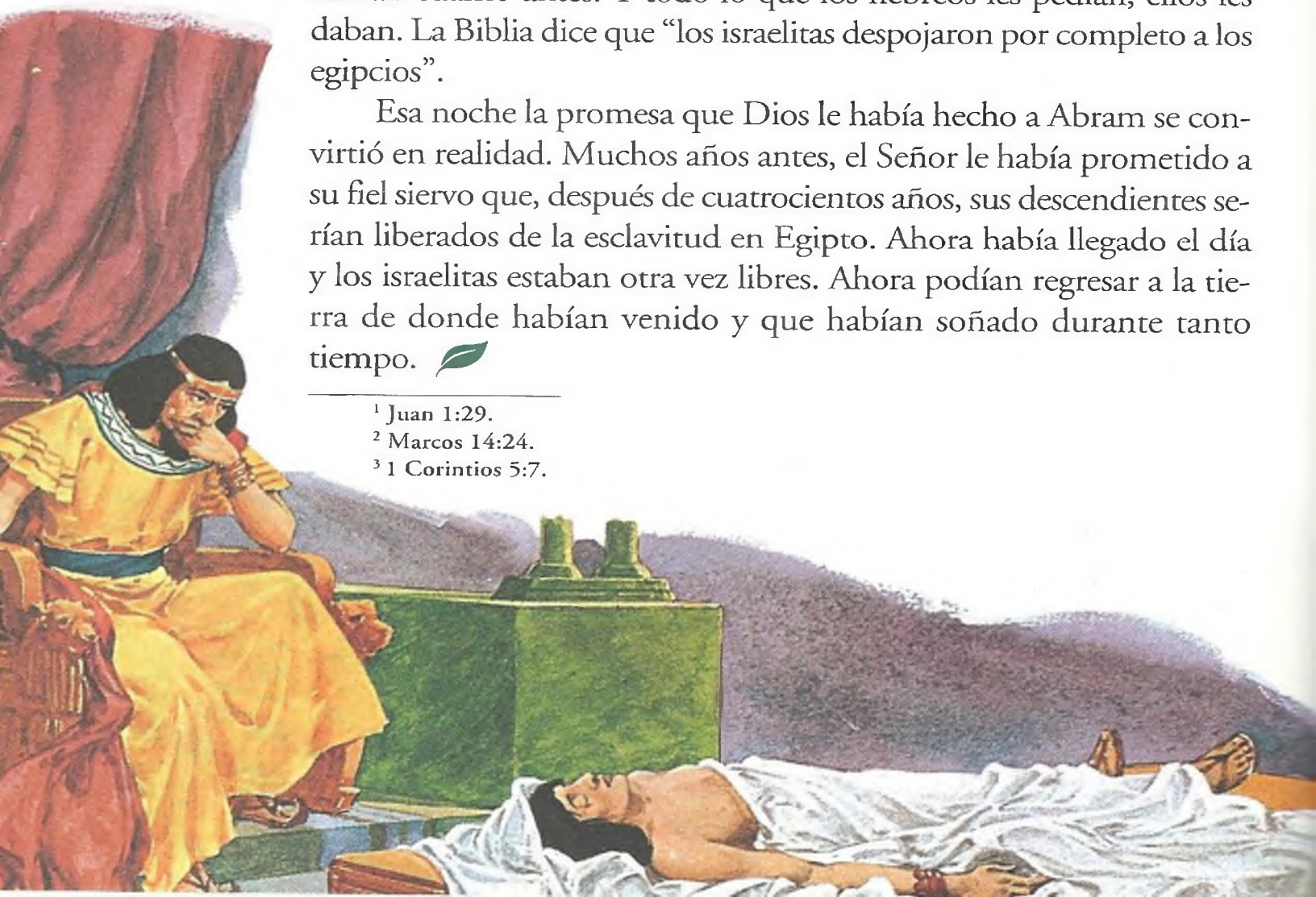
"A medianoche el Señor hirió de muerte a todos los primogénitos egipcios, desde el primogénito del faraón en el trono hasta el primogénito del preso en la cárcel, así como a las primeras crías de todo el ganado".



Esta era la última y más terrible de todas las plagas, y fue la única que pudo humillar al faraón. La Biblia dice que "todos en Egipto se levantaron esa noche, lo mismo el faraón que sus funcionarios, y hubo grandes lamentos en el país. No había una sola casa egipcia donde no hubiera algún muerto. Esa misma noche mandó llamar el faraón a Moisés y a Aarón, y les ordenó: '¡Largo de aquí! ¡Aléjense de mi pueblo ustedes y los israelitas! ¡Vayan a adorar al Señor, como lo han estado pidiendo! Llévense también sus rebaños y sus ganados, como lo han pedido, ¡pero váyanse ya, que para mí será una bendición!' ".

Con la muerte presente en cada hogar de Egipto, la gente no tenía muchos deseos de retener por más tiempo a los hebreos. Al contrario, querían que se fueran en seguida. "El pueblo egipcio, por su parte, instaba a los israelitas a que abandonaran pronto el país". En su ansiedad, hasta les dieron más plata, oro y ropas para que se marcharan cuanto antes. Y todo lo que los hebreos les pedían, ellos les daban. La Biblia dice que "los israelitas despojaron por completo a los egipcios".

Esa noche la promesa que Dios le había hecho a Abram se convirtió en realidad. Muchos años antes, el Señor le había prometido a su fiel siervo que, después de cuatrocientos años, sus descendientes serían liberados de la esclavitud en Egipto. Ahora había llegado el día y los israelitas estaban otra vez libres. Ahora podían regresar a la tierra de donde habían venido y que habían soñado durante tanto tiempo.



[1] Juan 1:29.
[2] Marcos 14:24.
[3] 1 Corintios 5:7.

¡Hacia la libertad!

(Éxodo 12:37-42; 13:17-22)

EL SOL apareció al día siguiente sobre un país que estaba experimentando un profundo dolor. La muerte había entrado en cada hogar. Miles de cuerpos aguardaban ser sepultados. Todos los primogénitos, desde el príncipe heredero en el palacio hasta el hijo mayor del botero más pobre que trabajaba en el Nilo, habían muerto; junto con los primogénitos de todos sus animales.

Por otro lado, en la tierra de Gosén, todo era bullicio y agitación. La mayoría de los hebreos habían estado en vela durante la noche entera. Y ahora, al conocer la noticia de que el faraón por fin les había permitido salir, el gozo de los israelitas no tuvo límites. Alzaban sus manos y gritaban: "¡Ya somos libres! ¡Ya somos libres!"

Algunos miraban con satisfacción los montones de plata, oro y vestiduras que habían recogido de los egipcios, mientras se preguntaban qué iban a hacer ton tantas riquezas. Otros se arrodillaban para orar a Dios y agradecerle por la manera en que los había protegido durante esa noche terrible.

Pero no había tiempo que perder. El faraón podía cambiar repentinamente de idea, como había ocurrido ya nueve veces antes.

Si iban a salir de Egipto, debían hacerlo justo en ese momento.

Moisés les había dicho de antemano a los dirigentes de Israel adónde debían reunirse, y muy pronto todos los israelitas se dirigían hacia ese lugar. Antes de que saliera el sol, miles y miles de personas se habían puesto en movimiento, dejando sus casas para siempre. Muchos habían cargado sus carros tirados por bueyes con carpas, ropa de cama, ollas de barro para cocinar, vasijas con alimentos, atados de ropa y muchas otras cosas.

Algunas madres llevaban a sus hijitos atados a la espalda; otras transportaban de esa manera los recipientes con la masa para el pan. Si tú hubieras estado allí, probablemente habrías visto a un muchachito llevando su cachorro preferido bajo el brazo, mientras que con el otro trataba de hacer caminar a un cordero perezoso. O tal vez habrías visto a una niña que llevaba en mano su muñeca y con la otra conducía a su hermanita; porque yo estoy seguro de que las niñas querían tanto a sus muñecas como ahora.

En aquella multitud había toda clase de gente: viejos y jóvenes, abuelitos y bebés. Además había entre ellos animales de todo tipo: vacas, toros, borricos, ovejas, cabras y docenas de perros. Dejaré que te imagines el alboroto que provocaron esos perros tan pronto como se juntaron...

Mientras Moisés estaba en pie en el lugar designado, viendo cómo se reunía la gente, con sus rebaños y pertenencias, seguramente debe haberse preguntado cómo podría hacer llegar a esa enorme multitud sin inconvenientes hasta Canaán.

En ese momento, algo de lo que había aprendido como joven príncipe en la corte de Egipto comenzó a serle útil. Se le había enseñado allí el arte de la guerra y a mantener en orden grandes gru-

ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Por fin llegó el gran día de la liberación de la multitud y en todas partes reinaba gran entusiasmo. Todos estaban ansiosos por iniciar la marcha a través del desierto rumbo a Canaán.

pos de personas. Por medio de los dirigentes de Israel, dio órdenes a la multitud y, gradualmente, todo el mundo comenzó a formar una larga columna y a encaminarse en la dirección que él les señalaba.

Poner en marcha esto debe haberle tomado horas, porque "sin contar a las mujeres y a los niños, eran unos seiscientos mil hombres de a pie... y grandes manadas de ganado, tanto de ovejas como de vacas".

Pero eso no es todo. Muy pronto, Moisés se dio cuenta de que muchos que no eran israelitas se habían unido a la caravana. Sin duda, algunos eran esclavos egipcios que vieron en esa ocasión la oportunidad de escaparse de sus amos. Otros pueden haber sido jóvenes sedientos de aventura. El hecho es que insistieron en acompañarlos... ¡y cuántos problemas causarían después! Moisés debe haber deseado más de una vez habérselo impedido desde el comienzo.

Por fin toda la interminable caravana estuvo en marcha. Muy lentamente fueron avanzando y dejando atrás Ramsés y las otras ciudades que los hebreos habían ayudado a construir. Las pirámides se fueron haciendo cada vez más pequeñas, hasta que no fueron más que puntitos en el horizonte.

Estoy seguro de que los jóvenes y los niños querían caminar

más rápido, pero eso era imposible. Había muchos bebés –y gran cantidad de cabritos, corderos y terneritos–, y no era posible apurarlos. Sin duda, los hombres encargados de conducir los rebaños y las manadas habrán tenido serias dificultades para mantenerlos en movimiento y en orden.

En cierto lugar destacado de la caravana, había algo que llamaba bastante la atención. Era un ataúd. A pesar de las muchas preocupaciones que había tenido Moisés antes de la partida, no se había olvidado del pedido de José, y allí iban sus restos rumbo a Canaán.

Al principio, nadie se sintió cansado, ni siquiera los niños. Se hallaban tan felices y entusiasmados por el viaje, que todos se olvidaron de cuán fatigados realmente estaban. Habían estado tan ocupados preparándose para la partida y luego buscando la ubicación correcta en la caravana, que no se habían detenido a pensar que ahora ya no tenían casa ni lugar donde dormir por la noche. Habían estado demasiado atareados como para preocuparse por el futuro o por dónde conseguirían alimento y agua en el desierto que empezaban a atravesar.

Su única preocupación, por el momento, era alejarse tanto como fuera posible del faraón... en caso de que volviera a arrepentirse y comenzara a perseguirlos. Pero al caer la tarde, los niños em-

pezaron a manifestar hambre y cansancio, y los padres, a su vez, comenzaron a preocuparse por varias cosas. ¿Cuánto tiempo duraría el viaje? ¿Cuándo podrían establecer sus nuevos hogares en Canaán? ¿Habría en esa tierra suficiente alimento para todos? ¿Cómo se reabastecerían de agua durante la travesía por el desierto? ¿Les saldría el encuentro animales salvajes o enemigos en el viaje?

Repentinamente, se oyó una exclamación que pareció repetirse a lo largo de toda la caravana: "¡La nube! ¡Miren esa nube!"

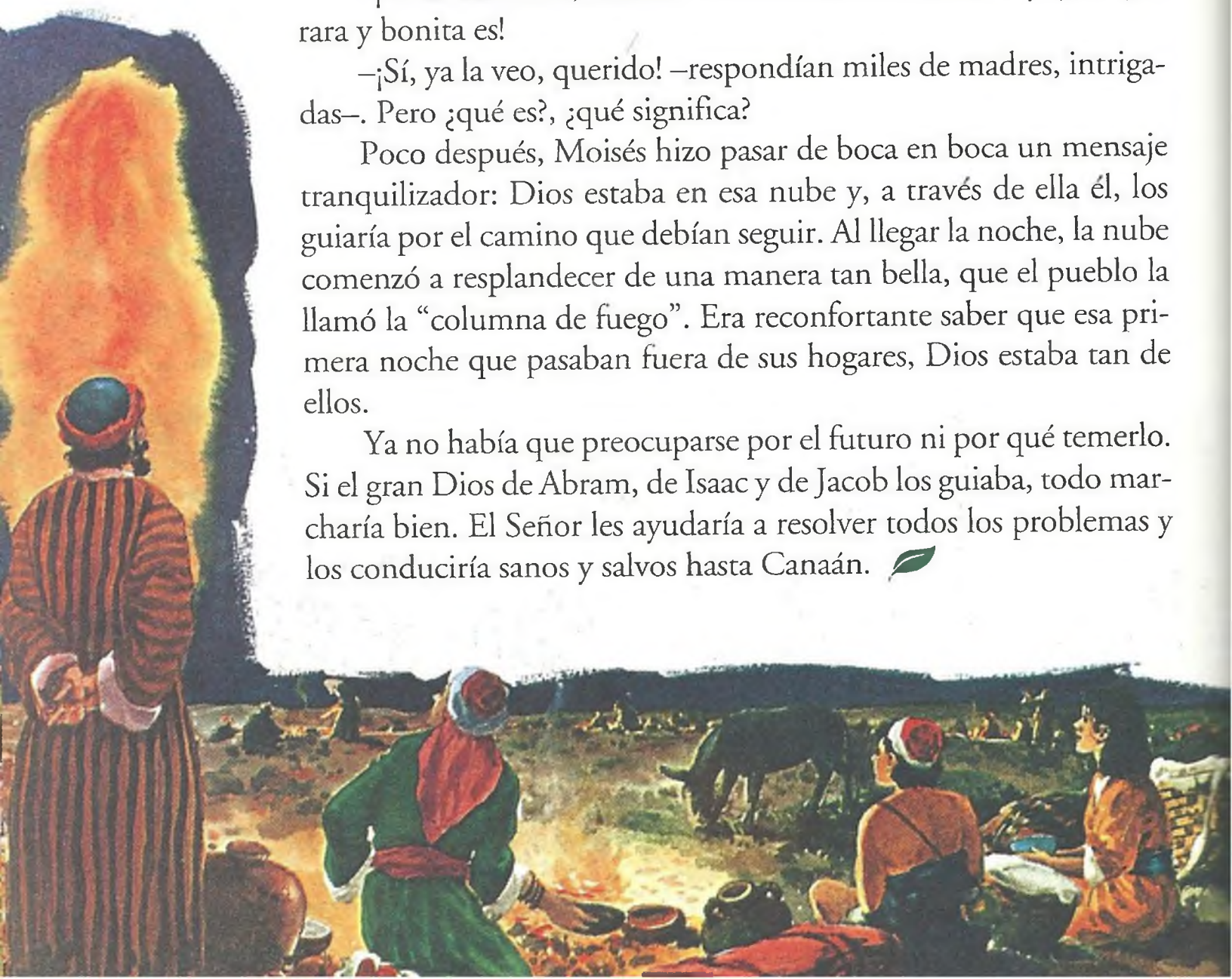
Durante todo el día habían caminado en medio de nubes de polvo que las pesuñas de los animales levantaban al marchar, pero esa era diferente. Era más bien una columna de nube que ascendía verticalmente y que avanzaba al frente de la procesión.

–¡Mira esa nube, mamá! –exclamaban los niños–. ¡Fíjate qué rara y bonita es!

–¡Sí, ya la veo, querido! –respondían miles de madres, intrigadas–. Pero ¿qué es?, ¿qué significa?

Poco después, Moisés hizo pasar de boca en boca un mensaje tranquilizador: Dios estaba en esa nube y, a través de ella él, los guiaría por el camino que debían seguir. Al llegar la noche, la nube comenzó a resplandecer de una manera tan bella, que el pueblo la llamó la "columna de fuego". Era reconfortante saber que esa primera noche que pasaban fuera de sus hogares, Dios estaba tan de ellos.

Ya no había que preocuparse por el futuro ni por qué temerlo. Si el gran Dios de Abram, de Isaac y de Jacob los guiaba, todo marcharía bien. El Señor les ayudaría a resolver todos los problemas y los conduciría sanos y salvos hasta Canaán.



La caminata a través del mar

(Éxodo 13:17-22; 14:1-22)

AL DÍA siguiente, antes que el sol se asomara, los israelitas ya estaban levantando el campamento. Todos querían ponerse en marcha tan pronto como fuera posible. Rápidamente, alimentaron a los animales y prepararon el desayuno para los niños. En seguida, cuando la columna de nube comenzó a avanzar, los que estaban al frente la siguieron y, muy pronto, la caravana entera estuvo en movimiento.

Todos, como es lógico, pensaban marchar en línea recta hacia Canaán, y en ese caso el viaje les hubiera llevado unos pocos días. Sin embargo, al llegar a un lugar llamado Etam, situado a menos de 250 kilómetros de la frontera de Canaán, Moisés dio la orden de que se dirigieran hacia el sur, "el camino del desierto, en dirección al Mar Rojo".

Todos se sorprendieron, y más de uno habrá dicho: "¡Estamos yendo en rumbo equivocado! ¡Este no es el camino hacia Canaán!"

Pero Dios tenía un propósito al dirigir a su pueblo en esa dirección. Si los israelitas hubieran ido directamente hacia Canaán, habrían debido atravesar la tierra de los filisteos, que los hubieran

atacado. Y el Señor sabía que, si el pobre pueblo de Israel, recién salido de la esclavitud, hubiera tenido que combatir tan pronto, se habría desanimado y regresado a Egipto.

Por eso, la caravana avanzó en dirección equivocada, o por lo menos así lo parecía en ese momento. Puedes imaginarte cómo durante ese día todos habrán estado observando atentamente la columna de nube para ver si iba a cambiar de rumbo y encaminarse en la dirección que ellos creían correcta. Pero no ocurrió. Al contrario, siguió avanzando lentamente hasta llegar a un paraje llamado Pi Ajirot, en la costa del Mar Rojo. Allí Moisés dijo al pueblo que acampara para pasar la noche.

Estoy seguro de que mientras preparaban la cena todos deben hacer estado comentando la situación. Hasta creo oír a uno decir:

–Parece que en lugar de ir a Canaán, estamos yendo hacia Etiopía...

Otro agregaba:

–¡Qué buen lugar para ser acorralados por los egipcios, si se les ocurre perseguirnos! Tenemos las montañas por un lado y el Mar Rojo por otro.

Y más de un niño habrá preguntado:

–¿Vamos a cruzar el mar, papá? Pero ¿dónde están los barcos?

De repente, se oyó un grito de alarma. Un hombre señaló con agitación el camino por donde acaban de pasar. A la distancia, se levantó una nube de polvo. ¡En medio de ella hay muchos hombres a caballo! ¡Y centenares de carruajes que avanzan a toda velocidad! ¡Son los egipcios!

Ha ocurrido justamente lo que los hebreos más temían: El faraón ha cambiado de idea. No solo quiere vengar la muerte de su hijo

mayor y la de miles de sus súbditos, sino que también ansía recobrar a sus esclavos. Ya se ha olvidado de las plagas y está decidido a recuperar todo el ganado y las joyas que los israelitas se han llevado.

Fue así: cuando sus ayudantes le informaron que los hebreos habían huido llevándose consigo todo el ganado, al principio le pareció imposible. Pero al convencerse de que era verdad, había exclamado: "¡Pero qué hemos hecho! ¿Cómo pudimos dejar que se fueran los israelitas y abandonaran su trabajo?"

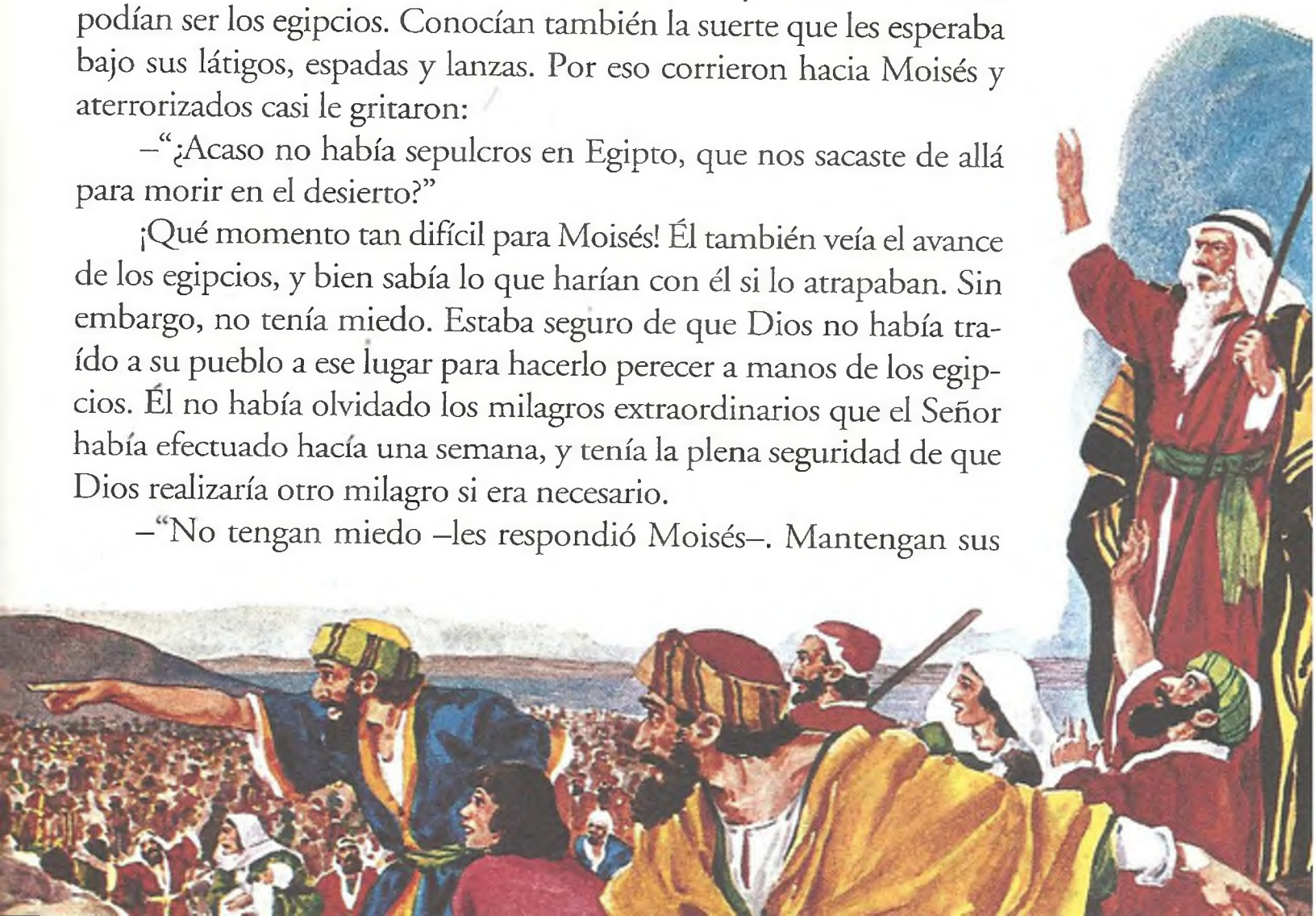
"Al momento ordenó el faraón que le prepararan su carro y, echando mano de su ejército, se llevó consigo seiscientos de los mejores carros y todos los demás carros de Egipto" y salió "en persecución de los israelitas... Todo el ejército del faraón... salió tras los israelitas y les dio alcance cuando éstos acampaban junto al mar".

Paralizados de espanto, los pobres hebreos veían avanzar hacia ellos los carros a toda velocidad. Ellos sabían muy bien cuán crueles podían ser los egipcios. Conocían también la suerte que les esperaba bajo sus látigos, espadas y lanzas. Por eso corrieron hacia Moisés y aterrorizados casi le gritaron:

–"¿Acaso no había sepulcros en Egipto, que nos sacaste de allá para morir en el desierto?"

¡Qué momento tan difícil para Moisés! Él también veía el avance de los egipcios, y bien sabía lo que harían con él si lo atrapaban. Sin embargo, no tenía miedo. Estaba seguro de que Dios no había traído a su pueblo a ese lugar para hacerlo perecer a manos de los egipcios. Él no había olvidado los milagros extraordinarios que el Señor había efectuado hacía una semana, y tenía la plena seguridad de que Dios realizaría otro milagro si era necesario.

–"No tengan miedo –les respondió Moisés–. Mantengan sus



posiciones, que hoy mismo serán testigos de la salvación que el Señor realizará en favor de ustedes. A esos egipcios que hoy ven, ¡jamás volverán a verlos! Ustedes quédense quietos, que el Señor presentará batalla por ustedes".

Y mientras Moisés todavía estaba hablando, algo notable comenzó a ocurrir. La columna de nube avanzó misteriosamente hacia los egipcios, que seguían en su rápida carrera, y se colocó como una barrera entre ellos y los aterrorizados hebreos. Al caer la noche, la nube cubrió de tinieblas a los egipcios, mientras arrojaba una luz tibia y reconfortante sobre el campamento israelita.

Moisés oró a Dios, contándole todo lo que había sucedido.

Pero ese no era un momento solo para orar sino también para actuar. "El Señor le dijo a Moisés: '¿Por qué clamas a

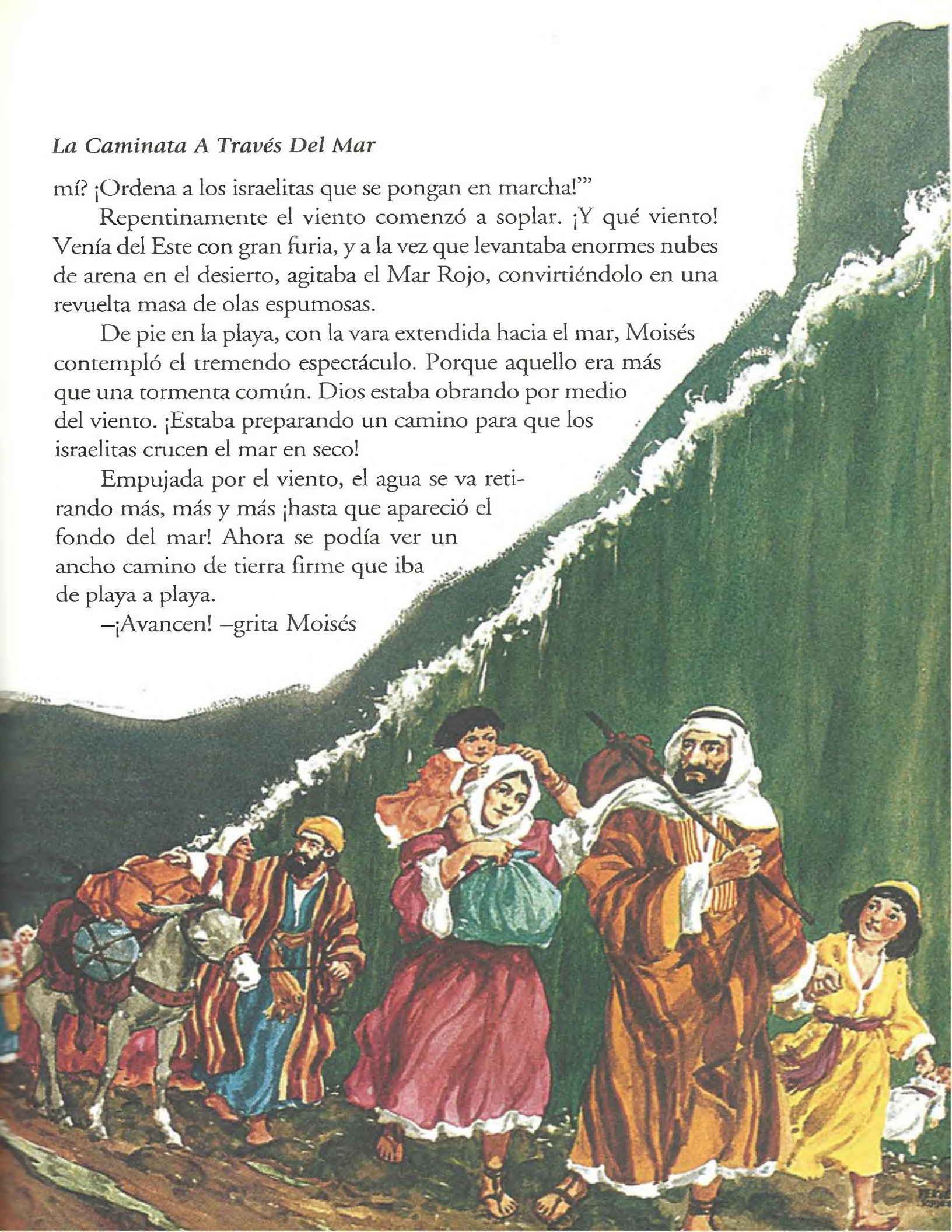
mí? ¡Ordena a los israelitas que se pongan en marcha!'"

Repentinamente el viento comenzó a soplar. ¡Y qué viento! Venía del Este con gran furia, y a la vez que levantaba enormes nubes de arena en el desierto, agitaba el Mar Rojo, convirtiéndolo en una revuelta masa de olas espumosas.

De pie en la playa, con la vara extendida hacia el mar, Moisés contempló el tremendo espectáculo. Porque aquello era más que una tormenta común. Dios estaba obrando por medio del viento. ¡Estaba preparando un camino para que los israelitas crucen el mar en seco!

Empujada por el viento, el agua se va retirando más, más y más ¡hasta que apareció el fondo del mar! Ahora se podía ver un ancho camino de tierra firme que iba de playa a playa.

–¡Avancen! –grita Moisés



al pueblo, sabiendo que el Señor ha preparado esta escapatoria para los israelitas.

Me pregunto quién habrá sido el primero... Porque hay que ser valiente, muy valiente, para comenzar a descender por ese improvisado camino entre altas murallas de agua. ¡Qué lástima que no sepamos quién fue! Tal vez un muchachito que llevaba a su perro. Quizá una niña valiente, ansiosa por salvar a su hermanita. Lo cierto es que alguien se atrevió primero que los demás a caminar por esa extraña avenida que el viento había cavado en medio del mar tormentoso.

Luego, otro más se animó a ir, y otro, y otros... mientras en la playa una larga columna de miles aguardaba su turno.

Ahora son varios centenares de personas los que avanzan, mitad caminando y mitad corriendo, por este sendero cavado en el mar, mientras docenas de bueyes, vacas, borricos, chivos, ovejas y perros marchan con ellos tan rápido como pueden, atravesándose más de una vez en el camino de los demás.

¡Qué espectáculo inolvidable! Moisés sostenía incansablemente la vara extendida, mientras el viento furioso hacía flamear su barba blanca; los altos muros de agua de color verde oscuro, con las cimas coronadas de espuma; las muchedumbres que se precipitaban ansiosas en busca de un lugar seguro; una anciana que castiga nerviosamente a su caprichoso borrico; una madre que arrastra de la mano a sus hijos aterrorizados; dos pícaros muchachitos que arrojan piedras a las murallas de agua; y toda esa admirable escena iluminada por el brillante resplandor de la columna de fuego.

¿Podría Israel olvidar alguna vez esa noche?

Canto de victoria

(Éxodo 14:21 a 15:21)

ESTA extraña procesión duró horas, mientras hombres, mujeres y niños escapaban por sus vidas a través del corredor que Dios dispuso para cruzar el mar.

Los conductores de las carretas gritaban a sus bueyes, azuzándolos a que se muevan más rápido. Algunos perros ladraban frenéticamente al ganado para hacer que los rebaños y manadas lleguen más pronto a la otra orilla. Las madres imploraban a sus pequeños que no se quedaran atrás.

Sí, adelante está la única esperanza de seguridad. Atrás, a muy poca distancia, están los egipcios. ¡Quién sabe si ya no se han dado cuenta de que los israelitas se les están escapando de entre las manos! ¡Y quién puede predecir durante cuánto tiempo más el agua permanecerá detenida a ambos lados, cuajada "en el fondo del mar", como dice la Biblia!

Por eso, los seiscientos mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, se apresuran, corren y se empujan, esforzándose por llegar a la otra orilla.

No se nos dice exactamente cuánto tiempo le llevó a tanta gente

y a tantos animales cruzar el mar. Por fin, sin embargo, la última carreta llegó a la playa opuesta, el último padre y la última madre subieron penosamente el declive de la costa hasta un lugar seguro, el último perro arreó la última oveja fuera de la zona de peligro, y los últimos niños y niñas perdidos encontraron otra vez a sus padres.

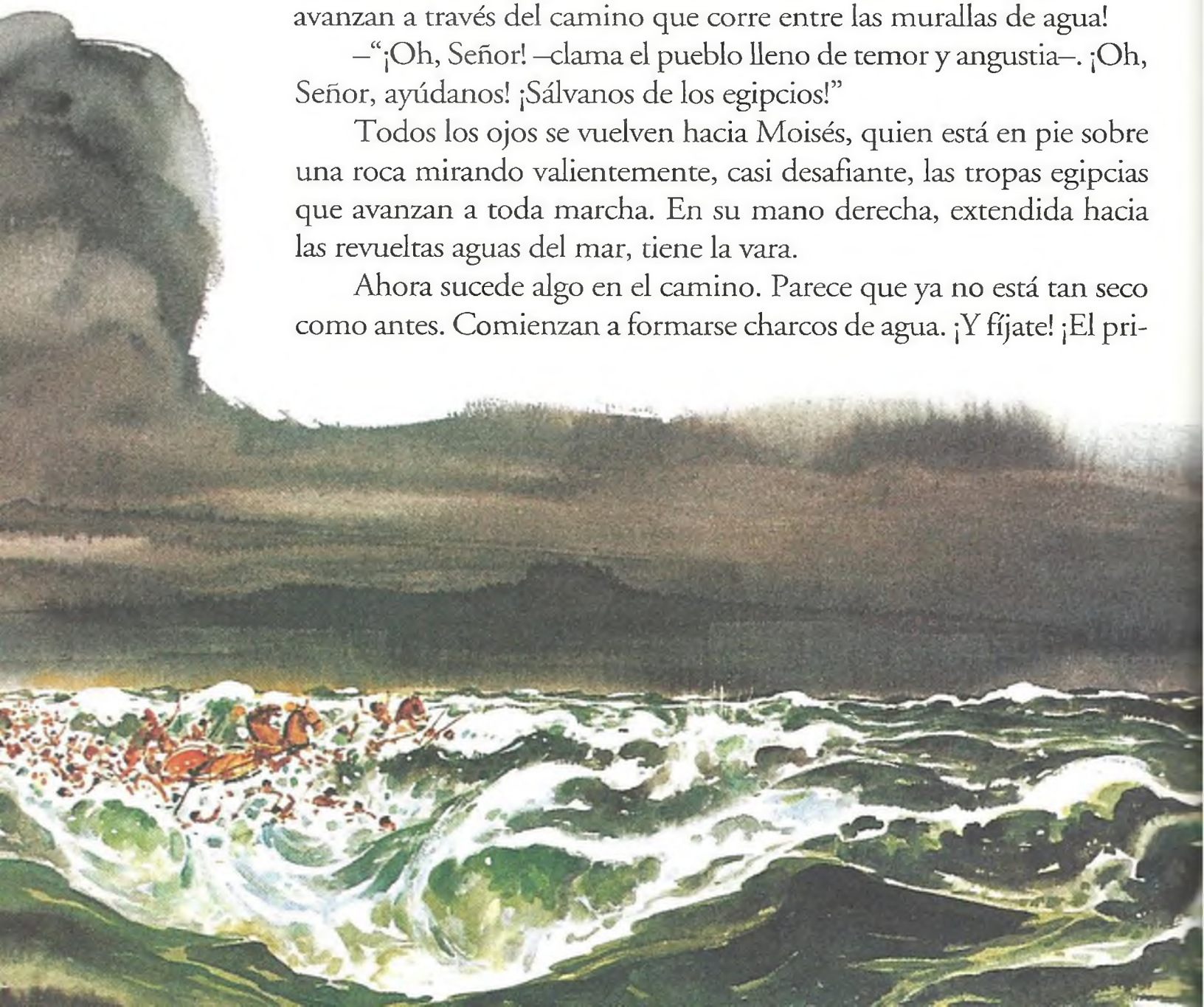
¡Cómo suspiraron de alivio al ver que al fin todos han cruzado y que el canal estaba ya desierto!

Pero, ¡mira! ¿Qué es ese movimiento que se divisa en la playa que acaban de dejar? ¡Lanzas! ¡Espadas! ¡Carros de guerra! ¡Los egipcios! ¡Mira! ¡Se han lanzado en bajada desde la orilla opuesta! ¡Y ahora avanzan a través del camino que corre entre las murallas de agua!

–"¡Oh, Señor! –clama el pueblo lleno de temor y angustia–. ¡Oh, Señor, ayúdanos! ¡Sálvanos de los egipcios!"

Todos los ojos se vuelven hacia Moisés, quien está en pie sobre una roca mirando valientemente, casi desafiante, las tropas egipcias que avanzan a toda marcha. En su mano derecha, extendida hacia las revueltas aguas del mar, tiene la vara.

Ahora sucede algo en el camino. Parece que ya no está tan seco como antes. Comienzan a formarse charcos de agua. ¡Y fíjate! ¡El pri-



mer carruaje se ha atascado! ¡Las ruedas se han hundido en el lodo! El cochero castiga a los caballos para que saquen el carro, pero no pueden.

Hay otros más que también tienen dificultades. ¡Las ruedas se traban y se les salen de los ejes! La confusión aumenta más y más. Ahora los carros que venían más atrás se enganchan con los primeros, al quererlos pasar. Los gritos airados de los cocheros se escuchan por sobre el impresionante soplido del viento huracanado.

–¡Fíjate lo que haces! ¿No ves por dónde vas?

–¡Avancen! ¡Vamos, avancen rápido! –gritan, impacientes, los oficiales.

Pero es imposible. Además, el agua ha comenzado a cubrir el camino.

–¡Volvámonos! ¡Volvámonos! –grita un egipcio, desesperado.

Sin embargo, es demasiado tarde. Ya no pueden volverse. No hay lugar para dar vuelta. ¡Están completamente atrapados por las aguas!

"Cuando ya estaba por amanecer –dice la Biblia–, el Señor miró al ejército egipcio desde la columna de fuego y de nube, y sembró la confusión entre ellos: hizo que las ruedas de sus carros se atascaran, de modo que se les hacía muy difícil avanzar. Entonces exclamaron los egipcios: '¡Alejémonos de los israelitas, pues el Señor está peleando por ellos y contra nosotros!'"

Y ahora, mientras Moisés mantiene su vara extendida hacia el Mar Rojo, el viento comienza a amainar. Hasta hace un momento, por orden de Dios, el viento había mantenido abierta una maravillosa avenida a través del mar para que los israelitas pudieran cruzar; pero ahora hace que las murallas de agua se derrumben repentinamente, cubran los carruajes y ahoguen a los soldados.

"Al recobrar las aguas su estado normal, se tragaron a todos los carros y jinetes del faraón, y a todo el ejército que había entrado al mar para perseguir a los israelitas. Ninguno de ellos quedó con vida".

Cuando amanece, el viento ha dejado ya de soplar y el mar está otra vez en calma. Resulta difícil creer que algo tan extraordinario haya sucedido en un paraje tan desierto. Las montañas lejanas, las arenosas playas, la cinta azul del mar, todo está igual que antes. Solo los cuerpos muertos de los egipcios, que el agua empuja hacia la orilla, recuerdan a Israel el estupendo milagro que Dios ha obrado en su favor.

Sin embargo, el triste espectáculo de esos cuerpos trae paz a cada corazón. Por primera vez en su vida, los hebreos pueden dejar de temer a los egipcios. Han desaparecido para siempre. Ahora que las

mejores tropas de Egipto han perecido ahogadas, los israelitas pueden olvidarse de su triste pasado y mirar con valor hacia el futuro que Dios les prepara.

Pero ¡escucha! Alguien está cantando. Por sobre el murmullo de las conversaciones, el mugido del ganado y los balidos de las ovejas, se oye una voz dulce y varonil que entona un canto de alabanza a Dios. ¡Es Moisés! ¡Y qué hermosa voz que tiene! Pronto, todos los hombres se le unen en la canción, expresando el agradecimiento y la inmensa alegría que hay en sus corazones:

"Cantaré al Señor, que se ha coronado de triunfo arrojando al mar caballos y jinetes. El Señor es mi fuerza y mi cántico; él es mi salvación. Él es mi Dios... el Dios de mi padre, y lo enalteceré... Las aguas profundas se los tragaron; ¡como piedras se hundieron en los abismos!... ¿Quién, Señor, se te compara entre los dioses? ¿Quién se

te compara en grandeza y santidad? Tú, hacedor de maravillas, nos impresionas con tus portentos".

Y cuando los hombres hacen una pausa, las mujeres comienzan a cantar dirigidas por Miriam, la hermana de Moisés, que muchos años antes –¿recuerdas?– había cuidado a su hermanito pequeño que se mecía en una cestita entre los juncos. Ella tiene un pandero o tamboril en la mano, y con él marca el ritmo, mientras las mujeres entonan el coro:

"Canten al Señor, que se ha coronado de triunfo arrojando al mar caballos y jinetes".

Todos están eufóricos. Aquella vida en Egipto, triste y sin esperanza, ha pasado para siempre. Ahora eran libres, ya nos serán más esclavos. ¡Y están a salvo de sus perseguidores! Podrían haberse quedado para siempre allí, junto al Mar Rojo, cantando su alegría y agradecimiento.

Pero Moisés sabe que todavía les aguarda un largo camino. Por eso, cuando el canto de alabanza y victoria termina, ordena que la caravana vuelva a formarse y que todos se preparen para emprender otra vez la marcha.

Comida en el desierto

(Éxodo 15:22-27; 16:1-36)

DURANTE tres días largos y calurosos, la gran caravana siguió avanzando por el desierto.

Poco a poco, la gente comenzó a cansarse y a tener sed. El agua que llevaban casi se les había acabado. Cuando los niños le piden algo de beber a sus padres, no se les puede decir que no hay. Los que estaban a cargo del ganado comenzaron a preocuparse por lo que le sucedería a los animales si no llegaban a encontrar agua pronto.

Seiscientos mil hombres pueden beber mucha agua en un día caluroso; y si a estos les sumas las mujeres y los niños, además de miles de vacas, ovejas y cabras, puedes imaginarte que era imperioso encontrar agua de inmediato, o todos perecerían de sed.

Al finalizar el tercer día, casi todos los viajeros estaban muy preocupados por este problema. Pero repentinamente alguien que se había adelantado a los demás comenzó a hacer señas. "¡Agua! –gritaba entusiasmado–. ¡Aquí hay agua!"

La sola mención de la palabra hizo que todos ya se sintieran mejor. Recobraron el ánimo y ansiosamente apresuraron la marcha.

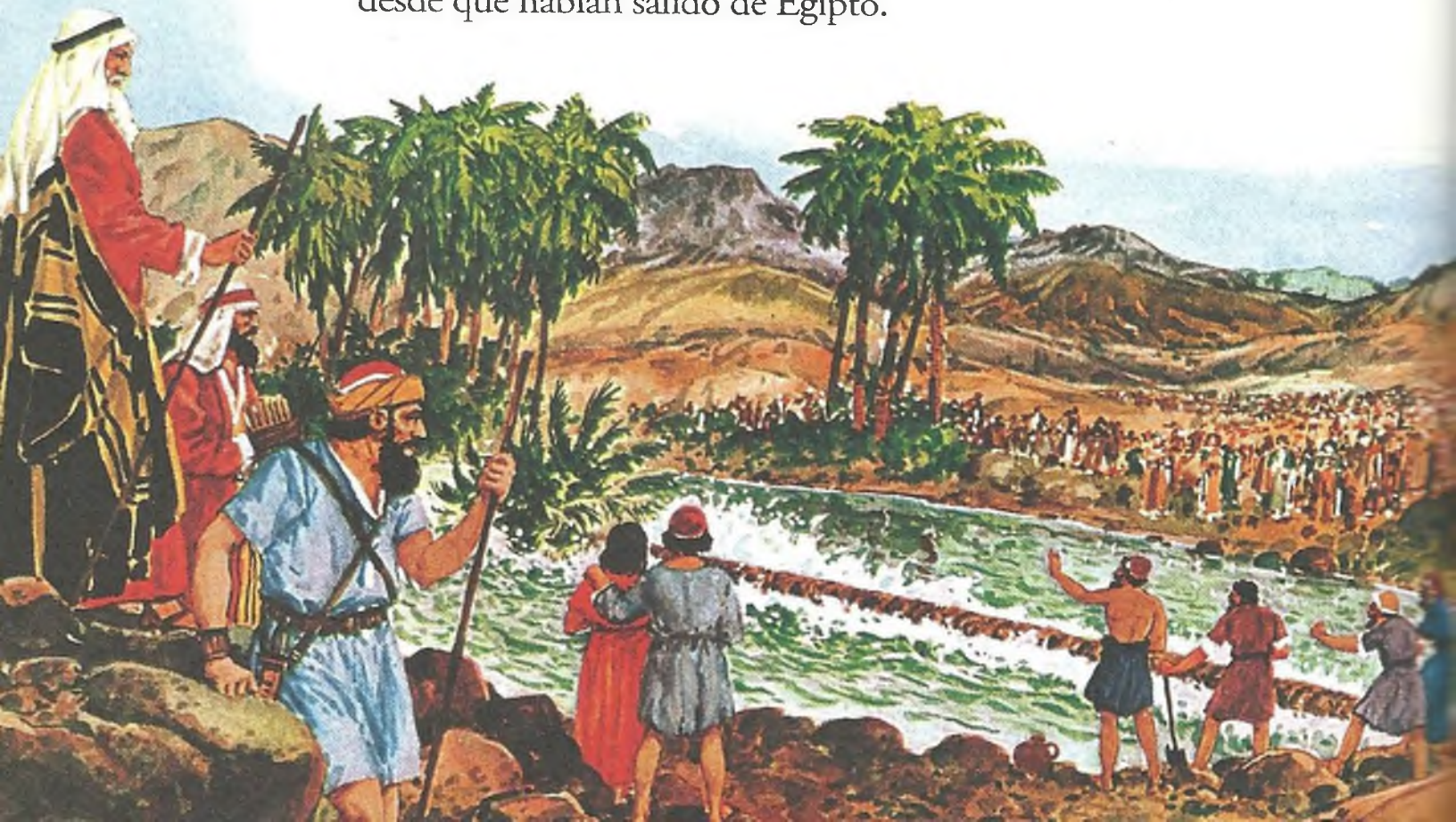
Pero entonces vino un gran desengaño. Cuando los primeros se echaron en tierra para beber el agua del manantial, descubrieron que era muy amarga, inservible para saciar la sed.

En seguida corrió la voz: "¡El agua es mala! No sirve para beber". Pero eso llamaron el lugar Mara, que significa "amargura".

De inmediato, el pueblo comenzó a murmurar y protestar. Todos le echaban la culpa a Moisés. ¿Por qué los había llevado en esa dirección? ¿No sabía acaso que necesitarían agua? ¿Cómo era posible que un hombre que había vivido cuarenta años en el desierto ignorara esa necesidad?

Como en todos los casos, Moisés presentó a Dios el problema y el Señor le dio la solución. Le indicó un árbol que, si lo cortaban y echaban en el agua, la endulzaría. Moisés hizo lo que Dios le aconsejó y muy pronto todos pudieron saciar su sed.

Al día siguiente, la caravana siguió avanzando y "llegaron a Elim, donde había doce manantiales y setenta palmeras, y acamparon allí, cerca del agua". Todo el mundo estaba feliz ahora. Tenían un poquito de sombra y además podían descansar de veras por primera vez desde que habían salido de Egipto.



Sabiamente, Moisés permitió que el pueblo acampara en ese lugar por varios días, para que todos se recuperaran, y solo después de un buen tiempo ordenó que se prepararan para seguir viaje. "Toda la comunidad israelita partió de Elim y llegó al desierto de Sin... Esto ocurrió a los quince días del mes segundo" de la salida de Egipto. El desierto de Sin es una región seca, desolada y rocosa que queda en la península de Sinaí. Allí casi no hay hierbas para apacentar el ganado ni tierra fértil para cultivar cereales.

–¡Qué lugar...! –protestó uno en voz alta–. ¿Para qué nos habrá traído aquí?

–Si hubiéramos marchado hacia el norte en lugar de venir hacia el sur ya estaríamos en Canaán –murmuraron otros.

–¿Y qué cree que podemos sembrar en este desierto? –preguntó un agricultor al comparar el suelo seco y arenoso que pisaba con el rico terreno del delta del Nilo.

–¿Piensa que podemos mantener vivo nuestro ganado con estas pocas hierbas miserables? –se quejó otro.

Este espíritu fue transmitiéndose, hasta que todo el mundo estuvo protestando. Y como además las provisiones de boca casi se les habían acabado, "toda la comunidad murmuró contra Moisés y Aarón".

Olvidándose de todos los milagros que Dios había realizado en su favor en Egipto, en el Mar Rojo y en Mara, se quejaron en voz alta contra ellos:

–"¡Cómo quisiéramos que el Señor nos hubiera quitado la vida en Egipto! –les decían los israelitas–. Allá nos sentábamos en torno a las ollas de carne y comíamos pan hasta saciarnos. ¡Ustedes han traído nuestra comunidad a este desierto para matar-

nos de hambre a todos!"

Parece mentira que dijeran cosas tan tontas, pero es que habían sido esclavos durante tanto tiempo, que no podían pensar de otra manera. Y aunque habían presenciado muchos milagros que Dios había hecho por ellos, todavía no lo comprendían ni confiaban en él. Su principal preocupación era obtener lo suficiente para comer. Estaban dispuestos a ser esclavos nuevamente si solo podían oler la carne que solían tener.

Cuando Moisés le presentó este nuevo problema a Dios, el Señor le prometió: "Voy a hacer que les llueva pan del cielo".

Y esa tarde, justamente cuando el pueblo estaba pensando qué podía comer, miles de aves vinieron a posarse en el campamento. Eran codornices, y volaban tan bajo, que era fácil cazarlas. Todos pudieron tener una buena cena, y tal vez algunos se hayan acordado de agradecer a Dios por haberlos ayudado una vez más.

¿Y cómo se las arreglaron para el desayuno? En el desierto no había comercios para ir a comprar copos de maíz o cereales con frutas. "¿Qué comida nos dará Dios esta mañana?", se preguntaban muchos. ¿Enviaría otra vez codornices? No. En cambio les proporcionó algo muy diferente.

Temprano por la mañana, "al desaparecer el rocío, sobre el

desierto quedaron unos copos muy finos, semejantes a la escarcha que cae sobre la tierra. Como los israelitas no sabían lo que era, al verlo se preguntaban unos a otros: '¿Y esto qué es?'", pues no sabían lo que era.

Moisés les dijo entonces:

–"Es el pan que el Señor les da para comer".

Me imagino con qué cautela habrán recogido uno de esos granitos blancos para llevárselo a la boca... ¡Pero qué buen gusto tenía! Era "dulce como las tortas con miel". ¡Qué ricos deben haberles parecido a esos pobres hebreos hambrientos, especialmente a los niños y niñas! Y "los israelitas dieron a este alimento el nombre de maná".

Sin excepción, mañana tras mañana, encontraron el maná sobre la tierra, frente a sus puertas. Lo único que tenían que hacer era recogerlo y comerlo. Durante los siguientes cuarenta, años el maná fue casi su único alimento.

Sin embargo, ocurría algo extraño en relación con el maná. Solo había aparecía seis días por semana. Nunca podían encontrarlo el séptimo día, ni siquiera una pizca.

¿A qué se debía eso? A que Dios quería enseñar a su pueblo a que respetara el sábado como día sagrado. Adán y Eva habían guardado el sábado al principio. También lo habían observado Abram, Isaac y Jacob. Y hasta los hijos de Israel, cuando fueron a vivir a Egipto invitados por José, lo respetaban. Pero cuando se los convirtió en esclavos, muchos no pudieron seguir descansando y adorando a Dios en ese día. Durante esos tristes años de esclavitud, muchos llegaron a pensar que a Dios ya no le interesaba más que guardaran el sábado. Y hubo algunos que hasta se olvidaron de cuál era el día de reposo.

Por eso, mediante el milagro del maná, el Señor trató de que su

pueblo volviera a adorarlo especialmente en ese día, como lo habían hecho sus hijos fieles en lo pasado. Les pidió que cada viernes de mañana –o sea cada sexto día de la semana–, recogieran una doble porción de maná, para que pudiera durar hasta el sábado.

El maná recogido el viernes duraba dos días, mientras que en cualquier otro día de la semana el maná que habían recogido de más se descomponía al día siguiente. Por otra parte, el sábado no caía maná sobre el campo. De todas estas maneras Dios les indicaba a sus hijos en qué día quería que reposaran y lo adoraran. Y no había manera de equivocarse: ese día era el séptimo de la semana o sábado.

Al principio, hubo algunos que no prestaron mucha atención a lo que Dios les había indicado con respecto al maná. "Algunos israelitas salieron a recogerlo el día séptimo, pero no encontraron nada". El Señor se disgustó con ellos y dijo: "¿Hasta cuándo seguirán desobedeciendo mis leyes y mandamientos? Tomen en cuenta que yo, el Señor, les he dado el sábado. Por eso en el día sexto les doy pan para dos días. El día séptimo nadie debe salir. Todos deben quedarse donde estén".

Esta misma lección, enseñada cada semana durante cuarenta años, grabó para siempre en la mente de los israelitas cuál era el día en que Dios quería que se lo adorara. Mediante el maná, el Señor les dijo a sus hijos 2.080 veces (52 semanas multiplicadas por 40 años): "El séptimo día de cada semana, el sábado, es un día especial y diferente en el que toda la familia reunida debe reposar y celebrar el culto de adoración".

Ellos nunca lo olvidaron. Y aún hoy –más de tres mil años después– lo siguen respetando. ¿Cómo podrían olvidarlo? ¿Cómo pudo alguien llegar a olvidarse de lo que Dios había enseñado?

– ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

do que no había alimento en el desierto,
a día Dios enviaba a su pueblo maná del
o. Pero el sexto día derramaba una porción
le, a fin de que les alcanzara para el sábado.

Demasiado ocupado en hacer el bien

(Éxodo 17:1 a 18:26)

SIN la preocupación por la comida, los israelitas continuaron con su viaje hacia el sur de la península de Sinaí. Pero el agua volvió a ser un problema. Al llegar a Refidín, se quedaron sin agua.

Y como siempre, le echaron la culpa a Moisés.

–"Danos agua para beber –le exigieron".

–"¿Para qué nos sacaste de Egipto? –reclamaban–. ¿Sólo para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado?"

Algunos hasta se atrevieron a preguntar:

–"¿Está o no está el Señor entre nosotros?"

Esta vez, los hebreos se habían enojado de veras. "Clamó entonces Moisés al Señor, y le dijo:

–"¿Qué voy a hacer con este pueblo? ¡Sólo falta que me maten a pedradas!"

Entonces, Dios le indicó que fuera con algunos de los líderes del campamento hasta una roca determinada, en Horeb. Él debía golpear la roca con su cayado, y el agua manaría de ella.

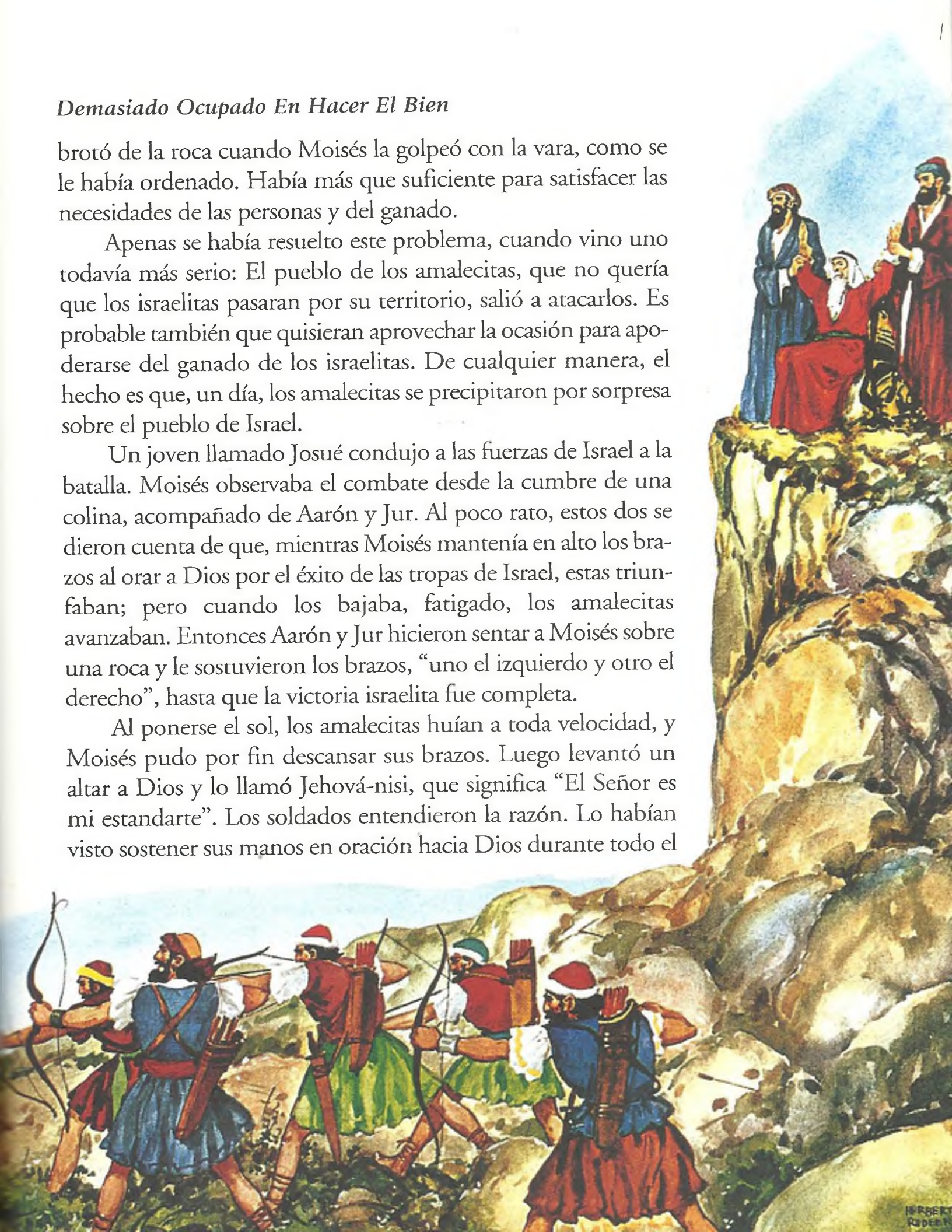
El grupo de líderes fueron con Moisés y vieron cómo el agua

brotó de la roca cuando Moisés la golpeó con la vara, como se le había ordenado. Había más que suficiente para satisfacer las necesidades de las personas y del ganado.

Apenas se había resuelto este problema, cuando vino uno todavía más serio: El pueblo de los amalecitas, que no quería que los israelitas pasaran por su territorio, salió a atacarlos. Es probable también que quisieran aprovechar la ocasión para apoderarse del ganado de los israelitas. De cualquier manera, el hecho es que, un día, los amalecitas se precipitaron por sorpresa sobre el pueblo de Israel.

Un joven llamado Josué condujo a las fuerzas de Israel a la batalla. Moisés observaba el combate desde la cumbre de una colina, acompañado de Aarón y Jur. Al poco rato, estos dos se dieron cuenta de que, mientras Moisés mantenía en alto los brazos al orar a Dios por el éxito de las tropas de Israel, estas triunfaban; pero cuando los bajaba, fatigado, los amalecitas avanzaban. Entonces Aarón y Jur hicieron sentar a Moisés sobre una roca y le sostuvieron los brazos, "uno el izquierdo y otro el derecho", hasta que la victoria israelita fue completa.

Al ponerse el sol, los amalecitas huían a toda velocidad, y Moisés pudo por fin descansar sus brazos. Luego levantó un altar a Dios y lo llamó Jehová-nisi, que significa "El Señor es mi estandarte". Los soldados entendieron la razón. Lo habían visto sostener sus manos en oración hacia Dios durante todo el



día; como si hubiera estado sosteniendo un cartel para inspirarlos a hacer sus mejores esfuerzos.

Desde Refidín, los israelitas prosiguieron viaje hacia el desierto de Sinaí y acamparon junto "a la montaña de Dios". Mientras estaban allí, un mensajero informó a Moisés que Jetro, su suegro, se acercaba al campamento para saludarlo, trayendo consigo a Séfora, esposa de Moisés, y a sus dos hijos: Guersón y Eliezer.

Moisés salió al encuentro de Jetro, se inclinó respetuosamente ante él y lo besó. Luego, acompañado de su esposa y de sus dos hijos, entraron en la carpa de Moisés para conversar acerca de todo lo que les había ocurrido desde que Moisés saliera de Madián para ir a Egipto.

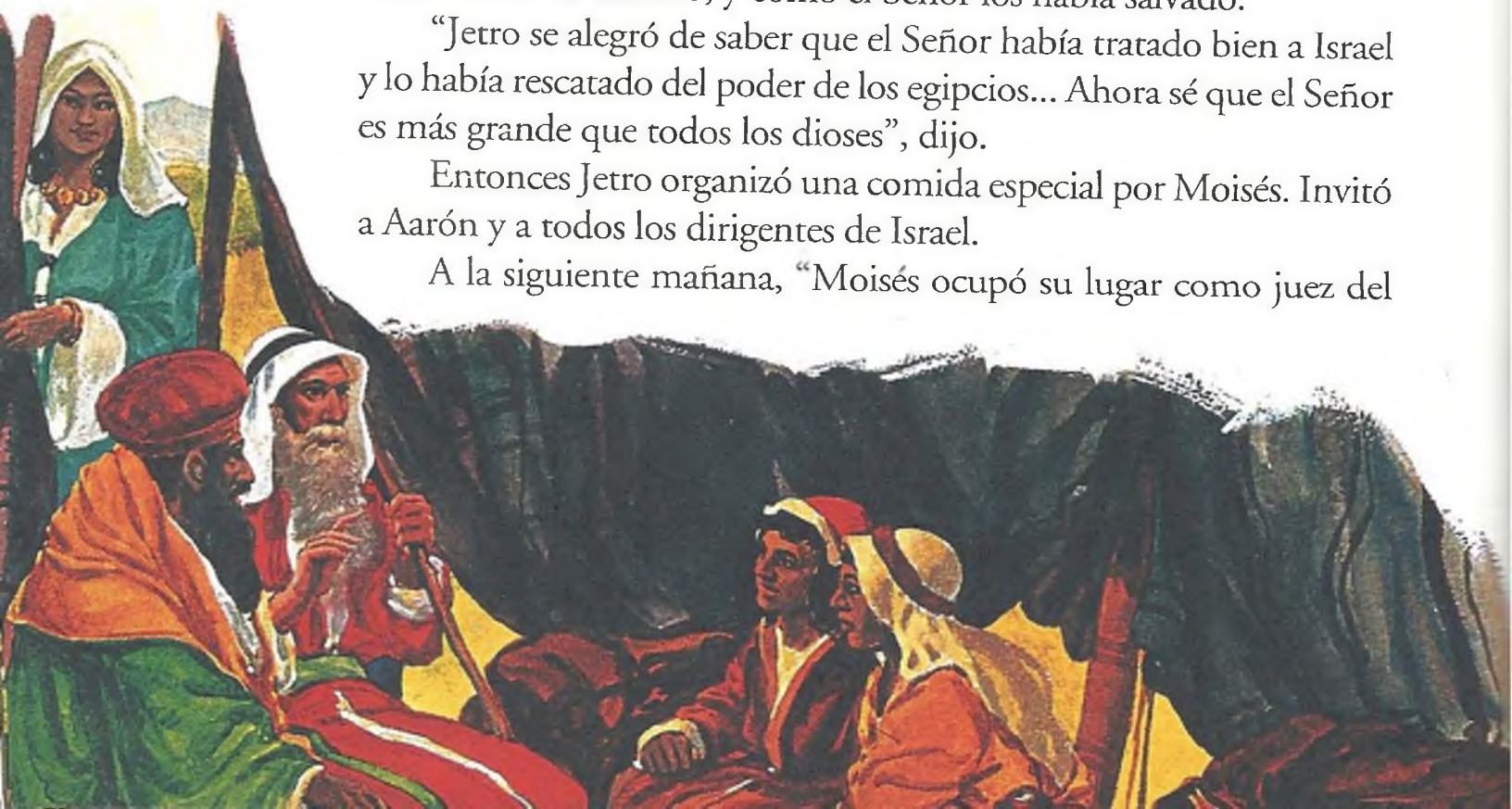
¡Imagínate cuán felices estaban los dos muchachos de ver otra vez a su padre! ¡Y cuán sorprendidos deben haberse sentido al ver tanta gente junta! Puesto que habían vivido todo el tiempo en el campo, cuidando los rebaños de su abuelo, ¡ni habían soñado que pudieran existir tantos hombres, mujeres y niños en el mundo!

¡Cuántas cosas habrán tenido para contarse! "Moisés le contó a su suegro todo lo que el Señor les había hecho al faraón y a los egipcios en favor de Israel, todas las dificultades con que se habían encontrado en el camino, y cómo el Señor los había salvado.

"Jetro se alegró de saber que el Señor había tratado bien a Israel y lo había rescatado del poder de los egipcios... Ahora sé que el Señor es más grande que todos los dioses", dijo.

Entonces Jetro organizó una comida especial por Moisés. Invitó a Aarón y a todos los dirigentes de Israel.

A la siguiente mañana, "Moisés ocupó su lugar como juez del



pueblo, y los israelitas estuvieron de pie ante Moisés desde la mañana hasta la noche".

Había tantos asuntos que requerían consejo entre los israelitas, y eran tantas las disputas que surgían entre ellos, que Moisés se pasaba todo el día aconsejando y juzgando.

Jetro observó atentamente lo que ocurría y, por la noche, cuando estuvo solo con Moisés, le dio un buen consejo.

–Tú no podrás soportar esta situación durante mucho tiempo –le dijo–. Vas a enfermarte muy pronto.

–Es que el pueblo viene a mí para consultar a Dios –respondió Moisés–, y yo les hago saber los mandatos de Dios y sus leyes.

–Lo que haces no está bien –prosiguió bondadosamente su suegro–. Ese trabajo es superior a tus fuerzas, y no puedes llevarlo tú solo.

Entonces le sugirió que repartiera su trabajo para que otros lo ayudaran a resolver los problemas menores:

–"Elige tú mismo entre el pueblo hombres capaces y temerosos de Dios, que amen la verdad y aborrezcan las ganancias mal habidas, y desígnalos jefes de mil, de cien, de cincuenta y de diez personas. Serán ellos los que funjan como jueces de tiempo completo, atendiendo los casos sencillos, y los casos difíciles te los traerán a ti. Eso te aligerará la carga, porque te ayudarán a llevarla".

El consejo era muy sabio. Moisés, con la mejor intención del mundo, estaba tratando de hacer mucho él solo. Se hallaba demasiado ocupado haciendo el bien. Amaba tanto a su pueblo que, como un padre amoroso, se esforzaba por atender todos los problemas y responder a todas las preguntas que los israelitas le traían. Pero nadie podría soportar por mucho tiempo una vida así. Como Jetro había

dicho muy bien, consumiría pronto sus fuerzas y moriría mucho antes de finalizar la tarea que Dios le había encomendado.

Por suerte, Moisés era lo suficientemente humilde como para aceptar consejos, algo que no siempre se puede decir de algunos muchachitos y niñas que yo conozco... "Moisés atendió a la voz de su suegro y siguió sus sugerencias. Escogió entre todos los israelitas hombres capaces, y los puso al frente de los israelitas como jefes de mil, cien, cincuenta y diez personas. Estos jefes fungían como jueces de tiempo completo, atendiendo los casos sencillos pero remitiendo a Moisés los casos difíciles".

Y fue una suerte que Moisés aceptara el buen consejo, porque estaban por ocurrir grandes acontecimientos. Muy pronto, debería pasar cuarenta días y cuarenta noches con Dios en la cumbre del monte Sinaí. Y si no hubiera encargado a otros la tarea de juzgar y aconsejar al pueblo en los asuntos comunes, no habría podido hacerse cargo de tareas mucho más importantes que el Señor quería confiarle.

Habría estado demasiado preocupado como para medir las más grandes oportunidades de su vida, demasiado atareado para recibir las tablas de la ley de manos de su divino Autor, demasiado ocupado para tratar con Dios cara a cara.

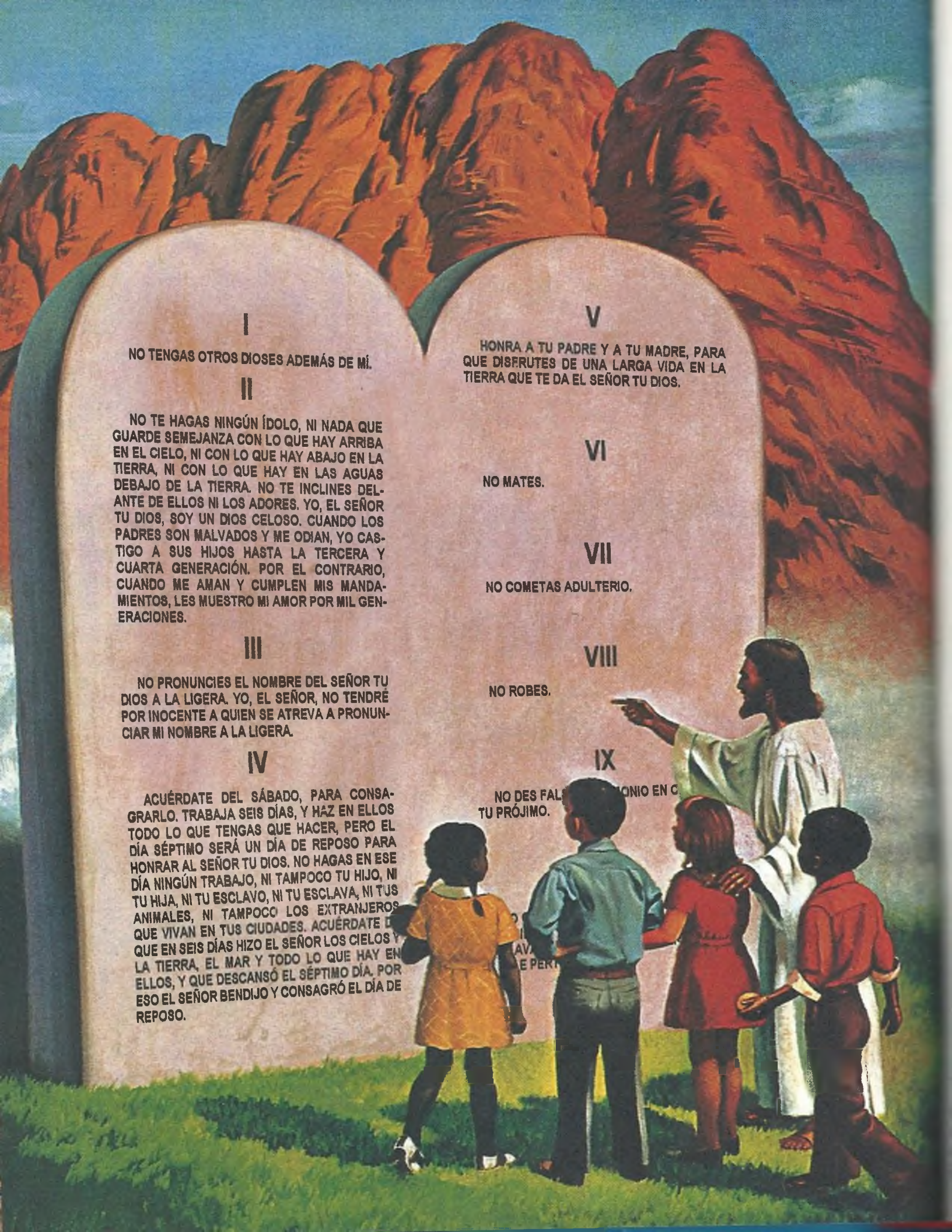
Sí, vale la pena aceptar los consejos de un hombre bueno.

CUARTA PARTE

Historias de

Moisés y el Santuario

(Éxodo 19:1 a Levítico 8:36)


I
NO TENGAS OTROS DIOSES ADEMÁS DE MÍ.
II
NO TE HAGAS NINGÚN ÍDOLO, NI NADA QUE GUARDE SEMEJANZA CON LO QUE HAY ARRIBA EN EL CIELO, NI CON LO QUE HAY ABAJO EN LA TIERRA, NI CON LO QUE HAY EN LAS AGUAS DEBAJO DE LA TIERRA. NO TE INCLINES DELANTE DE ELLOS NI LOS ADORES. YO, EL SEÑOR TU DIOS, SOY UN DIOS CELOSO. CUANDO LOS PADRES SON MALVADOS Y ME ODIAN, YO CASTIGO A SUS HIJOS HASTA LA TERCERA Y CUARTA GENERACIÓN. POR EL CONTRARIO, CUANDO ME AMAN Y CUMPLEN MIS MANDAMIENTOS, LES MUESTRO MI AMOR POR MIL GENERACIONES.
III
NO PRONUNCIES EL NOMBRE DEL SEÑOR TU DIOS A LA LIGERA. YO, EL SEÑOR, NO TENDRÉ POR INOCENTE A QUIEN SE ATREVA A PRONUNCIAR MI NOMBRE A LA LIGERA.
IV
ACUÉRDATE DEL SÁBADO, PARA CONSAGRARLO. TRABAJA SEIS DÍAS, Y HAZ EN ELLOS TODO LO QUE TENGAS QUE HACER, PERO EL DÍA SÉPTIMO SERÁ UN DÍA DE REPOSO PARA HONRAR AL SEÑOR TU DIOS. NO HAGAS EN ESE DÍA NINGÚN TRABAJO, NI TAMPOCO TU HIJO, NI TU HIJA, NI TU ESCLAVO, NI TU ESCLAVA, NI TUS ANIMALES, NI TAMPOCO LOS EXTRANJEROS QUE VIVAN EN TUS CIUDADES. ACUÉRDATE D
QUE EN SEIS DÍAS HIZO EL SEÑOR LOS CIELOS Y
LA TIERRA, EL MAR Y TODO LO QUE HAY EN
ELLOS, Y QUE DESCANSÓ EL SÉPTIMO DÍA. POR
ESO EL SEÑOR BENDIJO Y CONSAGRÓ EL DÍA DE
REPOSO.
V
HONRA A TU PADRE Y A TU MADRE, PARA QUE DISFRUTES DE UNA LARGA VIDA EN LA TIERRA QUE TE DA EL SEÑOR TU DIOS.
VI
NO MATES.
VII
NO COMETAS ADULTERIO.
VIII
NO ROBES.
IX
NO DES FAL ONIO EN C
TU PRÓJIMO.

Las diez reglas de oro

(Éxodo 19; 20:1-17; 31:18)

TRES meses después de la salida de los israelitas de Egipto, todavía no han llegado a Canaán. Estaban acampados en un ardiente desierto, a la sombra del monte Sinaí. En lugar de dirigirse hacia el norte, la columna de nube había seguido avanzando hacia el sur. Allí estaban, a centenares de kilómetros de donde habían esperado hallarse por ese entonces.

¿Por qué había obrado así Dios?

Tenía algunas lecciones que quería que su pueblo aprendiera. Necesitaba tiempo y un lugar apartado del resto del mundo para instruirlos. Dado que tenía un gran futuro para Israel, quería que ellos estuvieran bien cerca de él por un tiempo, hasta que comprendieran perfectamente qué clase de pueblo deseaba el Señor que llegara a ser y qué privilegiada tarea quería encomendarle.

Porque Dios no había liberado a su pueblo de una manera tan maravillosa para que llegase a ser solo una nación como las demás. Quería que fueran un pueblo completamente diferente.

La simiente de Eva, Jesús, que aplastaría la cabeza de la ser-

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

primeros cuatro mandamientos del Decálogo enseñan nuestros deberes para con Dios; y los os seis, nuestros deberes para con el pró- Dios nunca cambió esta ley perfecta.

piente, nacería de uno de sus descendientes. Por esa razón, el Señor deseaba que llegaran a ser sus principales ayudantes en la tarea de dar a conocer el plan de salvación a todos los pueblos. Ellos, por encima de los demás, serían los encargados de revelar el amor que Dios siente por este mundo, cómo lo creó al principio y cómo proyecta restaurarlo a su belleza edénica un día futuro.

Y para poder hablar a otros de un Dios santo, ellos mismos debían serlo. Tenían que aprender a distinguir entre el bien y el mal, y a elegir siempre lo correcto. Debían saber por qué el pecado es tan despreciable, y tenían que despreciarlo.

Pero ¿cómo podían llegar a ser un pueblo santo si sabían tan poco de lo que Dios esperaba de ellos? Es verdad que, a través de Abram, Isaac, Jacob, José y sus propios padres, habían llegado a tener algún conocimiento de las leyes y los mandamientos de Dios. Sin embargo, durante los largos y tristes años de esclavitud en Egipto, en los que habían tenido que vivir y trabajar entre idólatras, se habían olvidado de muchas de las enseñanzas de Dios.

Y porque el Señor sabía todo esto, decidió hablarles desde el Sinaí para dar a conocer su voluntad tan claramente como para que no hubiera nunca más errores, olvidos o confusiones. Primero, le dijo a Moisés que ordenara a cada israelita que lavara sus ropas. Debían prepararse para la ocasión, que sería tan solemne y majestuosa, que no la olvidarían mientras vivieran.

–"Diles... que se preparen para el tercer día, porque en ese mismo día yo descenderé sobre el monte Sinaí" –dijo Dios.

¡Imagínate la agitación que reinaba en el campamento! El Dios todopoderoso que los había salvado de los egipcios, que había abierto un camino a través del mar, que les había enviado pan del cielo y los había provisto de agua proveniente de la roca; ese Dios maravilloso con quien habían hablado y soñado desde la niñez, iba a hablarles.

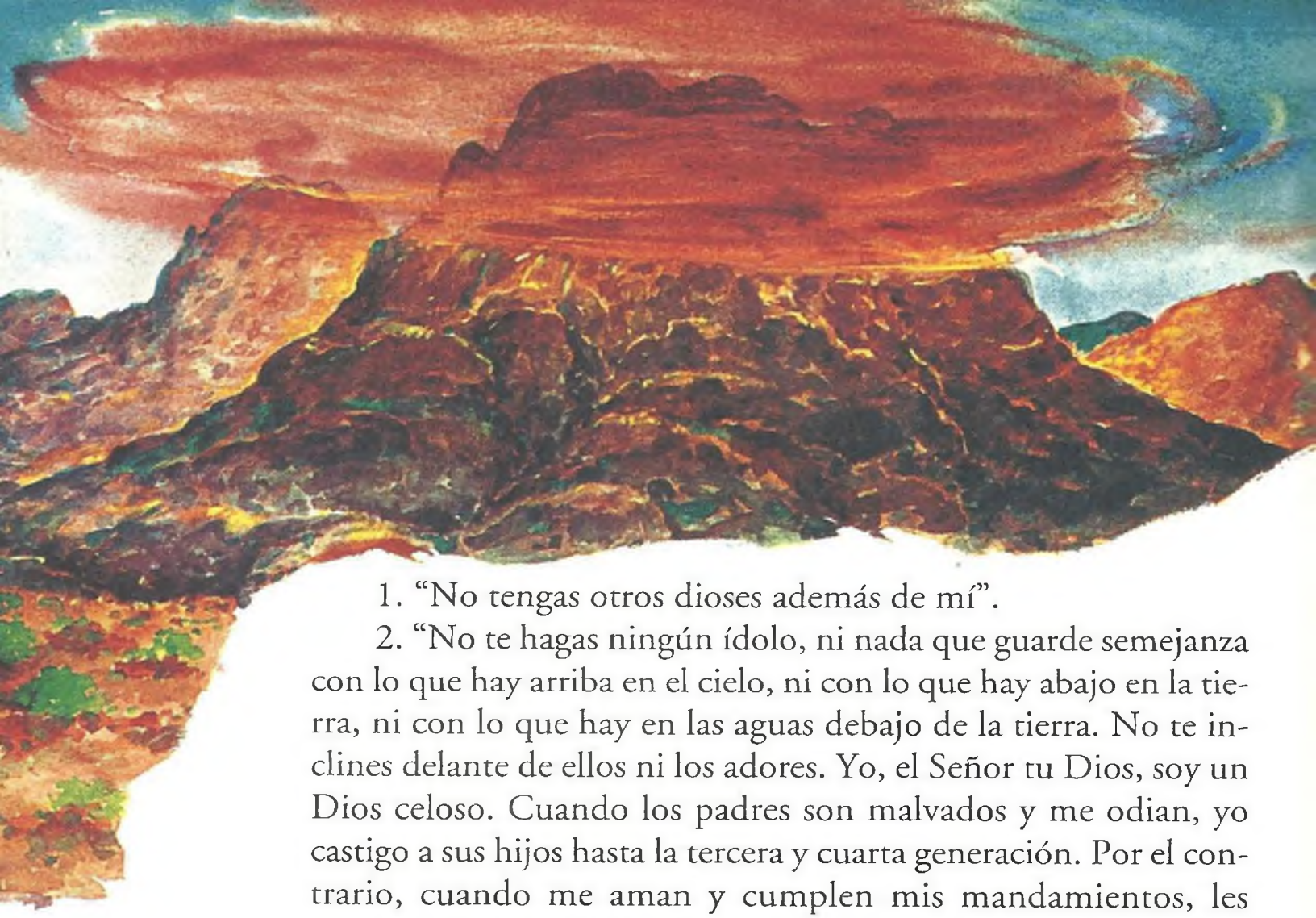
Los días de preparación pasaron volando. Y a la mañana del tercer día, el Sinaí amaneció como un volcán, con la cumbre envuelta en una nube ardiente. Había "truenos y relámpagos, y una densa nube se posó sobre el monte... El monte estaba cubierto de humo, porque el Señor había descendido sobre él en medio de fuego. Era tanto el humo que salía del monte, que parecía un horno; todo el monte se sacudía violentamente".

Aquel era un espectáculo impresionante, y los hijos de Israel estaban realmente asustados. Hasta los niños y las niñas permanecían en silencio mientras observaban, con los ojos bien abiertos de admiración, el pavoroso espectáculo.

De repente, desde la parte más alta del monte, de entre el fuego y el humo, provino un sonido admirable, profundo, lleno, melodioso. Era la voz de Dios.

"Dios habló, y dio a conocer todos estos mandamientos: 'Yo soy el Señor tu Dios. Yo te saqué de Egipto, del país donde eras esclavo'".

Entonces el Señor dio a conocer su santa voluntad mediante Diez Mandamientos:



1. "No tengas otros dioses además de mí".

2. "No te hagas ningún ídolo, ni nada que guarde semejanza con lo que hay arriba en el cielo, ni con lo que hay abajo en la tierra, ni con lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te inclines delante de ellos ni los adores. Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso. Cuando los padres son malvados y me odian, yo castigo a sus hijos hasta la tercera y cuarta generación. Por el contrario, cuando me aman y cumplen mis mandamientos, les muestro mi amor por mil generaciones".

3. "No pronuncies el nombre del Señor tu Dios a la ligera. Yo, el Señor, no tendré por inocente a quien se atreva a pronunciar mi nombre a la ligera".

4. "Acuérdate del sábado, para consagrarlo. Trabaja seis días, y haz en ellos todo lo que tengas que hacer, pero el día séptimo será un día de reposo para honrar al Señor tu Dios. No hagas en ese día ningún trabajo, ni tampoco tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tus animales, ni tampoco los extranjeros que vivan en tus ciudades. Acuérdate de que en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y que descansó el séptimo día. Por eso el Señor bendijo y consagró el día de reposo".

5. "Honra a tu padre y a tu madre, para que disfrutes de una larga vida en la tierra que te da el Señor tu Dios".

6. "No mates".

7. "No cometas adulterio".

8. "No robes".

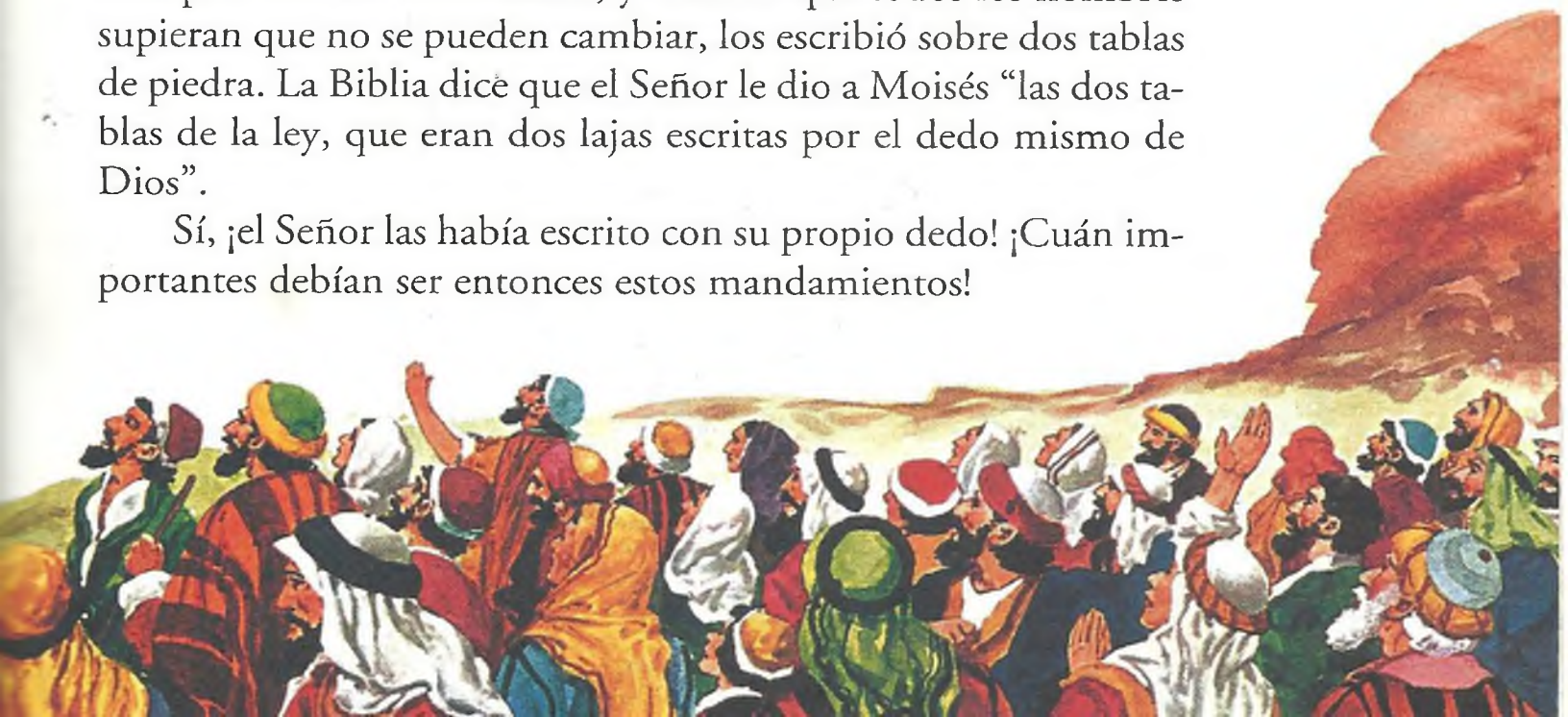
9. "No des falso testimonio en contra de tu prójimo".

10. "No codicies la casa de tu prójimo: No codicies su esposa, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su burro, ni nada que le pertenezca".

Mientras los israelitas escuchaban, se sintieron profundamente conmovidos. Esa voz amorosa, que hablaba con tanta majestad y poder, y sin embargo con una ternura que no habían conocido antes, conmovió el corazón de cada uno. Los hizo desear ser buenos. Si esa era la voluntad de Dios, pensaron, entonces deseaban obedecerla. Por eso, dijeron al unísono: "Haremos todo lo que el Señor ha dicho". Lo repitieron tres veces, y creo que fueron sinceros.

Sin embargo, Dios sabía cuán pronto se olvidarían de esas palabras, y sabía también que algunos comenzarían a hacer preguntas acerca de lo que él había dicho. Por eso, porque los mandamientos expresaban su santa voluntad no solo para los israelitas sino para toda la humanidad, y a fin de que todos los hombres supieran que no se pueden cambiar, los escribió sobre dos tablas de piedra. La Biblia dice que el Señor le dio a Moisés "las dos tablas de la ley, que eran dos lajas escritas por el dedo mismo de Dios".

Sí, ¡el Señor las había escrito con su propio dedo! ¡Cuán importantes debían ser entonces estos mandamientos!



El Señor Jesús también los consideró así. Pues cuando muchos años después de esta maravillosa escena en el Sinaí, nuestro amante Salvador vino a enseñarnos cómo vivir y a revelar una vez más el carácter y la voluntad de Dios, dijo: "Les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra ni una tilde de la ley desaparecerán hasta que todo se haya cumplido". [1]

Y luego agregó estas solemnes palabras: "Todo el que infrinja uno solo de estos mandamientos, por pequeño que sea, y enseñe a otros a hacer lo mismo, será considerado el más pequeño en el reino de los cielos; pero el que los practique y enseñe será considerado grande en el reino de los cielos". [2]

Todavía hoy esos Diez Mandamientos preciosos reflejan la voluntad de Dios para nosotros. Y todos los que lo aman de veras se esforzarán por guardarlos con su ayuda. Como los israelitas de antaño, expresarán con alegría y convicción: "Haremos todo lo que el Señor ha dicho".

[1] Mateo 5:18.
[2] Mateo 5:19.

Las leyes de "tránsito" de Israel

(Éxodo 20:21-26; 21; 22; 23; 24)

LUEGO de hablar desde el Sinaí, presentándoles a los hijos de Israel sus diez reglas de oro para la vida, les dio muchas otras leyes que los ayudarían a vivir pacíficamente.

Hoy tenemos leyes de tránsito que nos dicen cuán rápido podemos manejar, qué hacer cuando se detiene un ómnibus escolar y cuán lejos permanecer de un carro de bomberos. Estas reglas nos ayudan a movernos con seguridad y eficiencia en las autopistas. Las leyes que Dios le dio a Israel fueron pensadas para ayudar a su pueblo a comprender cómo tratar con los problemas que surgían en el campamento.

A diferencia de los Diez Mandamientos, que eran permanentes y que se aplicaban a todos los hombres del mundo, la mayoría de estas leyes de "tránsito" no. La mayoría ha pasado de moda. Pero fueron de gran importancia en aquel tiempo, porque los israelitas habían estado viviendo como esclavos durante muchos, muchos años, y ninguno de ellos sabía cómo actuar como hombres y mujeres libres. Algunos hasta seguían creyendo en las ventajas de tener esclavos. No conocían nada mejor.

Dios tuvo que educarlos y, por eso, mediante Moisés, les enseñó una lección tras otra. Era imposible hacerlos cambiar de manera de pensar en un momento. Por eso, el Señor lo fue haciendo poco a poco.

Por ejemplo, al saber lo que algunos pensaban acerca de la esclavitud, ordenó que, si alguien compraba un esclavo, después de seis años de servicio, el esclavo "recobrará su libertad sin pagar nada a cambio".

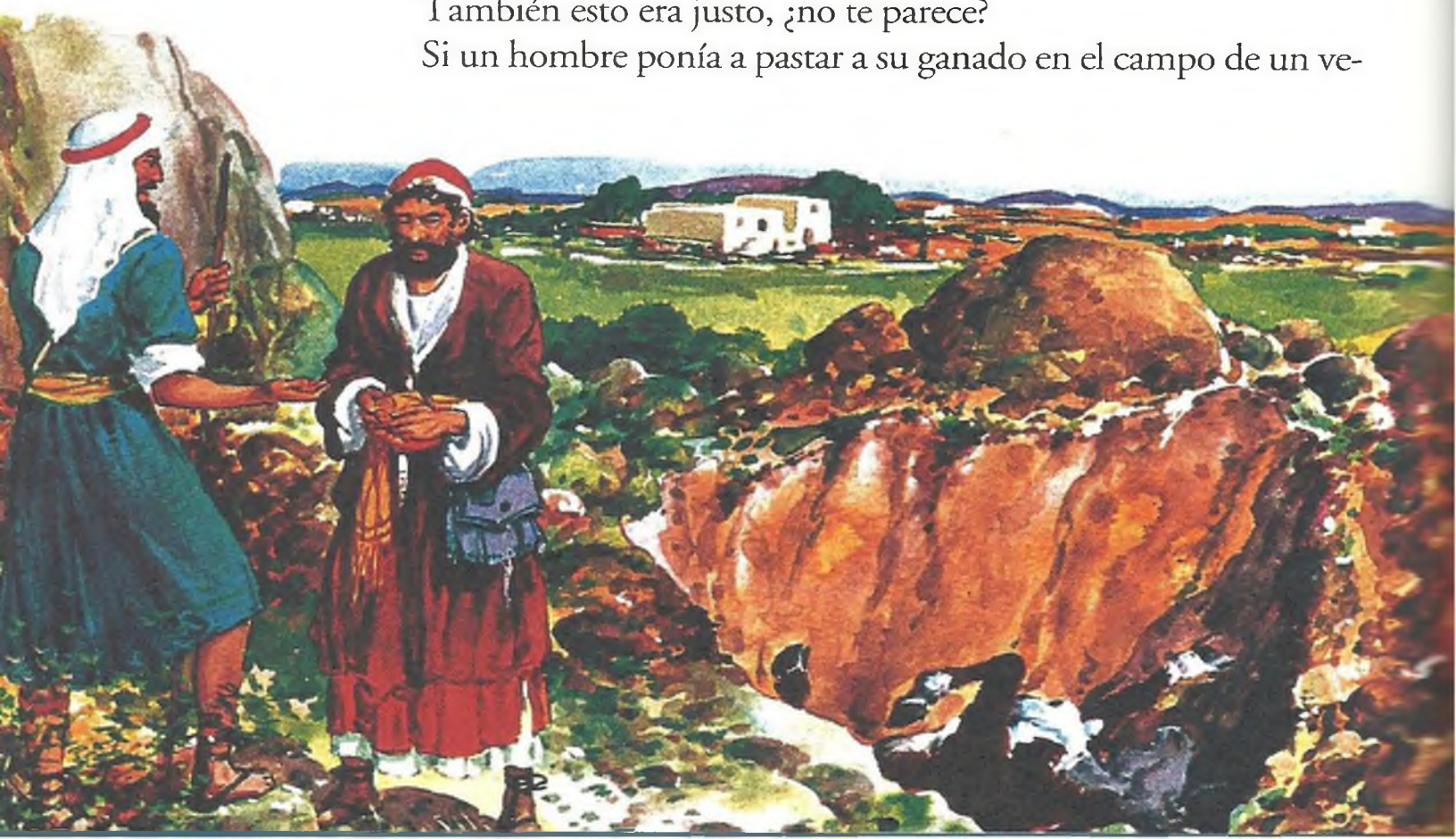
Había también otras leyes interesantes como esta:

Si dos hombres se peleaban, y uno golpeaba al otro con una piedra o con el puño, y lo lastimaba de tal manera que el herido debía guardar cama, el que lo había lastimado debía "indemnizar al herido por daños y perjuicios". Esto era una regla justa y me imagino que habrá evitado un gran número de peleas.

"Si alguien deja abierto un pozo, o cava un pozo –decía otra de las reglas– y no lo tapa, y llegan a caerse en él un buey o un asno, el dueño del pozo indemnizará al dueño del animal, y podrá quedarse con el animal muerto".

También esto era justo, ¿no te parece?

Si un hombre ponía a pastar a su ganado en el campo de un ve-



cino, debía restituir la pérdida dándole a su vecino "lo mejor de su cosecha".

"Si un toro cornea a otro toro, y el toro corneado muere, se venderá el toro vivo, y los dos dueños se repartirán por partes iguales el dinero y el animal muerto". Así los dos dueños quedaban satisfechos, ¿verdad?

Otro reglamento que les dio Moisés es que nunca debían aceptar obsequios con fines de soborno, porque en esos casos el regalo "nubla la vista y tuerce las sentencias justas". ¡Cuán cierto es esto!

"No opriman al extranjero", fue otra ley muy correcta, y esta es la razón que Dios dio: "Pues ya lo han experimentado en carne propia: ustedes mismos fueron extranjeros en Egipto".

Pacientemente, día tras día, Moisés trató de enseñar al pueblo todos estos principios de conducta. Sin duda, habrán surgido muchas preguntas. Algunos preguntaban: "¿Qué haremos en este caso, y cómo resolveremos aquel pleito?" Me imagino que mediante los jefes de mil, de cien, de cincuenta y de diez trató de resolver cada problema y de enseñar al pueblo el camino correcto.

Supongo que estos reglamentos no les habrán gustado a todos. Algunos preferían seguir actuando como antes. Pero los jefes se esforzaron por hacer cumplir estas nuevas leyes y gradualmente el pueblo comprendió que valía la pena obedecerlas. Sin embargo, no debe haber sido fácil imponerlas.

Cierto día, Moisés llamó a los ancianos de Israel y les comunicó que Dios le había ordenado que volviera a subir al monte, esta vez en compañía de Josué.

–"Esperen aquí hasta que volvamos. Aarón y Jur se quedarán aquí con ustedes. Si alguno tiene un problema, que acuda a ellos".

De modo que mientras Aarón y Jur quedaban a cargo del campamento, Moisés y Josué se despidieron de los ancianos y comenzaron a ascender lentamente hacia la cumbre de la montaña.

"La gloria del Señor se posó sobre el Sinaí" y "a los ojos de los israelitas, la gloria del Señor en la cumbre del monte parecía un fuego consumidor. Moisés se internó en la nube y subió al monte".

Cuando Moisés y Josué desaparecieron, Aarón y los que estaban con él iniciaron el regreso hacia el campamento, preguntándose durante cuánto tiempo estaría ausente Moisés y qué ocurriría con él mientras estuviera allí arriba con Dios.

Él había dicho que volvería. Pero ¿podría hacerlo? ¿Era imposible que alguien saliera con vida de ese fuego devorador? ¿Qué harían si no volvía más? ¿Qué ocurriría con ese numeroso pueblo? ¿Cómo podrían llegar a Canaán sin su conducción?

No pasó mucho tiempo antes de que otros, en el campamento, comenzaran a hacer las mismas preguntas. Y a medida que pasaba un día tras otro, y no había señales de Moisés, todo el mundo comenzó a preocuparse más y más por su suerte. Una semana, dos semanas, tres semanas... pasaron cuatro semanas sin que se oyera nada de él. Y el monte seguía envuelto en la nube.

"Moisés debe haber muerto –comenzaron a decir–. Es mejor que nos volvamos a Egipto".

Moisés en el monte

(Éxodo 24:18 a 32:19)

MOISÉS permaneció en la cumbre del monte Sinaí durante "cuarenta días y cuarenta noches", casi seis semanas.

¿Qué estuvo haciendo allí durante todo ese tiempo? Algo muy importante. Estaba escuchando lo que Dios le decía, y ¡qué hermosa historia oyó!

Dios le dijo que había hecho planes de venir a morar entre los israelitas y que, por eso, deseaba que le construyeran un lugar especial. "Me harán un santuario –le dijo–, para que yo habite entre ustedes".

No debía ser un gran palacio ni un templo majestuoso, sino una sencilla tienda de campaña o "tabernáculo". Pero a pesar de la sencillez, cada detalle debía hacerse a la perfección, pues cada parte tendría un significado especial.

Por esta razón Moisés permaneció tanto tiempo en la montaña. Tan interesado estaba el Señor en que el tabernáculo se hiciera como correspondía, que le explicó en detalle todo lo que debía hacer. Moisés lo debe haber puesto por escrito, porque de lo contrario nunca podría haber recordado tantas cosas.

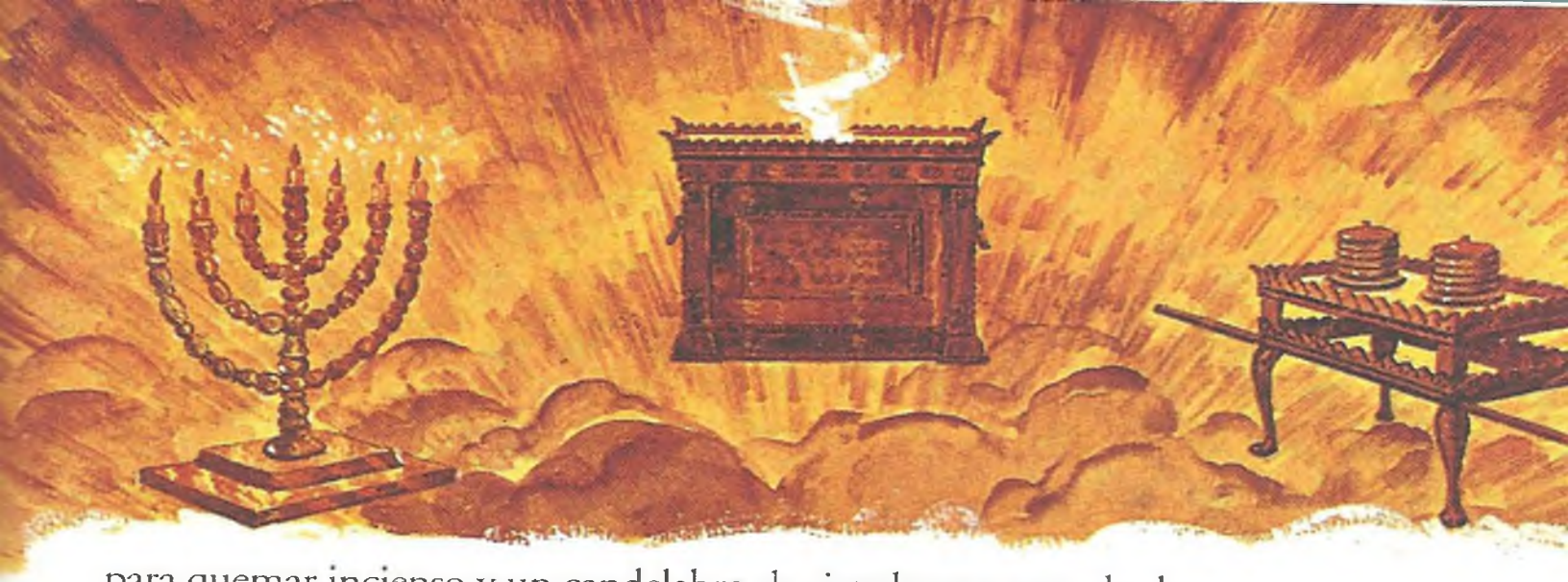
El edificio se parecería en cierto sentido a la morada de Dios en el cielo. Esto no quiere decir que Dios esperaba que Moisés edificara algo tan magnífico y glorioso como aquello. Además, aunque se hubiera esforzado muchísimo para hacerlo, jamás hubiera podido lograrlo. Lo que sí debía hacer era seguir el plan general. "Procura –dijo Dios– que todo esto sea una réplica exacta de lo que se te mostró en el monte".

Por supuesto, Dios no necesitaba una morada para él. Pero el pueblo sí la necesitaba para su propio bien. Allí el Señor les enseñaría otras lecciones que los israelitas debían aprender. Allí trataría de ayudarlos a comprender cuánto los amaba y cuán grande sacrificio estaba dispuesto a hacer para la salvación de cada uno. Allí haría lo posible para hacerles entender cuánto odia al pecado y cómo podrían eliminarlo de sus vidas para llegar a ser el pueblo puro, santo y justo que el Señor deseaba que fuera.

El santuario o tabernáculo debía ser portátil, para que se lo pudiera llevar de un lugar a otro a medida que los hijos de Israel avanzaran hacia Canaán. Las paredes debían ser de madera recubierta de oro puro. El techo estaría formado por cuatro diferentes cubiertas: la interior sería de lienzo de lino fino teñido de azul, púrpura y carmesí; la segunda, de pelo de cabras; la tercera, de pieles de carnero teñidas de rojo; y la exterior, de pieles resistentes de otro animal.

El tabernáculo tendría 16,5 metros de largo, por 5,5 metros de alto, y otro tanto de ancho. Además, estaría dividido en dos secciones, a las que Dios denominó el lugar santo y el lugar santísimo. Una hermosa cortina de color azul, púrpura y escarlata, con figuras de ángeles entretejidas en ella, establecería la separación.

Dios indicó que debía haber muy pocos muebles en el tabernáculo. En el lugar santo solo debía haber una mesa para pan, un altar



para quemar incienso y un candelabro de siete brazos para dar luz.

Los panes de la proposición, como los llamaba, recordarían al pueblo que Dios estaba dispuesto a suplir todas sus necesidades, y además señalarían a Jesús, el Pan de vida. El fragante incienso les indicaría que sus oraciones, mezcladas con la fragancia del amor de Jesús, siempre llegarían a oídos de Dios. Y las luces del candelabro, que nunca debían apagarse, los haría pensar en que la luz de la verdad brilla para siempre así como Jesús, la Luz del mundo, vive eternamente.

Dentro del lugar santísimo, Moisés debía colocar un hermoso cofre rectangular, llamado arca, hecho de madera de acacia y cubierto de oro puro, dentro del que colocaría las tablas de piedra inscritas con los Diez Mandamientos. En la parte superior del arca tenía que poner una plancha de oro, llamada propiciatorio, y dos querubines de oro que miraran hacia abajo reverentemente. Dios le dijo a Moisés que manifestaría su presencia en ese lugar.

Cuando uno se detiene a pensar en este detalle, reconoce su hermoso simbolismo: el Señor hizo que se colocara el propiciatorio –vale decir, un lugar en que él se mostraba propicio o favorable– entre él y su ley. El Señor deseaba que sus hijos supieran que, aunque a veces transgredieran su ley, él estaría siempre listo a perdonarlos, si se arrepentían y le pedían perdón.

Luego de esto, Dios le explicó a Moisés qué servicios religiosos

deberían efectuarse en el tabernáculo, y por qué tendrían que ofrecerse animales en sacrificio. Por supuesto, no era porque a Dios le gusta ver sufrir, sino porque deseaba que los hijos de Israel comprendieran cuán terrible es el pecado ante su vista, y que la muerte es un castigo. De modo que el pecador tendría que matar a un cordero inocente para demostrar que él merecía morir, pero que en su lugar ofrecía un cordero. Este animalito inocente sería un símbolo de Jesús, el "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo",* y que algún día moriría en el Calvario.

Así, durante cuarenta días y cuarenta noches, Dios le explicó a Moisés lo que deseaba que hiciera. Hasta nombró a las personas que debían actuar como sacerdotes y describió las bellas vestiduras que debían llevar. Por fin, el último día, el Señor le dio a Moisés un hermoso regalo: "las dos tablas de la ley, que eran dos lajas escritas por el dedo mismo de Dios".

¡Qué tesoro! ¡Imagínate lo que estas "tablas de piedra" valdrían hoy! Miles de millones de dólares no podrían comprarlas. "Tanto las tablas como la escritura grabada en ellas eran obra de Dios".

Justo antes de que Moisés bajara del monte, Dios le dio algunas malas noticias. "Se ha corrompido el pueblo que sacaste de Egipto. Demasiado pronto se han apartado del camino que les ordené seguir". Moisés estaba confundido. No sabía qué decir. Dios continuó: "No sólo han fundido oro y se han hecho un ídolo en forma de becerro, sino que se han inclinado ante él, le han ofrecido sacrificios".

Ahora, se había esfumado toda la emoción de haber pasado seis semanas a solas con Dios. Las invaluables tablas de la ley de Dios, que Moisés sostenía en sus brazos, ya no le parecían un tesoro.

Cuando Moisés alcanzó el lugar en que Josué lo estaba es-

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

En el peregrinar de los israelitas por el desierto, Dios llamó a Moisés a la cumbre del Sinaí y le dio los Diez Mandamientos que él mismo escribió sobre dos tablas de piedra.

perando, Josué dijo:

–"Se oyen en el campamento gritos de guerra".

Moisés se detuvo a escuchar. Luego, sacudió su cabeza con tristeza.

–"No son gritos de victoria, ni tampoco lamentos de derrota –dijo–; más bien, lo que escucho son canciones".

Ambos apresuraron el paso, preguntándose qué ocurriría. Y repentinamente, al doblar un recodo del sendero, vieron el becerro en medio del campamento. Los hijos de Israel estaban danzando a su alrededor.

Eso fue demasiado para Moisés. "¡No! –me parece oírlo decir–. ¡No es posible que tan pronto hayan caído en la idolatría!"

Pero así era. Menos de seis semanas después de haber prometido a Dios servirle con lealtad para siempre, el pueblo había quebrantado los dos primeros mandamientos.

Terriblemente chasqueado y enojado, Moisés arrojó al suelo las preciosas tablas de piedra que, hechas trizas, rodaron repiqueteando por la ladera de la montaña.

* Juan 1:29.

Problemas en el campamento

(Éxodo 32:20-29)

CUANDO Moisés irrumpió en el campamento, su rostro brillaba por haber estado hablando con Dios en el monte. Sus ojos lanzaban chispas de ira por el espectáculo del becerro de oro. El pueblo retrocedió consternado y con miedo. Los que habían estado danzando alrededor del ídolo corrieron a buscar ropa con que cubrirse. Todos sabían que habían obrado mal.

Con paso tímido, Aarón se adelantó.

–"¿Qué significa esto? –le preguntó Moisés–. ¿Qué te hizo este pueblo? ¿Por qué lo has hecho cometer semejante pecado?"

Aarón no sabía qué contestar.

–"Hermano mío, no te enojes –contestó Aarón–. Tú bien sabes cuán inclinado al mal es este pueblo. Ellos me dijeron: 'Tienes que hacernos dioses que marchen al frente de nosotros, porque a ese Moisés que nos sacó de Egipto, ¡no sabemos qué pudo haberle pasado!'".

Esta era una pobre excusa y revela cuánto más débil de carácter era Aarón que Moisés. Muestra también cuán poco habían comprendido los israelitas el carácter de Dios y la importancia de sus mandamientos que, solo seis semanas antes,

habían prometido obedecer fielmente.

–¿Y cómo explicas lo del ídolo? –insistió Moisés–. ¿Cómo apareció?

Aarón trató de buscar una explicación.

–"Yo les contesté que todo el que tuviera joyas de oro se desprendiera de ellas. Ellos me dieron el oro, yo lo eché al fuego, ¡y lo que salió fue este becerro!"

¡Pero un ídolo no surge por casualidad del fuego! Aarón lo sabía bien. Dios no realiza un milagro para crear un ídolo. Alguien debe preparar el molde y verter en él el metal derretido. Nada había ocurrido por casualidad. Todo era consecuencia de un pecado consciente y vergonzoso.

–"¡Enciendan un fuego!" –ordenó Moisés.

Así se hizo, y cuando el calor llegó al máximo, arrojó el becerro de oro en él. Así, el pueblo pudo ver cómo su pobre dios se iba derritiendo poco a poco. Cuando el metal se enfrió, Moisés pidió martillos y ordenó a varios hombres que redujeran el oro a hojas delgadas como papel. Todo el campamento oyó el ruido, y muchos se congregaron para observar, curiosos, cómo el oro se iba estirando más y

más bajo el incesante martilleo.

¡Paf! ¡Clang! ¡Paf! ¡Clang! ¡Paf! ¡Clang!...

El golpeteo siguió por varias horas. ¡Israel no olvidaría fácilmente lo que Dios pensaba acerca de los ídolos!

Cuando el oro había sido reducido a una hoja muy fina, Moisés pidió que se le trajeran piedras de moler, de las que el pueblo usaba para reducir a harina sus cereales.

Todo el mundo observaba con asombro los movimientos. "¿Qué se propondrá hacer ahora? –se preguntaban–. ¿Moler el oro?"

Exactamente. Moisés rompió las hojas de oro en trozos y se las dio a los que tenían las piedras de moler.

–Y ahora, ¡a moler! –les ordenó. Las grandes piedras daban vueltas, vueltas y más vueltas, mientras las hojas de oro se iban reduciendo a fragmentos cada vez más y más pequeños.

–¿Cuánto más hay que moler? –preguntó uno, fatigado.

–¡Sigan moliendo! –respondió Moisés. Y así se lo hizo hasta que el becerro de oro quedó convertido en finísimo polvo.

Probablemente, el pueblo pensó que ahora, que el becerro de oro estaba completamente destruido, Moisés esparciría el polvo y daría por terminado el asunto. ¡Pero no! Hizo reunir el polvo y colocarlo en un recipiente. Entonces se encaminó hacia la base del monte Sinaí, donde corría un arroyo veloz. El pueblo lo siguió, atemorizado y curioso. Todos vieron cómo Moisés arrojaba algo del polvo de oro en el agua; después, más y más. El agua se volvió roja, como ocurre siempre que se la mezcla con oro. Al observarla, la multitud lanzó un grito de alarma.

–¡Sangre! –exclamaron–. ¡El agua se ha vuelto sangre!

–¡Bébanla! –les ordenó Moisés–. ¡Todos a beber!

Los israelitas se acercaron y, agachándose, bebieron el agua mezclada con el oro molido que una vez había sido el becerro de oro que ellos habían adorado.

Había llegado el momento de tomar medidas. Las cosas no podían seguir así. Los rebeldes podían tomar el mando del campamento por la fuerza y arruinar así lo que Dios estaba tratando de hacer por Israel. Debían ser castigados severamente y de inmediato.

Moisés se puso en pie a la puerta del campamento y exclamó:

–"Todo el que esté de parte del Señor, que se pase de mi lado".

¡Qué momento de tensión! ¿Cómo responderían los israelitas? ¿Habría alguno que se pondría del lado de Dios?

De repente, hubo una agitación en el campamento. La gente venía corriendo, ancianos, jóvenes.

–"¡Nosotros! –gritaban–. ¡Nosotros estamos del lado del Señor!"

Los primeros en venir fueron los hijos de Leví. Moisés les dijo que tomaran sus espadas y que cruzaran el campamento de puerta a puerta matando a los rebeldes, sin perdonar a uno.

Aquel fue un momento muy triste. Tres mil personas perdieron la vida. Y pensar que todas ellas habían pasado el Mar Rojo y esperaban entrar en Canaán. Ahora estaban muertas. ¡Qué precio más caro debieron pagar por adorar al becerro de oro!

Cara a cara con Dios

(Éxodo 32:30 a 34:8)

EL temor y la tristeza dominaban el campamento esa noche. Los israelitas acababan de enterrar a sus muertos, y se preguntaban qué castigo les esperaba todavía a causa de su terrible pecado de adorar el becerro de oro.

Nunca habían visto tantos muertos desde la última noche en Egipto, y en aquella ocasión eran los egipcios lo que habían sufrido. Ahora, tres mil de los suyos habían sido muertos en un solo día; ¿y quién podría predecir cuántos más morirían todavía?

Moisés también estaba preocupado. Sabía que Dios se había sentido muy disgustado. A la mañana siguiente, llamó al pueblo y dijo:

–"Ustedes han cometido un gran pecado. Pero voy a subir ahora para reunirme con el Señor, y tal vez logre yo que Dios les perdone su pecado".

Con el corazón cargado de tristeza, Moisés volvió a subir por la ladera del Sinaí. Al entrar otra vez en la nube y sentirse en la presencia de Dios, exclamó:

–"¡Qué pecado tan grande ha cometido este pueblo al ha-

cerse dioses de oro! Sin embargo, yo te ruego que les perdones su pecado. Pero si no vas a perdonarlos, ¡bórrame del libro que has escrito!"

Uno casi puede percibir el sollozo que quebraba su voz. La oración interrumpida –" te ruego que les perdones su pecado..."– revela cuán profunda era su tristeza. Y cuando dijo: "si no vas a perdonarlos, ¡bórrame del libro que has escrito!", le estaba pidiendo a Dios que le permitiera morir a él en lugar de su pueblo, ofreciéndose así en sacrificio para que los israelitas pudieran vivir.

Por supuesto, el señor no le permitiría hacer eso; pero le habrá agradado mucho observar la devoción a su fiel siervo.

–"Sólo borraré de mi libro a quien haya pecado contra mí" –le dijo.

Por un instante, Moisés debe haberse preguntado si con eso Dios quería decir que iba a matar a todo el pueblo por lo que había hecho. Pero no, en su gran misericordia el Señor le dijo:

–"Tú ve y lleva al pueblo al lugar del que te hablé. Delante de ti irá mi ángel".

De modo que se le concedía a Israel otra oportunidad.

Dios y Moisés tenían una relación tan cercana y se conocían

tan bien, que hablaban como si fueran amigos íntimos. La Biblia dice: "Y hablaba el Señor con Moisés cara a cara, como quien habla con un amigo". Esto no quiere decir que Moisés veía realmente la cara de Dios. Pero Moisés todavía anhelaba ver a Dios.

–"Déjame verte en todo tu esplendor" –oró.

–"Voy a darte pruebas de mi bondad, y te daré a conocer mi nombre –respondió Dios–. Pero debo aclararte que no podrás ver mi rostro, porque nadie puede verme y seguir con vida".

Moisés quiso saber cómo iba a ocurrir esto, y el Señor le explicó:

–"Cuando yo pase en todo mi esplendor, te pondré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano, hasta que haya pasado".

Y así fue como cierto día Dios le dijo:

–"Prepárate para subir mañana a la cumbre del monte Sinaí, y presentarte allí ante mí".

Le ordenó, además, que llevara consigo dos tablas de piedra iguales a las que había roto para que Dios pudiera escribir de nuevo su ley sobre ellas.

Así, a la mañana siguiente, Moisés subió hasta la cumbre de la montaña otra vez, llevando consigo dos tablas de piedra. Y el Señor "descendió en la nube y se puso junto a Moisés. Luego le dio a conocer su nombre".

Mientras estaba en la hendidura de la roca, Moisés sintió que Dios se hallaba más cerca que nunca, y mientras el Señor pasaba, oyó una voz gloriosa que decía:

–"El Señor, el Señor, Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad, que mantiene su amor hasta

mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado; pero que no deja sin castigo al culpable, sino que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los nietos, hasta la tercera y la cuarta generación".

Profundamente emocionado, Moisés no trató de ver a Dios, como había planeado. Ni siquiera se atrevió a mirarlo por un instante. Al contrario, con reverencia, "en seguida se inclinó hasta el suelo" y lo adoró.

Hay muchos niños y niñas que, como Moisés, desean ver a Dios. Y es bueno que deseen verlo; pero no podemos hacerlo, por lo menos por ahora. Algún día, veremos su rostro, pero no ahora. Además, no tenemos necesidad de hacerlo,. Nos alcanza con saber que es misericordioso, clemente, perdonador y "grande en amor y fidelidad".

Como dijo el apóstol Juan cierta vez, "Dios es amor".* Y porque es amor, podemos confiar totalmente en él, aunque no lo veamos con nuestros ojos. Al igual que Moisés, podemos sentirlo bien cerca de nosotros, "cara a cara", mientras conversamos con él como si fuera el más querido de nuestros amigos.

* 1 Juan 4:16.

Llamado por nombre

(Éxodo 34:29 a 35:35)

ESTA VEZ, cuando Moisés bajó del monte Sinaí, después de pasar otros cuarenta días y cuarenta noches con Dios, su rostro brillaba con una extraña y maravillosa luz. Era tan brillante, que hasta su propio hermano Aarón sintió temor de acercarse a él. Lo mismo sintió el resto del pueblo. Por eso, para poder hablarles, Moisés tuvo que cubrirse el rostro con un velo. Es probable que, si viviéramos junto a Dios durante tanto tiempo como Moisés, ¡nuestros rostros también brillarían!

Las cosas eran diferentes en el campamento ahora. Esta vez no estaba el becerro de oro. El pueblo había aprendido la lección. Ahora, todos estaban listos para construir el santuario que Dios le había confiado a Moisés algunas semanas antes. Pero, primeramente, los israelitas fueron sometidos a una prueba para ver cuánto amaban a Dios.

Moisés les pidió que trajeran al Señor una ofrenda de oro, plata, bronce, joyas, especies, aceite, lino fino y pieles de varias clases.

Él sabía que los israelitas tenían todas estas cosas, porque los egipcios les habían entregado la mayoría de ellas, justamente antes de salir de la esclavitud. Moisés podría haberles recordado que ninguno de

ellos hubiera llegado a poseer todas esas riquezas si Dios no los hubiera librado y que, por lo tanto, todo pertenecía al Señor. Pero no lo hizo. En lugar de ello, les dijo que Dios solo deseaba las ofrendas de la gente que estaba realmente deseosa de dar. Si alguien no se sentía con deseos de traer nada, estaba bien: podía guardarse para sí sus posesiones.

–"Todo el que se sienta movido a hacerlo, presente al Señor una ofrenda" –dijo.

Esa era la única condición.

Cuando los israelitas volvieron a sus tiendas, el fiel líder se debe haber preguntado qué harían. Hasta ese momento, Dios les había dado todo lo que tenían. Esa era la primera vez que el Señor les pedía que le dieran algo a él. ¿Cómo reaccionarían?

Moisés debe haber observado sus rostros. Algunos reflejaban la alegría de poder hacer algo para mostrar su agradecimiento a Dios por todas sus bondades hacia ellos. Otros, en cambio, mostraban el disgusto que sentían, pues pensaban que, si entregaban algunas de sus cosas valiosas, nunca podrían recuperarlas, al menos mientras estuvieran en el desierto.

Todos los israelitas se dirigieron a sus tiendas y pronto, en grupos pequeños, comenzaron a regresar al sitio en que Moisés los esperaba.

Yo no sé quién fue el primero en volver, pero bien puede haber sido un niño que traía algún anillo precioso que un egipcio le había dado. También puede haber sido una niña, que traía un brazalete de plata que le gustaba mucho. Los niños y las niñas corren más rápido que las personas adultas y uno de ellos puede haber sido el primero en llegar, ¿no es verdad? ¡Y cómo les gusta a los niños ofrendar lo que pueden al Señor!

Y si alguno de los niños llegó antes que los adultos, estoy seguro de que Moisés, al agradecerle, le sonrió amablemente. Hasta puede haber habido lágrimas en sus ojos al observar cuánto amaban los niños a Dios.

Luego vinieron los demás, de todas partes del campamento, trayendo hacia el lugar en que estaba Moisés las cosas de valor que querían entregar al Señor. "Así mismo, todos los que se sintieron movidos a hacerlo, tanto hombres como mujeres, llevaron como ofrenda toda clase de joyas de oro: broches, pendientes, anillos, y otros adornos de oro... o bien llevaron lo que tenían: lana púrpura, carmesí y escarlata, lino, pelo de cabra, pieles de carnero teñidas de rojo, y pieles de delfín. Los que tenían plata o bronce los presentaron como ofrenda al Señor, lo mismo que quienes tenían madera de acacia".

Parecía que, de alguna manera, los israelitas habían encontrado entre sus posesiones todo lo que se necesitaba para la construcción del tabernáculo. Y eso es lo que ocurre siempre que se abriga un espíritu dispuesto.

Aquel debe haber sido un espectáculo admirable: todo el mundo traía lo que podía, todos ayudaban de la mejor manera que estaba a su alcance. Y el pueblo mismo se sintió feliz de ha-

cerlo. Al dar ofrendas a Dios voluntariamente, se sintieron otra vez de buen ánimo. A medida que traían sus donativos, se los iba apilando alrededor de Moisés.

Y cuando todos lo hicieron, el dirigente les comunicó los planes para la construcción del santuario. En primer lugar, anunció el nombre de la persona que estaría a cargo de toda la obra: "Tomen en cuenta que el Señor ha escogido expresamente a Bezalel, hijo de Uri y nieto de Jur, de la tribu de Judá".

Si en ese momento había un hombre sorprendido en el campamento, puedes estar seguro de que era Bezalel. Y mucho más sorprendido habría estado, si hubiera sabido que Dios había mencionado su nombre a Moisés en la cumbre del monte Sinaí.

Bezalel avanzó ruborizado. Era un artesano joven y no estaba acostumbrado a tareas de tanta responsabilidad. Jamás había esperado un honor tan grande. ¿Qué esperaba Dios de él?

Mientras se hacía todas estas preguntas, llegó a saber cuán bien lo conocía el Señor. En efecto, señalándolo, Moisés dijo: El Señor "lo ha llenado del Espíritu de Dios, de sabiduría, inteligencia y capacidad creativa para hacer trabajos artísticos en oro, plata y bronce, para cortar y engastar piedras preciosas, para hacer tallados en madera y realizar toda clase de diseños artísticos y artesanías. Dios les ha dado a él... la habilidad de enseñar a otros".

Llamado Por Nombre

¡Qué joven admirable! Sí, no puede haber sido muy anciano, porque era el nieto de Jur, que había ayudado a mantener en alto los brazos de Moisés durante la batalla contra los amalecitas, solo unas pocas semanas antes. Pero a pesar de su juventud, estaba lleno del Espíritu de Dios. Era inteligente; era un hábil artesano tanto para trabajar con metales como con madera; era un joyero experto y un ebanista. Y, lo más importante de todo, podía enseñar a otros a hacer todas esas cosas.

Muy pocas personas sabían que, en el campamento, había alguien tan bien dotado. Pero el Señor, que necesitaba a una persona capacitada para realizar un gran trabajo, conocía al joven y, por eso, lo llamó por nombre, para que no hubiera confusión.

Esto muestra cuánto sabe Dios acerca de la vida de cada uno de nosotros. Conoce lo que podemos hacer, qué preparación hemos tenido, qué clase de espíritu hay en nuestro corazón. Además, conoce nuestros nombres.

¿Qué crees que conoce acerca de ti? ¿Te llamará Dios alguna vez para hacer un trabajo importante para él?

La construcción del tabernáculo

(Éxodo 36:1 a 40:38)

DURANTE los siguientes tres meses, el campamento de Israel se parecía a una colmena. Todo el mundo estaba ocupado y feliz. Dado que tenían muchas cosas para hacer, olvidaron sus penurias. El joven Bezalel no paraba un segundo, dirigiendo cada uno de los detalles de la construcción del tabernáculo. Lo ayudaban varios jóvenes casi tan hábiles como él, y todos lo hacían voluntariamente. Querían construir el tabernáculo. ¡Con razón hicieron un trabajo tan hermoso! Cuando una persona realmente ama su trabajo, no hay límite para sus posibilidades.

Moisés les entregó a los obreros la inmensa cantidad de ofrendas que el pueblo había traído, y lo primero que tuvieron que hacer es clasificar todo. Los objetos de oro fueron a parar a un cesto, los que estaban hechos de plata, a otro, y las piezas de bronce, a un tercero.

La clasificación de las distintas piedras preciosas llevó también bastante tiempo. Luego había que agrupar las diferentes pieles, según su clase; así también como los tejidos de lino, las especies, las tinturas y todo lo demás. Cuando miles de personas comienzan a

ofrendar, uno no sabe cuándo terminará.

Y una vez que el pueblo comenzó a entregar sus cosas, no quisieron detenerse. Mañana tras mañana, se aparecían con más y más ofrendas, hasta que los que clasificaban no sabían qué hacer con tantas cosas.

–¡Diles que dejen de traer cosas! –le pidieron a Moisés–. ¡Ya tenemos demasiado!

Moisés vino a observar la situación por sí mismo y descubrió que era cierto. Entonces, envió a mensajeros a todo el campamento. Le dijeron a la gente que no trajeran nada más.

No me sorprendería que más de uno, al oír esto, se hubiera sentido chasqueado. Hasta me parece oír a un niño que dice:

–¡Mamá, justamente ahora, que iba a dar esta moneda de plata, no quieren recibir más nada!

Y a su mamá que responde:

–Ya es demasiado tarde, hijito. Debía haberla dado antes.

O una niña pudo haber dicho:

–¡Qué pena, mamá! Ahora que me había decidido a entregar mi lindo collar... Tú sabes, el que tiene esmeraldas.

Y su madre debe haberle respondido:

–Debieras haberte decidido antes, hija. Ahora es tarde.

Y, en verdad era demasiado tarde. Ya nadie podía dar nada para la construcción del santuario de Dios.

Una vez que se clasificaron todos los donativos, comenzó el trabajo de la construcción. Algunos hombres cortaron la madera de acacia en tablones del tamaño exacto para colocarlos a los lados del santuario, como paredes. Otros fundieron los diversos metales, prepararon moldes para las diferentes piezas y comenzaron a martillar el oro para convertirlo en hojas.

Algunas mujeres hilaban el lino fino, otras tejían las cortinas con pelo de cabra y otras preparaban las tinturas con cuidado, para que dieran los colores debidos.

Bezalel mismo construyó el arca que contendría los Diez Mandamientos y que sería el centro de todos los servicios religiosos. Puesto que la gloria de Dios se manifestaría sobre ella, este joven artífice la hizo lo más perfecta que pudo. De todos los trabajos que

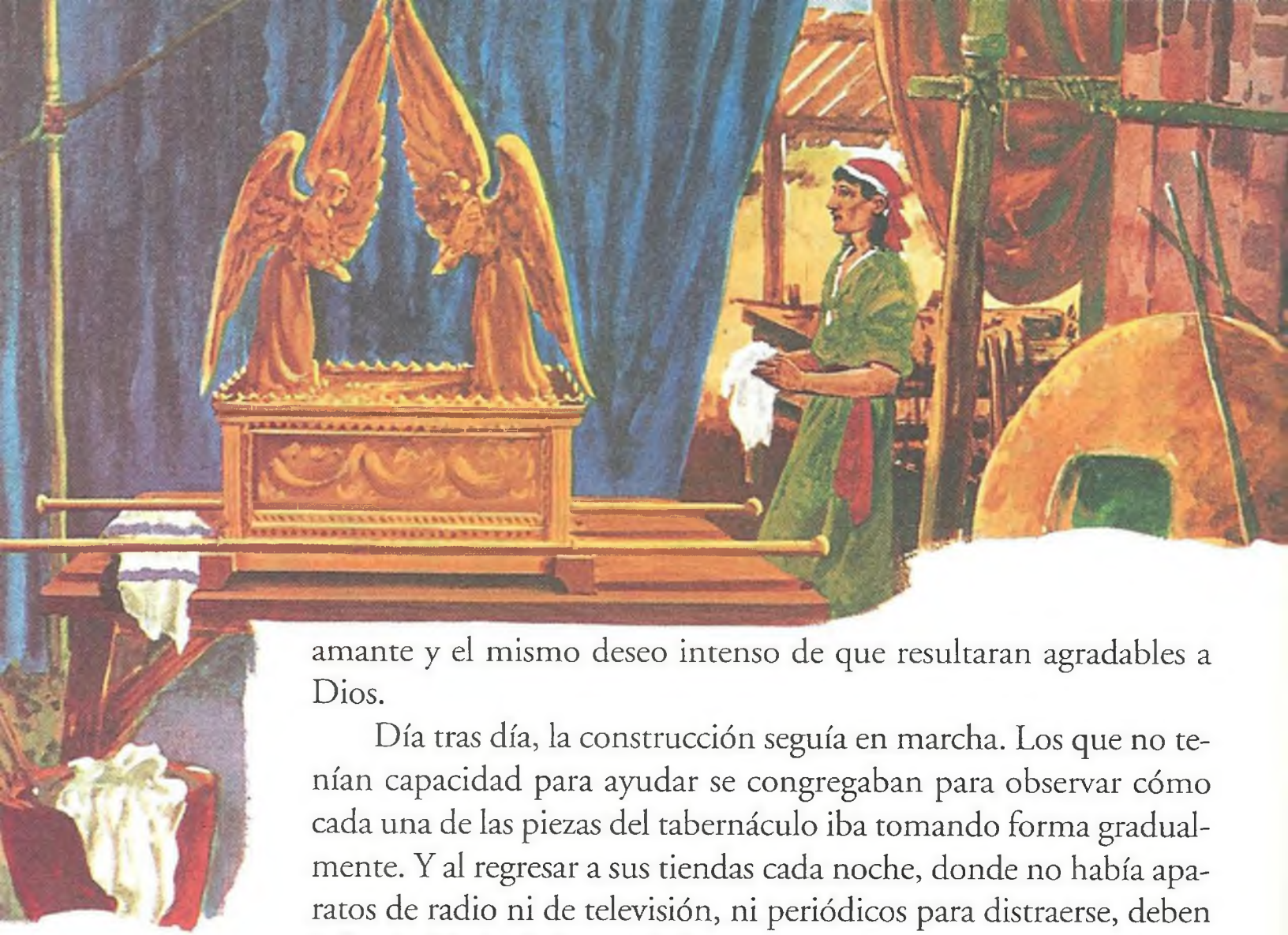
había hecho en su vida, ese era el mejor. Nunca antes había unido las piezas de madera con tanta exactitud. Nunca había trabajado el oro con tanto cuidado. En ningún lugar podía encontrarse una rajadura, un rayón o siquiera una parte áspera.

¡Qué emoción debe haber sentido al trabajar en la plancha del propiciatorio! ¡Imagínate: un simple hombre preparando el lugar en que se manifestaría el gran Dios del cielo! Estoy seguro de que Bezalel pulió, limpió y lustró la plancha de oro sólido hasta que comenzó a brillar como un espejo, sin una marca ni rayón en ningún lado.

Sobre el propiciatorio, colocó los dos querubines de oro labrado que terminó después de muchas horas de trabajo.

Me imagino que, cuando concluyó su obra, dio unos pasos hacia atrás y contempló ese hermoso y resplandeciente mueble con satisfacción, aunque seguramente habrá deseado que sus pobres manos hubieran podido hacerlo aún mejor.

Entonces comenzó a trabajar en el altar de incienso, la mesa de los panes y el candelabro de siete brazos de oro. Todos estos artefactos sagrados fueron hechos por sus manos con el mismo cuidado



amante y el mismo deseo intenso de que resultaran agradables a Dios.

Día tras día, la construcción seguía en marcha. Los que no tenían capacidad para ayudar se congregaban para observar cómo cada una de las piezas del tabernáculo iba tomando forma gradualmente. Y al regresar a sus tiendas cada noche, donde no había aparatos de radio ni de televisión, ni periódicos para distraerse, deben haber hablado de lo que habían visto, así como en nuestros días la gente habla del fútbol, del béisbol y otros deportes. Porque debes recordar que la construcción del tabernáculo era la única cosa de interés que ocurría en centenares de kilómetros a la redonda. Y sin duda, muchos se dirigieron a Moisés para preguntarle acerca del significado de cada uno de los muebles y utensilios. Y esto le dio ocasión al anciano dirigente para contar vez tras vez la historia del plan divino de salvación.

Por fin, seis meses después del día en que la obra había comenzado, Bezalel informó a Moisés que todo estaba listo. El tabernáculo, los hermosos muebles recubiertos de oro, el altar de bronce que iba a colocarse frente al tabernáculo, las cortinas que iban a rodear el atrio y hasta las lujosas vestiduras que Aarón y sus

hijos iban a ponerse para actuar como sacerdotes; todo estaba preparado tal como Moisés lo había pedido.

–¡Muy bien hecho todo, Bezalel! –debe haberle dicho el anciano dirigente.

En verdad el joven merecía esa felicitación por haber logrado un trabajo tan acabado en pleno desierto, sin tener ninguna herramienta eléctrica o mecánica para trabajar. Y así, justamente un año después de que Israel salió de Egipto, "el santuario se instaló" a la mañana del primer aniversario de la liberación.

¡Qué entusiasmo reinaba en el campamento! Todo el mundo se había reunido para ver la ceremonia: hombres, mujeres y niños. Nunca antes había ido tanta gente reunida para observar cómo se levantaba un edificio.

Después, se introdujeron los muebles en el tabernáculo, mientras Moisés vigilaba para que cada cosa estuviera en su lugar. Él mismo colocó las dos tablas de la ley en el arca y las cubrió con el propiciatorio.

Por fin, todo estuvo en orden. Hasta donde Moisés podía recordar, cada cosa había sido hecha exactamente según el diseño que Dios le había mostrado en el monte. Pero ¿estaría satisfecho el Señor?

Precisamente entonces, mientras todos los israelitas observaban el edificio y se hacían esa pregunta, "la nube cubrió la Tienda de reunión, y la gloria del Señor llenó el santuario".

¡Qué espectáculo impresionante! ¡Todo el mundo debe haberse sentido emocionando! Pero el más contento de todos era Bezalel. ¡Se había esforzado tanto! Había dado lo mejor de sí. Ahora, Dios había aceptado su trabajo.

Sangre en sus dedos

(Levítico 8:1-24; Números 9:16)

CUANDO oscureció esa noche, todo el tabernáculo resplandecía, como si estuviera incendiado. Y durante el día, estaba cubierto por una nube. "La nube del Señor reposaba sobre el santuario durante el día, pero durante la noche había fuego en la nube, a la vista de todo el pueblo de Israel".

Debe haber sido reconfortante para alguien en el campamento, que se sentía triste o solitario, tal vez a medianoche, recibir ánimo y seguridad al mirar hacia el tabernáculo y ver la luz amigable que resplandecía en él. Ellos sabían que Dios los acompañaba. En las noches más cerradas, el desierto nunca estaba muy oscuro.

Durante las semanas siguientes ocurrieron algunos incidentes interesantes. En primer lugar, se celebró la importante ceremonia en la que Aarón y sus hijos fueron consagrados como sacerdotes del santuario. Se les pidió a todos que fueran a contemplar lo que sucedería, dado que sería algo muy importante.

Ese día había una impresionante multitud reunida alrededor del tabernáculo. No puedo comprender cómo todos los miles de israelitas pudieron observar bien la ceremonia. Tal vez algunos subieron a

las colinas de los alrededores. Pero de una cosa estoy seguro, y es que los niños y las niñas se acercaron tanto como pudieron a la primera fila. ¿Y qué vieron?

Primero de todo, observaron que seis personas se acercaban a la entrada del tabernáculo. En el centro estaba Moisés. Frente a él se hallaban en pie Aarón y sus cuatro hijos: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar. Llamaba la atención de todos, por supuesto, el hecho de que Aarón y sus hijos estaban vestidos solo con pantalones cortos de lino, que les llegaban de la cintura a los muslos.

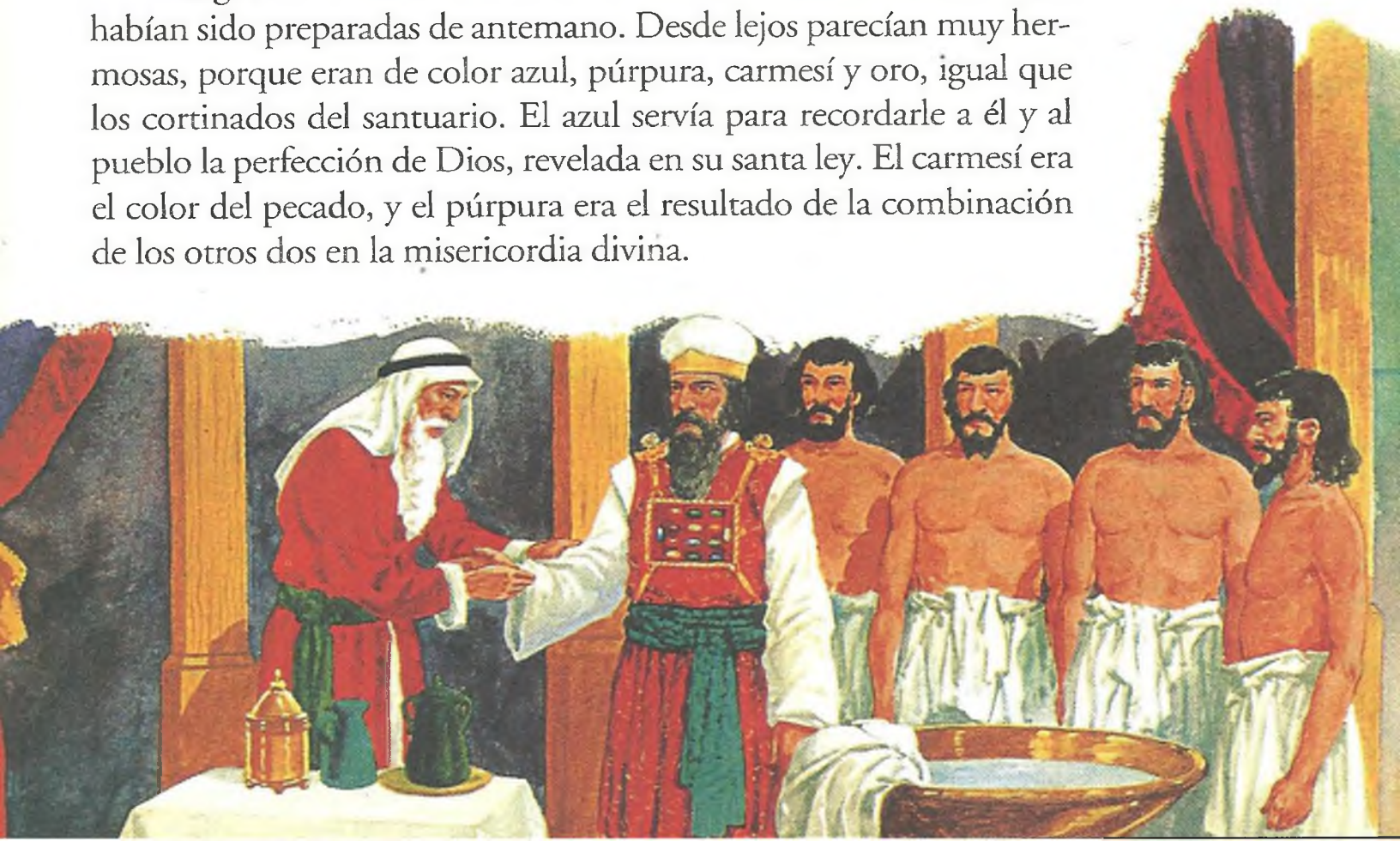
–¿Qué va a pasar ahora? –se preguntaban todos.

Vieron entonces que Moisés tomaba agua de una fuente que se hallaba en el atrio y comenzaba a lavarlos. Primero a Aarón, después a Nadab, a Abiú, a Eleazar, y a Itamar.

–¿Por qué está haciendo eso? –preguntaron los niños a sus padres, y estos les contestaron:

–Porque los cinco van a ministrar ante Dios en el santuario, por eso deben estar limpios y puros por dentro y por fuera.

Luego, Moisés comenzó a vestir a Aarón con las vestiduras que habían sido preparadas de antemano. Desde lejos parecían muy hermosas, porque eran de color azul, púrpura, carmesí y oro, igual que los cortinados del santuario. El azul servía para recordarle a él y al pueblo la perfección de Dios, revelada en su santa ley. El carmesí era el color del pecado, y el púrpura era el resultado de la combinación de los otros dos en la misericordia divina.



Sobre el pecho de Aarón, Moisés colocó un colorido pectoral, con doce piedras preciosas, en cada una de las cuales se hallaba inscrito el nombre de una de las tribus de Israel.

Luego, Moisés puso sobre los hombros de Aarón dos grandes piedras de ónice, engastadas en oro, sobre cada una de las cuales se habían grabado los nombres de seis tribus de Israel. De esta manera, se le recordaba al sumo sacerdote que debía llevar las cargas del pueblo siempre sobre sus hombros y sobre su corazón.

Cuando todas estas vestimentas y accesorios estuvieron en su lugar, Moisés puso una mitra sobre la cabeza de Aarón, que tenía una banda de oro puro al frente con la inscripción: "CONSAGRADO AL SEÑOR".

El resplandor de la banda de oro golpeada por el sol parecía enviar en todas direcciones las palabras de la inscripción; y ni un solo israelita, desde el menor hasta el mayor, tuvo dudas en cuanto a su significado. Aarón debía ser un hombre santo, un ejemplo de pureza ante todo el pueblo.

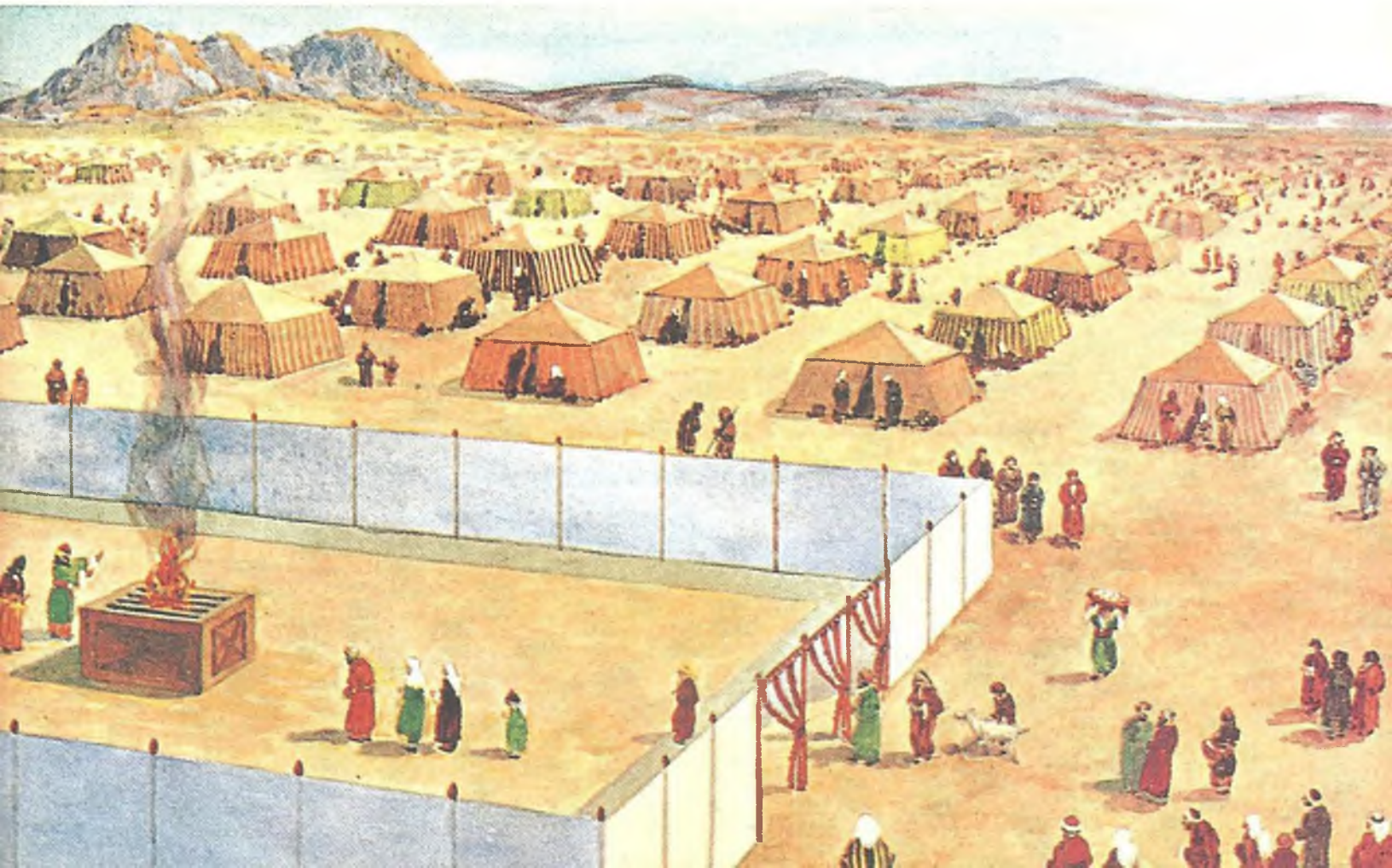
Sangre En Sus Dedos

Mientras esta ceremonia se llevaba a cabo, Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar habían permanecido en pie observando lo que Moisés hacía con su padre. Por fin, sin embargo, le llegó a ellos también el turno de ponerse las vestiduras sagradas. Entonces Moisés, dirigiéndose sucesivamente a cada uno de los muchachos, les puso una túnica, un cinturón y una cinta para la cabeza. No eran como las de Aarón, por supuesto, pero aun así la Biblia dice que eran "para conferirles honra y dignidad".

Después de esto, Moisés hizo traer un becerro al lugar en que se encontraba el grupo. Aarón y sus hijos pusieron entonces sus manos sobre la cabeza del animal, como símbolo de la confesión de sus pecados. Después, Moisés degolló el becerro y asperjó su sangre alrededor al altar.

Más tarde le trajeron un carnero y nuevamente Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del animal, y luego el carnero también fue muerto y se asperjó su sangre alrededor del altar.

Un segundo carnero, conocido con el nombre de "el carnero con



que se les confirió autoridad", fue traído al atrio del tabernáculo. Una vez más los cinco pusieron sus manos sobre la cabeza del animal, como si estuvieran colocando sobre él sus pecados personales. Pero esta vez, en lugar de asperjar la sangre del carnero sobre el altar y a su alrededor, Moisés "se la untó a Aarón en el lóbulo de la oreja derecha, en el pulgar de la mano derecha y en el dedo gordo del pie derecho".

Luego "hizo que los hijos de Aarón se acercaran, y les untó sangre en el lóbulo de la oreja derecha, en el pulgar de la mano derecha y en el dedo gordo del pie derecho".

Los niños que observaban la escena deben haber pensado: "¡Qué cosa más extraña está haciendo Moisés!" Pero, después de todo, no era algo tan raro.

La sangre en el lóbulo de la oreja significaba que no debían oír nada malo. Habían de conservar sus pensamientos puros, limpios y santos.

La sangre en el pulgar de la mano derecha significaba que debían emplear sus manos solo con propósitos nobles. Habían de consagrarse a hacer el bien, a ayudar a los pobres y necesitados, y a extender el reino de Dios.

La sangre en el pulgar del pie significaba que debían caminar por el sendero de la justicia. Habían de seguir las indicaciones de los mandamientos de Dios, sin desviarse para transitar por caminos por los que el Señor no deseaba que fueran.

En una palabra, esta ceremonia simbolizaba una completa consagración a Dios y a la obra santa que él les había encomendado. Nosotros también debiéramos entregarnos por entero al Señor, escuchando solo lo que Jesús desea, haciendo solo lo que él haría, y yendo solo donde él quiera llevarnos.

2

El tomo 2 de Las bellas historias de la Biblia nos narra las extrañas y maravillosas historias de los comienzos del pueblo escogido de Dios, los israelitas.

Leerás acerca de una escalera que llega hasta el cielo, de una túnica de muchos colores y de un bebé llamado Moisés, que fue escondido en una cesta flotante. También leerás acerca de las 10 plagas, una camino que atraviesa el mar y un becerro de oro. En ningún otro libro para niños se cuentan tantas de las historias que se encuentran desde Génesis 25 hasta Levítico 8.

La ilustración de la portada es de Harry Anderson